

LA FARSALIA
TOMO II

MARCO ANNEO
LUCANO

LUCANO

SU VIDA, SU GENIO, SU POEMA

LIBRO DUODÉCIMO

Describe la provincia y pueblos de Tesalia, donde
asisten los dos ejércitos.

En la insigne Tesalia al sol de Oriente
Dos montes amenazan, Pelio y Osa;
Al meridiano ardor alza la frente
Otrix armado de altivez frondosa;
Fertiliza en el aura de Occidente
Pindo el boscaje de la cumbre airosa,
Y altísimo el Olimpo oculta él solo
Árticas luces, contrapuesto al polo.

Entre estos montes la Tesalia opresa
Padeció un tiempo sin campaña alguna,
Porque todo raudal fue estanco y presa,
Fue el gran distrito cóncava laguna;
El curso allí de los arroyos cesa,
Mil varias fuentes recogiendo en una,
Y en encrespadas ondas sin desvíos
Convirtiéndose en piélagos los ríos.

Hasta que pudo el Hércules Teseo
Entre el Olimpo y Osa abrir conducto,
Inmensa copia dando al hondo Egeo
Que lustros mil le denegó el tributo
Tal fue de Alcides el mayor trofeo,
Pues ya Tesalia en arenal enjuto
Reinos fundaba agrestes y civiles,
Que honró después Protesilao y Aquiles.

Fundó a Farsalia, que mejor el cielo
La eternizara; en ondas fundó a Tebas,
A Darío, donde el cántico de Delo
Venció a Tamiro en sonoras pruebas;
Fue allí Larisa y Fálaris, y el suelo
Compartía lindes y comarcas nuevas,
Exhausto el lago, que a tenidas fuentes,
Solos dió lecho y márgenes pendientes.

Ya libre el campo reservó en canales
Evasión y discurso a todo río;
Vierte Ardriso argentado sus caudales,
El crespo Enauro y el Esperquio frío;
El Inaco, el Eante en fuerza iguales,
Corriente Eveno, Apídano tardío,
Asopo y Aqueloo con Enipeo,
Y el de mayor fertilidad Peneo.

Vertieron otros el cristal, que apenas
Alcanzan nombre, y regalando el llano,
Bebió de todas en distintas venas
La flor de Abril y el fruto de verano
Luego en campiñas fértiles y amenas
Surcos rompió la agricultora mano
Del convecino morador bebicio,
Y el lélege imitó su agreste oficio.

El feta, el fole, el peletón rasgaron
Lo campal, que abundosa mies promete;
Los dolores y cólidás fundaron
Labor que el mignio la imitó y magnete;
Después, a instancias del valor cambiaron
Blando pellico en doble coselete;
Vió Tesalia con bélicas mudanzas
Sus chozas tiendas, sus arados lanzas.

Allí Neptuno con mayor tridente
Hirió el preñado seno al risco altivo,
Donde el primer caballo erizó frente,
Parto bizarro de peñasco vivo;
El Argonauta allí Jasón valiente
Profanó el mar en su bajel argivo,
Intercedieron nadadoras hayas
Comercio unido a las discordes playas.

Allí reinó el primero que esculpidas
Monedas de selectos minerales
Labró y fundió, dejando introducidas
Aras a los fragmentos de metales;
Pues a toda materia preferidas
Sus medallas adoran los mortales,
Y a los celestes usurpó el decoro
La facción vil en simulacros de oro.

De allí Pitón la indómita serpiente
(Fiera secuaz un tiempo de Latona)
Fue transferida a Delfos, y eminente
A Febo honró, que vencedor blasona;
Anales fastos, juventud frecuente
Le consagra, y de lauro se corona,
Planta de Dafne, que la engendra el sitio,
Antes Farsalio, que la goce el Pitio.

Los Titanes allí con impia huella
 (Que a los celestes advirtió escarmiento)
 Dieron a su altivez cursos de estrella,
 Torre de montes encimando al viento;
 Precede al sol su extremidad, y en ella
 Sus giros interrumpe el firmamento;
 Tal extensión fraguaron espantosa
 Pelio y Otrix, y Pindo, Olimpo y Osa.

En este, pues, tesálico distrito,
 Juntos ya los ejércitos contrarios,
 De la instante batalla el fin prescrito
 Se pronostican disputando varios;
 Halla el cobarde la facción delito,
 Intímense los hados adversarios,
 Niégase el fuerte, al discurrir prefiere
 Lo valeroso, lo fatal no inquiere.

Aunque de la mayor sangre animado
 Liviana distracción perturba a Sexto,
 Sexto, que de su tronco es fruto errado,
 Pues del Magno heredó falso el pretexto,
 Hoy persuadido en el vulgar cuidado,
 Que de la guerra el fin busca funesto,
 Con más fervor le investigó, no en vano,
 Sin contenerse en lo decente humano.

Porque no consultó la ara divina
Délfica y Delia, ni la voz que entona
Júpiter sacro desde la alta encina
En el Epiro y bosques de Dodona;
Menos el rayo, que esplendor fulmina,
Ni el globo que con astros se corona;
No el ave que observante el vuelo vibra,
Ni en la rasgada víctima la fibra.

Tal de éstas fuera lícita consulta;
Pero le incita con mayor instancia
La torpe sola facultad y oculta
Que introdujo la mágica observancia;
Estudio que el abismo le sepulta,
Que contra el cielo arguye repugnancia,
Y en sus aulas profundas las revela
Sólo aquel dios de la tartárea escuela.

Sexto pospone sin piedad la arcana
Celeste ciencia al infernal encanto,
Y más le induce la estación profana
Del tesálico sitio a exceso tanto,
Porque allí toda nigromancia humana
Se corresponde con Averno, y cuanto
Juzgamos espantable y no posible
Ofrece arte diabólica y falible.

Puede la magia allí milagros tales,
En sus efectos práctica y prevista,
Que observados tal vez de ojos mortales
Aun les retira el crédito la vista;
No hay concursos de causas naturales
Que a la imperiosa actividad resista;
Padece en los encantos del abismo
Todo el cielo violencias de sí mismo.

Tales hierbas la emonea y la tebea
Región produce de plantel secreto,
Que ignorando su flor Circe y Medea,
Surtió el hechizo en ambas sin efeto;
Tanto eficaz naturaleza emplea,
Ya en plata o piedra, ya en diverso objeto,
Que a veces de infundirle se arrepiente
Rigor que aun ella en sus apremios siente.

Hay voz allí que impera a las deidades;
Y si tal vez el cristalino asiento
Sordo resiste a votos y piedades,
No a los rigores del blasfemo acento;
Si a un tiempo en las egipcias soledades
Atiende ajeno mago al mismo intento,
Ya experto el dios, que de elección carece,
Sin competencia al tésalo obedece.

Allí el jugo de hierbas y de flores
En voluntades suele repugnantes
Súbitos infundir tiernos amores
Y excitar repugnancia en dos amantes:
Juventud y vejez, hielos y ardores
Truecan, y extremos aman tan distantes,
Que en la mudanza extraña satisfecho,
De afectos que ignoró se espanta el pecho.

Terribles fieras a terror provoca
El verso que murmura docta maga;
El oso, el tigre imperios de su boca
Sigue, y con humildad sus pies halaga:
Donde el aliento de su labio toca
Víboras ceden, es veneno, es llaga;
Compite emponzoñada sierpe en vano
Con la infección del respirar humano.

Allí el canto y clamor pluvias conspira,
Y tempestades vierte, aunque sereno
Signo se oponga, y Júpiter se admira,
Que oye ensayar sin su noticia el trueno:
Si el viento adormecido no respira,
El mar hincha borrascas de su seno;
Si rompe el huracán fresnos y hayas,
Guardan tranquilidad surtas las playas.

Contrapone veloz barco o navío
 Al soplo, que allí reina el movimiento,
 Y encorva en repugnante desafío
 La vela sus convejos contra el viento:
 La voz compele, que el arroyo o río
 Vuelva el curso a adquirir su nacimiento,
 Y que Meandro desenrede el lecho,
 Donde el oblicuo humor corra derecho.

De alta cumbre el raudal, cuando vertido
 Al aire en arco altísimo descende,
 Se tronca, y a la peña en parte asido,
 Continente cristal líquido pende:
 El marítimo influjo más crecido
 Se arredra, y sólo en altitud se extiende;
 Húndense montes al conjuro atentos,
 Las cimas confundiendo y los cimientos.

¡Oh, cuán incierto y fácil investiga
 Nuestro genio el profundo alto motivo,
 Que así lo eterno a la inconstancia obliga,
 Y al yugo rinde a Júpiter cautivo!
 ¿Cuál fuerza en hierbas y palabras liga
 El poder de las causas sucesivo?
 ¿Son terrestres las causas, o reserva
 Potestad suma la palabra y hierba?

¿Fue ley que revalidan las deidades
(Hoy voluntaria), o es apremio duro?
¿Puede adquirir la lengua actividades
De más divinidad que el dios más puro?
¿Hay algún ser de exentas calidades
Que sobre todo ser reine seguro,
Y en caracteres mágicos cifrado
Impere al mundo, a Júpiter y al hado?

Al encantado verso dura roca
En un blando sentir cambia lo denso;
Y si voz penetrante el cielo toca,
Agilidades turba el cerco inmenso,
Quebra el conceto armónico, revoca
Sobre los ejes el girar suspenso,
Y al conducir al horizonte auroras,
Duplican lo nocturno ciegas horas.

Igual poder y voz mezcla importuna
Signos y zonas desmintiendo en ellas
Lo regular, que es ley de la fortuna,
Y de su eternidad descuelga estrellas:
Tiñe la misma aspectos de la luna;
Mancha del sol lustrosidades bellas,
Que en el campo del áspid y la dipsa,
Ciega planetas y al Olimpo eclipsa.

Estas que admirar hórridas viciosas
 Operaciones de execrable rito,
 Se presumieran cándidas, piadosas
 A conferirse con la maga Erito;
 Porque sus artes más que prodigiosas
 Crecen torpes a término infinito:
 Usa el poder del reino del espanto,
 Y aun se ostenta mayor en el encanto.

Nunca Erito el concurso ciudadano
 Ver quiso, y menos del silvestre goza;
 Huye en rústico yelmo el trato humano,
 Y carece en aquél de albergue y choza:
 Del hueco mármol y sepulcro anciano
 Los cadáveres lanza y los destroza,
 Y en el funesto domicilio estrecho
 Funda su regalado gremio y lecho.

Parcial cursa y conversa inteligente
 Con los de Averno espíritus sin vida;
 No es parte el cuerpo y trabazón viviente
 Que introducirse a lo infernal la impida:
 Bien que retrata su mejilla y frente
 Tartárea sombra, humanidad fingida;
 Su vista es noche, su erizada y tosca
 Melena el amarillo gesto embosca.

Huye las luces y sazón diurna,
 Por darse toda al lóbrego Aqueronte;
 Ni deja su escondida tumba y urna,
 Aunque va en el ocaso el sol tramonte;
 No sólo noche, tempestad nocturna
 Quiere que manche y ciegue el horizonte,
 Y que la lluvia ahogue las estrellas,
 Para sacar del túmulo sus huellas.

Muere entonces la flor, muere la hierba,
 Respira Erito y adolece el viento;
 La etérea libertad se humilla sierva
 A su voz simple o concebido intento;
 El mayor numen su decreto observa,
 Ni alguno espera le duplique acento,
 Que contra el tibio obedecer retiene
 Mágico resto que le arrastre o frene.

Aun se querellan que el destino y suerte,
 Porque estorba su fin premeditado,
 Fragua instrumentos, que la vida o muerte
 No ven precisa en extorsión del hado:
 Sigue las pompas fúnebres, y advierte
 Si arde el cuerpo a la llama lastimado,
 Y antes que en leves átomos resurta,
 Tiznados huesos de las ascuas hurta.

Las hachas roba en que el despojo abrasa

La fabricada pira, las porciones
Del féretro, en que yace vuelto en brasa
El cuerpo y las cenizas y carbones:
Del funeral vestido parte escasa
Reliquias de los troncos y tizones,
Donde embebió con el adusto aroma
Cárdena sangre la fumante goma.

Contra el cadáver que en el mármol pudo
Perpetuarse enjuto, afecta enojos;
Con dura mano rasga el nervio crudo,
Con tenaz garfio arranca duros ojos:
Lazos y cuerdas con el diente agudo
Corta, si de ellos penden los despojos
En altas cruces de difuntos reos,
Y sus músculos trincha y rostros feos.

Su obscura carne y pieles apetece
Que endureció el viento y reseco el verano,
La medula que el sol perpetuo arece
Y el clavo que rasgó la yerta mano;
El suspendido cuerpo avienta y mece
Por arrojarle del madero al llano;
Muerde un nervio tal vez bronco y marchito,
Y al nervio asida se columpia Erito.

Si algún doliente por los campos yace,

Para mejoras del encanto espera
Que con dientes y garras despedace
Al mísero expirante alguna fiera:
De fresca sangre y sana satisface,
Al método en que la arte es más severa,
Pues en minutas que concuerda extrañas,
Recetar suele palpitando entrañas.

Si de feroces almas necesita
Que la respondan, cuando al Oreo implora
Hombres destroza, bárbaros incita
Luego a los manes de que fue inventora:
La juventud o la vejez no evita
Su indignación, ni la niñez lo ignora,
Pues del materno vientre en cárcel ciega
Pasa a morir quien a vivir no llega.

De este monstruo tesálico la fama
Se esparce en alta admiración del mundo;
Sexto informado los portentos ama
Y determina ver del labio inmundo:
Para acción tal sus confidentes llama,
Y de la noche en el horror profundo,
Excluyendo del Magno armas y tiendas,
Campañas cruzan por erradas sendas.

Saben que asiste a soledad vecina

La maga en sitio inusitado y yerto,
 Y por valles y cumbres que adivina,
 Su elección corre lo capaz desierto:
 Cuando a la punta que un peñasco empina
 Dudoso ven, pero lo visto es cierto,
 Ven a Erito, su aspecto lo asegura,
 Por más sombroso que la sombra oscura.

Sin permitirse al sueño negligente,
 Pretende allí la nicromante fiera,
 No a diversa región vario accidente,
 Armas traslade que Tesalia espera:
 Con voz que Erebo en lo profundo siente,
 Y en lo sublime la inmutable esfera
 Señala campo a impulsos de Belona,
 Liga a Mavorte, a Palas aprisiona.

La tragedia establece en su Tesalia
 De tantos reinos, de monarcas tantos;
 Y con la sangre espera de Farsalia
 Crecer al arte insólitos encantos:
 Sus gozos funda en que la lleve a Italia,
 A su distrito pérdidas y llantos,
 Y de los dos excelsos capitanes
 Quiere las almas para insignes manes.

Llega, y osado Sexto, "¡Oh tú!", le dice,

Cuya absoluta ley fuerza y preceto
Lo oculto y raro trascendió, y predice,
Y alterar puede el eternal decreto:
El suceso feliz, o ya infefice,
Que de esta guerra induce tu conceto,
Refiere libre al que tu ciencia aclama,
Soy del grande Pompeyo ínclita rama.

"Del conquistado mundo el señorío
Hoy me aguarda, o su pérdida en herencia;
Pero al triunfo o la muerte el pecho mío
Dispongo con valiente indiferencia;
Sólo pretendo, y alcanzar confío,
Si es mi opresión la militar sentencia,
Que antes la sepa, no después la extrañe,
Que si al fin me destruye, hoy no me engañe.

"Dudas huyo, no pérdidas; obliga
Cielos y abismos a tu ruego o mando;
Llama a la Parca, y fuerzala que diga
Cuál puesto elige su rigor, cuál bando:
Abre el cerrado Báratro, investiga
Su archivo, fervoriza estudios; cuando
La ocasión no permite que reposes
Sin que te inspiren tu intención los dioses."

Mitigó de la maga el feroz gesto

La voz, que de su fama es fiel trasunto:
"Si tanta guerra (dice vuelta a Sexto)
Fuerza a mis artes obediente asunto,
Yo aplicara a tus méritos dispuesto
Mi poder vario, conspirado y junto;
Que el vivir dulce, expirar tremendo
Yo lo ministro, y a la suerte enmiendo.

"Mas los sucesos válidos perfetos,
Que en la creación del cielo y del profundo
Los firmaron recíprocos decretos,
No los puede innovar modo segundo;
Reservan fuero, no a mi ley sujetos,
Trocarlos fuera derogar el mundo;
Así el derecho mágico en sus pactos
No los altera, los separa intactos.

"No esperes, joven, su mudanza; espera
Lo que abraza en sus términos el arte;
Verás patente el fin de la severa
Batalla, que veloz previene Marte;
La tierra, el aire, la celeste esfera,
El fuego, el mar reduciré a informarte;
Pero en los medios, que mi voz se atreve
A violentar, elegiré el más breve.

"Cadáveres me ofrece la sangrienta

Campana de Tesalia a Epiro unida;
De éstos haré que alguno viva y sienta
Que expiró fácil de moderna herida;
Porque a su pecho organizar consienta
La voz en fiel oráculo entendida,
Pues niego proferir distinto acento
Cuerpo exhalado del calor o el viento."

Dice; y turbando el ceño, la sombría
Noche retiñe, y nieblas exagera;
Humo envuelve su frente; el paso guía
Errática en los campos y ligera;
Llega a un valle repuesto, en que yacía
Gran mortandad, de donde toda fiera
Se aparta, que en asombros reconoce
A Erito, y deja que sus pastos goce.

Tal cadáver allí busca y prepara,
Que el pulmón y garganta sin herida
Reserve, y pueda articular voz clara,
Cuando el conjuro su respuesta pida;
El concurso de espíritus repara,
En que ya toda muerte espera vida;
Y las almas sus vínculos estrechos
Renovar temen e informar los pechos.

Al fin con duro garfio el cuerpo clava,

Que eligió; y arrastrando de funestas
Cuerdas al mismo que animar pensaba,
Le hiere en riscos ásperos y cuestras:
Así le lleva, donde en ancha cava
Ceñida de montañas y florestas,
Que a infernal centro sus taladros tuerce,
Ella sus impias mágicas ejerce.

Tesalia allí, cual Ténaro segunda,
El suelo rasga, donde inculta breña
Taladros ciega de canal profunda,
Que desgaja al abismo rota peña.
Densa noche en los cóncavos abunda,
Que eterna y falsa el esplendor desdeña
Del aire externo, y la caverna iría
Ni al sol conoce ni sospecha al día.

De rayos que la maga inventa y nombra,
Esta vez ya se esclareció el terreno;
Descienden, pues, y visto, aun más asombra
Que antes celado el hórrido barreno:
En espantos su luz vence a la sombra,
Y todo es ilusión a infernal seno;
Parte confines el lugar profundo
Al mundo nuestro y al tartáreo mundo.

Así cuando en el fondo inhabitado

Suena exorcismo, hay duda si al distrito
Nuestro sube el espíritu invocado,
O si en límites suyos entra Erito:
Ella, pues, de colores mil sembrado,
Ya revuelve a los hombros largo amito;
Sobre la obscura faz sus greñas tiende,
Y con lazadas víboras las prende.

Sexto y los suyos, tácitos y atentos,
Más de terror que admiración pasmados,
Trasladan a los rostros macilentos
Los corazones trémulos y helados
La maga que advirtió sus desalientos,
"Quietad, dice, los ánimos turbados;
Vivirá el cuerpo, y como sienta y hable,
Le admitiréis parcial y conversable.

"Si al Báratro en aqueste opaco seno
Hoy sentís, o a Cocito arder flamante,
Al Trifauce, que ladra estruendo y trueno,
O alguna furia Euménide o gigante,
Advertid que sus ímpetus refreno,
Y Plutón a mi voz turba el semblante;
Si veis a Erebo, le veréis medroso;
¿Quién, pues, hubo temor del temeroso?"

Con ministerios a su fin mediante

En el cadáver rasga herida nueva,
Y las del mismo contenidas antes,
Llena de sangre cálida y renueva;
Limpia y lava membranas operantes,
Y de veneno activo el pecho ceba;
Impone luego cuanto el cielo avaro
Cierra en misterio inexcrutable y raro.

Las espumas allí del can rabioso
Mezcla, y la espina de la enjuta hiena;
Las entrañas del lince, el portentoso
Pez que el rumbo de la nave enfrena;
La víbora engendrada en el precioso
Seno del ostro, y de la seca arena
De Libia la cerasta, el preferido
Lapis que abriga el águila en su nido.

La medula del ciervo, que serpientes
Pace; el arabio yaculo; los ojos
Del dragón, y del fénix las ardientes
Cenizas y aromáticos despojos:
Tales aplica, y nuevos ingredientes
A aquellos miembros cárdenos y rojos;
Mil hierbas junta, que infestó nocivas
Con susurrantes labios y salivas.

Y muchas, cuya fuerza venenosa

Aun no conoce Febo que las cría.
Al fin su airada voz más poderosa,
Que lo raro y selecto, al centro envía;
Los dioses ya de la región sombrasa
Oyen su encanto y hórrida armonía,
Tan varia, obscura, errática y liviana,
Que es prodigioso opuesto a voz humana.

Del sabueso y lebrél mezcla el latido;
De la culebra el silbo; el mustio canto
De las lóbregas aves; el bramido
De todas fieras, el aullido y llanto;
El resonar del Ponto; el repetido
Trueno de Jove; y en concurso tanto
De rumores que el sol confunde y miente,
Sólo una voz y lengua es el agente.

Luego pronuncia expresas impiedades,
Y en versos dice enfáticos e inmundos:
"Furias estigias, lúgubres deidades,
Vos que en horrores imperáis profundos;
Caos, inventor de un mundo y mil edades,
Siempre anhelante a devorar mil mundos;
Elisio, cuya paz y heroicas palmas
No aspiran a gozar mágicas almas.

"Hécate, a mis encantos medianera;

Cerbero, que del pasto aumentas hambre;
Atropos, que veloz tu segur fiera
A tantas vidas troncará el estambre;
Carón, que vadear tu barca espera
De innumerables sombras denso enjambre;
De todos pido que mi voz se entienda,
Si os lo merece mi impiedad horrenda.

"Nunca mi labio aclama vuestro Averno,
De humana sangre ayuno; al parto humano
Soy parca, y el aborto en su materno
Ventre os dedica mi nefanda mano:
No en honda sima del abismo interno
Yace el alma que os pido; no os profano
Derecho antiguo, espíritu reciente
Pretendo apenas de su cuerpo ausente.

"No ha declinado al Orco; suspendidas
Sus huellas veis, y si a mi verso atiende,
No se dirá, bien que le dais dos vidas,
Que dos veces al tártaro descende;
Vuelva, pues, al cadáver, y entendidas
Voces responda, al que saber pretende
De esta batalla el fin, que en sus destrozos
Al referirse interesáis más gozos."

Dijo; y retrajo la espumante boca
Y bruta faz que a lo inferior torcía;

Cuando mira el espíritu que invoca,
Entre follajes de la estancia umbría:
Temblar le ve, cuyo terror provoca
El ya olvidado cuerpo en que vivía;
Duda y recela trémulo y ambiguo,
De nuevo al claustro incorporarse antiguo.

Teme su cárcel, huye toda herida
Que le dió paso al respirar rasgada;
Rehusa tales puertas, que salida
Siempre son de las almas, nunca entrada.
¡Oh mísero, que ausente de la vida
Te la infunden violenta y duplicada,
Cuando tu libre inteligencia advierte
Que es lo dichoso del vivir la muerte!

Las dilaciones extrañando esquivas,
Se indigna Erito, airada se alborota,
Y con ramales de culebras vivas
Hierre al cadáver y a la muerte azota:
Palabras luego, fulminando altivas,
De enfurecido labio incendios brota;
Rasga el clamor del último exorcismo
Nuevos taladros del tartáreo abismo.

"Torpes monstruos, Tesífone y Megera,
Replica, ¿aun resistís a mi conjuro?"

Usaré, pues, de alguno que transfiera
Del tenebroso centro al cielo puro.
Y tú, que por lasciva ofendes, fiera
Proserpina, infamando el reino obscuro,
Si contravienes a mi voz, protesto
Dar a la luz escandaloso incesto.

"Y tú, el ínfimo rey del Universo,
Si es que repugnas a mi canto, ¡oh Plutol,
Haré que a ti penetre el siempre adverso
Febo, y despeje en tu caverna el luto:
¿Obedecéis?, o invocará mi verso
Al que en los siglos imperó absoluto,
Cuyo nombre y caracteres eternos
Rompen, desquician Báratros y Avernos.

"El inefable, digo, la imperiosa
Deidad, la potentísima increada,
A quien Erinis bélica espantosa
Rinde falanges tímida y postrada;
El que en sacro silencio, en misteriosa
Profundidad se esconde, a quien turbada
Mira Gorgonia, el solo que en sí mismo
Vive y de los abismos es abismo."

Calla, y consigue del cadáver yerto
Que emblandecido y cálido desate

Su sangre, y ésta con sutil concierto
Por las venas y libras se dilate:
Vieras vestirse lo vital un muerto;
Ya pulsa el corazón, la arteria late;
Ya los párpados abre y tardos gira;
Ya con alma total siente y respira.

Ya en sus nervios flexible al primitivo
Vigor vuelve, y ligero el cuerpo grave
No se dobla, y levanta como vivo
Del suelo, a un tiempo resurgió cual ave:
Recto en sus plantas, no locuaz, no activo,
Inmóvil pende, ni su rostro sabe
La amarillez trocar firme aprendida,
Retiene muerte concibiendo vida.

Da oscuros ojos a la luz que admite
Con erizada frente y mal despierta;
No aquel apremio encantador permite
Proferir voces a su lengua aun muerta:
Tal se ostenta el oráculo de Dite,
Y el alma en él aun de animarle incierta,
Hasta que Erito a la atención difunta
Del palpitante espíritu pregunta:

"Que me concedas liberal respuesta
Pido, y en premio te aseguro en tanto,

Nunca otra voz de la región funesta
 Te saque a la luciente adverso encanto:
 Esta atención eternizada, y esta
 Virtud mayor que toda hierba y canto
 Te daré, usando imprecaciones fieras,
 En cuya fuerza y pacto inmortal mueras.

"Siempre en dudoso oráculo se oculta
 Apolo y Jove con respuesta ambigua;
 Mas quien de Estige espíritu consulta
 A toda luz certezas averigua:
 Tú, pues, me informa (nada dificulta)
 De guerra tal, que la memoria antigua
 Su ejemplar no registra, ya conoces
 Si deben ser no equívocas tus voces."

"No vi, responde el póstumo viviente,
 La reclusión del Tártaro escondida;
 Vi el margen de Aquerón, y en su corriente
 Revocar me sentí a segunda vida;
 Pero advertí que el murmurar frecuente
 De las almas confiere la temida
 Discordia humana, y que el error del mundo
 Sus leyes todas derogó al profundo.

"Espíritus gloriosos y funestos
 Huyen Elisios campos y Cocitos;

Los felices allí con tristes gestos,
Aquí regocijados los precitos:
Los Decios vi magnánimos y honestos,
Los Camilos y Curios, los proscritos
Padres, ya de la patria hoy compelidos
A omitir gozos e innovar gemidos.

"Vi a Sila, de Pompeyo digno amparo,
Lamentarle en región, muerto, extranjera;
A Emiliano Scipión, que al hijo caro
Perdona en Libia, y llora lo que espera
A Censorino, cuyo ejemplo raro
El sucesor que veneráis venera,
Y al antiguo lastima que dispense
Su libertad con muerte el Uticense.

"A Bruto sólo entre las almas pías
Vi alegre, a quien promete ya el siguiente
Lustro, interrumpiendo tiranías,
Otro igual Bruto el ejemplar le aumente:
Vi con las almas réprobas e impías
En Catilina y Mario erguida frente;
Crasos y Drusos, que en estancia ajena
Roma assolada es gloria de su pena.

"Cuantos tentaron arduas sediciones
Mejoran hoy antelación de asiento,

Dando el suyo a las almas de varones
Más dignos sucesores del tormento
Libres arrastran hierros y prisiones,
Con el suplicio hospedan el tormento;
Danza el pie en la cadena, y con ufanos
Aplausos baten las ligadas manos.

"Allí el tartáreo rey dispensa, altera
A sus castigos número crecido;
Labra Alecto patíbulos, y espera
Al vencedor más pena que al vencido:
No, pues, envidies, Sexto, la severa
Sublimidad del triunfo preferido;
César venza, ya es trágica su gloria,
Pues atroz fin le abrevia la victoria.

"Vosotros, descendencia generosa
De Pompeyo, su espíritu algún día
Os dirá vuestra suerte no dudosa,
Y en la Sicania oiréis su profecía.
¡Oh familia infeliz por belicosa,
Donde el sol nace, donde muere el día,
Y donde más se encumbra; parecidos
Sois en fortuna, en muerte desunidos!

"Porque en África Egipto al padre anciano,
A ti en el Asia la ciudad Mileto,

Envío en Europa a tu guerrero hermano
Os dan sepulcros por fatal decreto:
Y si en porciones tres el globo humano
Vió Pompeyo a sus armas ya sujeto,
Las tres mismas en túmulos plebeyos
Verán al fin postrados tres Pompeyos.

"La de Oriente, la austral y la española
Parte eterna os prometen la caída;
Y aunque teméis a la Farsalia sola,
Sólo en Farsalia aseguráis la vida."
Dió así el cadáver su respuesta, oyóla
Sexto, y su escuadra, de terror vencida,
El cuerpo y gesto pálido y marchito,
Pide la prometida muerte a Erito.

La vida dilatar rehusa, y quiere
Ceder la luz, y despedir los días,
Gime cual suele agonizar quien muere;
Y porque vive con sus agonías,
Contra la maga, porque el fin difiere,
Arguye mudo en tácitas porfías;
Pide la posesión mortal, que es suya,
Y a quien se la usurpó la restituya.

Ella para el efecto y fin trocado
Raras hierbas induce, porque advierte

Que en sujeto una vez desanimado
Perdió derecho la segunda muerte:
Ara compone mágica, y postrado
En ella el cuerpo nueva sangre vierte,
Y arde gozoso en encantada pira,
Donde sin filos de la Parca expira.

Sexto en oculta suspensión no ocioso
Se restituye lento a la campaña,
Cuando ya el alba en llanto luminoso
La extremidad del horizonte baña;
Preservado de encuentro belicoso,
Con ardid vario Erito le acompaña;
Sombras inventa, ya la noche umbría
Dilata espacios a pesar del día.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Antes que el día de la guerra amanezca sueña Pompeyo
felicidades pasadas.

Sin luz, sin rayos el mayor planeta,
Que mide siglos, que las horas cría,
Se negó sol, y en traje de cometa
Desde su Oriente amenazaba al día
Niega al alba esplendor, sombras decreta,
Por eximirse de nacer porfía;
Nunca en la zona con vigor más apto
Opuso el propio al movimiento raptó.

Prolongaba el crepúsculo su ceño,
Cuando en lisonja de la corta vida
De Pompeyo infeliz ligero sueño
Le persuadió felicidad fingida:
De antiguos lauros y victorias dueño
Se juzga que la sombra entretenida

Te aplica, ¡oh Magno!, el gozo que deseas
Representado en íntimas ideas.

Goza durmiendo con imagen vana
Dichas que informa crédulo el sentido,
De alegre voz y adulación romana
Percibe acentos el burlado oído:
Oye a la plebe militar, que ufana
Le aclama triunfos; y el horror dormido
Con tanto absurdo imprime sus engaños,
Que aun figura en su edad jóvenes años.

Por este medio el ánimo presago
Que en sus trances el último recela,
Huye cual puede el sucesivo estrago,
Y a lo dichoso precedente apela;
Sino es que el sueño con traidor halago
Indica lo contrario que revela;
¡Oh antífrasi terrible, al entenderte
Pronuncias gozo, significas muerte!

Pero ya que su engaño dulce ignora,
No turbéis su reposo, ¡oh vigilantes
Guardas!, ni en fe de saludar la aurora
Rigores de clarín forme elegantes;
Que si en ficciones su pesar mejora,
Es cuando ya ni alivios semejantes

Le dará el cielo, que en su mal concilia
Aun concordes al sueño y la vigilia.

Descubrió Febo su rebelde frente,
Cuando en el cielo apresurado el paso
Últimas horas al vigor consiente,
Que intimaba a la tierra el gran fracaso;
¡Oh cuántos solemnizan en su Oriente
Al nuevo sol que no verán su ocaso,
Y para el fin que belicosos aman,
Llamando al tiempo, al de su muerte llaman!

A un bando engaña, porque más le ofenda
La desdicha con máscara dichosa;
Dispone que el festivo lauro atienda,
Y es destrucción la que acellera y osa;
Ya, pues, la respetable imperial tienda
Ciñe impelida turba numerosa,
Que airada pide guerras, y sentencia
Por malicia en Pompeyo la prudencia.

"¡Oh tú, murmuran, que al rigor consientes
Civil e interesaulo en la tibieza,
Por dominar caudillo a tantas gentes,
Su victoria suspende tu pereza!
Ya las fuerzas cesáreas ves presentes,
Que tiranizan hoy reino y grandeza;

Creeré, si orgullo tanto no deshaces,
Que temes guerras, porque temes paces.

"Tal calumnia, tal voz por la campaña
Aun siguen las naciones extranjeras,
Que ya impacientes de región extraña
Aborrecen pacíficas banderas;
Y con despecho, que al discurso engaña,
Por cárceles rehusa las trincheras;
Que al infeliz no basta que padezca
El mal, sino le cause y le apetezca.

"Gozos el campo con errores mide,
Y lo más de su suerte es ignoralla,
Farsalia le será sepulcro, y pide
Con ardor impaciente la batalla;
Sólo Pompeyo la atendió, y la impide,
Que al violento rumor se oculta y calla;
Pero sus leyes revocó prudentes
Tulio orador a instancias elocuentes.

"Tulio, que a la eficaz lengua romana
Esmaltes dió de elocución divina,
Por quien la toga consular y urbana,
Antepuesta a las armas predomina;
Y al conspirar de sedición tirana
Le temió temerario Catilina;

Ya el mudo labio con silencio aboga,
Porque a las armas hoy cede la toga.

"Mas la causa esta vez que favorece,
Se ostentó de elegancias matizada,
Pues dijo: "Si el ejército merece,
Pompeyo, tu equidad justificada,
Advierte que en las armas te obedece;
No así en el ocio de la paz turbada
Pide y pretende, al codiciar las lides,
Lo mismo que pretendes y le pides.

"Guerra le propusiste, y clama guerra;
Mira que armó la diestra a instancia tuya
Por hazañoso fin toda la tierra,
Y le estorba la hazaña cuando es suya;
Ya tu recato de abstigente yerra,
Y habrá malicia que temor lo arguya;
El esfuerzo guardándolo se gasta,
Si vencer quieres, consentirlo basta.

"Lidiar es hoy vencer, y la pelea
Triunfo, en que el premio vengador consis-
Gózate, pues; no César le posea, [te;
Y te dejes culpar, que se le diste:
Mira en tí mismo cuanto el sol rodea,
Que con veloz celeridad venciste;

Será en tus hechos excepción cobarde,
Que al inferior opuesto hoy venzas tarde.

"Permite dichas, no al valor primero
Las niegues, que invencible poseías;
Tu asunto es sacro en el celeste fuero,
Y en él su causa a las deidades fías:
Ya impaciente el ejército y ligero,
Por más lealtad te opone rebeldías;
Sin ti se precipita en las campañas,
No renuncies tu parte en sus hazañas.

"La libertad común rescates halla,
En los combates hoy seguridades,
Si nos estorbas, pues, libre batalla,
Es negarnos cruel dos libertades:
Impío César imperios avasalla,
Y le amparan benignas tus piedades;
Bélico te merezca el bando amigo,
Pues te ofreces clemente al enemigo.

"Si general te promovió el Senado,
Si te reforma por común guerrero,
A su imperio te debes fiel soldado,
No a su desprecio príncipe severo
Mira que del ejército arrojado,
Sin tu licencia la victoria espero,

De imprudente dichoso te convences,
Si a fuerza ya de inobediencias vences."

"Al elocuente apremio airado gime
Pompeyo, y reconoce oculto engaño
En su fortuna, que a seguir le oprime
Con disfraces de acierto un mal tamaño;
No usurpo, dice, autoridad sublime,
Que es del Senado, aunque su fuerza extraño,
Pues con la ruda voz de una trompeta
La destrucción universal decreta.

"Valga, romanos, el acuerdo nuevo,
Que al orden vuestro mi gobierno humillo;
Soldado seguiré, lo que no apruebo,
Pues no seguís lo que elegí caudillo:
Del error mismo la disculpa os debo,
Hoy que el imperio entregaré al cuchillo;
Mi potestad por súbdita padece,
No es de su causa actor quien la obedece.

"Protesto, ¡oh patria Roma!, que no aceto
La enormidad que otorgo y ejecuto;
Yo gobierno las armas con respeto
De excusar muertes al marcial tributo:
A César mismo cometer su efeto
Quiso mi guerra válida en lo astuto;

Que oprimiéndose él mismo en el asedio,
Fuera mi paz para la paz remedio.

"Ya expulso de las tierras y los mares
Busca en las breñas íntimo retiro,
Y en todo puesto le refiere azares
La precedente destrucción de Epiro
Hoy con últimas bascas militares
Sus gentes gimen, que vencidas miro,
En sitios de alimento y vida faltos,
Pues suplen con sus hambres mis asaltos.

"Así apetecen muertes belicosas
Por alivio a domésticos tormentos;
Pasiones son frenéticas, furiosas,
No ya incentivos de valor, no alientos;
Con providencias al vencer piadosas
Mí paz milita y asegura intentos;
¿Y queréis antes vuestra lid cubierta
De sangre, y tanto por severa incierta?

"Sólo el vencer es triunfo, y se desea,
No el solo pelear, que es fuerza insana:
Vos preferís tan ciegos la pelea,
Que a vuestros ojos la victoria es vana;
Yo os sigo, y esta acción pido que sea
Por mí neutral en la malicia humana;

Ni darme honores ni deslustres pueda;
Ven, pues, fortuna y arbitraria rueda.

"Si me entregaste ejército romano,
Hoy a tus aras vencedor le entrego,
Tú le rige, defiéndale tu mano
De esta inclemencia que cometo y niego;
Mas ¡ay! que mi lamento excluye vano
Júpiter, y de César premia el ruego,
Sin estorbar que la intención más pía
Los pies bese a la torpe tiranía.

"Si bien Tesalia, que el rigor presiente,
Común crueldad en los presagios muestra,
Muera, o venza Pompeyo, que igualmente
Le informará la adversidad siniestra;
Ni a César menos, porque no consiente
Más acierto la misma elección nuestra;
Lo próspero se impugna y se deshace,
Todo es error, aun el que vence yace."

Dice; y concede guerra y libre paso
Al ejército junto inmenso, y luego
Vieras su enjambre difundirse acaso,
Como en secas aristas prende el fuego:
Así en turbado mar ligero vaso
Es inconstante de las olas juego,

Cuando el piloto, que las iras teme
De todos vientos, les entrega el leme.

Hierve inundante el bélico tumulto,
Que ya sin rienda el ímpetu liberta;
Los ánimos suspende horror oculto,
Y es alto sueño la razón despierta:
El hórrido talante, el fiero bulto,
La vista oblicua, la melena yerta,
Índices eran e inscripción precisa,
Que el proceloso fin del mundo avisa.

"Tanto algunos el pálido semblante
De muerte esmaltan, que difuntos viven,
O en el visaje trémulo anhelante
Mayor imagen que el morir describen:
Porque llevados de un furor celante
Sólo el peligro universal conciben,
Y es ley decente que a la queja estorbe
Menor y propia la común del orbe.

Éstos y aquéllos con diverso estilo
Sus armas reconocen; ya en la espada
Áspera muela sutiliza el filo,
Ya desabolla el yunque la celada;
Hierros lustra la lanza, punta el pilo;
Los arcos cimbran cuerda renovada;

Las flechas, con aceros y plumajes,
Agravan y condensan los carcajes.

Lóriga, peto y greba, y toda hebilla,
Registra alguno del arnés tranzado;
Otro la espuela, freno, rienda y silla,
Del suelto corredor y el pie ferrado:
Tienta amagos y vibra la cuchilla
El brazo en juego simple examinado;
Y blandiendo la lanza encorva, y junta
Tal vez la extremidad del cuento y punta.

Así el imperio (si ejemplar divino
Al romano es decente semejanza)
Contra los monstruos de Titán previno
Armas fiadoras de inmortal venganza:
Jove esmeró de temple el rayo trino,
Hierros Minerva duplicó a su lanza,
Volvió su espada Marte al yunque ardiente,
Su flecha el sol, Neptuno su tridente.

Porque esfuerce al valor y al temor frene,
En sus huestes el pródigo caudillo
A fieles aras dedicar previene
Piedad inútil, cándido novillo;
Cuando trágico a un tiempo lo solene,
Sin consentir la herida del cuchillo

Huyó al tésalo bosque el bruto infausto,
Y ardió la llama ausente el holocausto.

Mayores monstruos autorizan dentro
De su espanto los ánimos pasmados;
Afirman ver en formidable encuentro
Combatirse peñascos desmembrados;
Y en la segada tierra, abierto el centro,
Sepultar cumbres, devorar collados;
Mudan cimientos, cambian horizontes
De este sitio en aquel movibles montes.

Oyen, o percibió falso el oído,
El terreno gemir con voz profunda
Ven, o el engaño lo formó al sentido,
Purpúreo arroyo que a Farsalia inunda;
El más fuerte en quimeras suspendido,
Aun de temores, que carece, abunda;
Sombras juzga los rayos del sol rojos,
Siendo solos eclipses de sus ojos.

A los mismos que en luchas anteriores
Dieron muerte, ya en lid imaginada
Miran vivientes, temen agresores,
Con más horror de espíritu y de espada;
Bien que asombros no aplacan o terrores,
La obstinación del ímpetu guiada,

Que al ciego efecto la razón sujeta,
No ve el peligro, o, si le ve, le aceta.

No admire, no, si el corazón presente
Su mal, y en propia causa es adivino,
Que en la ajena y mayor suele la mente
Pronosticar lo que celó el destino:
Así en el Austro y Norte, en el Oriente
Y Ocaso, el que habitó pueblo latino
Percibió impulsos de ofensión presagos,
Llora tragedias evitando estragos.

Y alguno con distinta profecía,
Desde empinado risco de Patavia
O Minerva, exclamó: "Ya es éste el día
Que predominas bélica, no sabia:
La mayor guerra que en la paz cabía
Destruye lo mortal, lo eterno agravia;
Que alojando incapaz dos combatientes,
Es hoy Tesalia entierro de las gentes."

Tal fue la voz del patavino, y cuantos
Consultaron lo esférico infinito,
Vieron tristezas y leyeron llantos,
Por fe de estrellas en luciente escrito:
Júpiter crece números de espantos,
Prenuncios todos de civil conflicto,

No hay sitio en amplia o contenida esfera,
Donde el sentido adversidad no infiera.

Aun castigadas, ¡oh romanas huestes!,
La tierra embelesáis y el firmamento;
¡Oh stirpe venerable a los celestes,
Que inducís gloria aun del errado intento!
Orbes, zonas marítimas y agrestes,
A vuestra disensión vuelven lo atento,
Y en pronósticos suyos cuanto abraza
Lo universo, esparcido se embaraza.

Seguiránse a mi voz posteridades,
Y la fiel Musa escucharán con llanto,
Si es que admite el favor de las edades
Permanente el informe de mi canto:
Aun entonces a dos parcialidades
Se aplicarán los ánimos, y en cuanto
Lo que ya de su origen siglos dista,
Se represente objetos de la vista.

Al de Pompeyo, o al cesáreo bando
Se inclinará el que más atento lea
Con alborozo trémulo, anhelando
Por el fin, ya que la intención desea,
El grato verso, o belicoso, o blando,
Tan eficaz imprimirá en la idea,

Que transportada del sentir describa
La pretérita acción cual sucesiva.

El ejército, pues, libre, animoso,
Del gran Pompeyo, cuando el sol crecía
Sobre el plano horizonte, y su fogoso
Rayo y tremenda luz terciaba el día:
Las campañas oculta temeroso,
De cuyo espacio en la extensión vacía
Marte parece, desmontó sus tierras,
Para sembrar ejércitos y guerras.

Aun es distrito la Farsalia escaso
A lo que abraza; y la vulgar caterva
Que antes vagaba desparcida acaso,
Ya calma y orden regulado observa;
En destinado puesto afirma el paso,
Forma campo, y el ímpetu reserva;
Donde Pompeyo a Léntulo valiente
Lugar consigna en la siniestra frente.

A Domicio comete el diestro cuerno,
Que así el valor de Léntulo compensa,
Y entre dos alas el espacio interno
De combatientes cílices condensa;
Incesable su artífice gobierno
Gentes comparte en latitud inmensa,

Orientales y arábigos gentíos
Orlas guarnecen de distintos ríos.

Cubre arenosos valles inmediata
La del Ponto veloz caballería,
Y en parajes que el término dilata,
Reyes cuantos la Libia y la Asia envía:
Así difunde el campo, y le remata
Con angular simétrica armonía,
Contribuyendo de sus climas cuatro
Armas el mundo al tésalo teatro.

Infelice campeón, que a igual castigo
Un mundo en un ejército congregas,
Y preparando el triunfo a tu enemigo
Todo lo más a que aspiró le entregas;
Pero si al fin perecerán contigo
Tantos, los mismos que le das le niegas;
Piérdelos, pues, conseguirás que impere
El César menos, cuanto más venciere.

Él con desvelo cauto, antes que rompa
La aurora luces, desde altiva sierra
Vió el ejército magno, cuya pompa
Es amenaza, y la amenaza es guerra:
Donde en alto clamor dice la trompa,
Que allí milita el orbe de la tierra;

Dudoso trance Júpiter le ofrece,
Mas de tal premio aun dudas agradece.

Sus gentes mueve a esfuerzo y esperanza,
Tan fervoroso a disponer su alarde,
Que en ellos lo solícito es tardanza,
Y el orgullo más pronto ocio cobarde:
Ya compuestos en bélica ordenanza
Aun les arguye que obedecen tarde:
Tanto es su fuego, aunque la causa es tanta,
Que cuanto más le enciende, aun más le espan-
[ta.

Es tan disforme empeño, que modera
Aun de César lo ardiente, hoy que adelante
En imagen contempla, en acto espera
Ver cadáver el orbe agonizante:
Mas ya furores monstruos recupera,
Cobra su ardor inmensidad constante,
Así a escuadras valientes y feroces
Aumenta llamas profiriendo voces.

"¡Oh actores!, dice, de mi gran fortuna,
Ved la sazón que os provocó anhelada,
La que a mi instancia en voces importuna
Pidió a los dioses vuestra invicta espada:
Cesen los votos, que si fuerza alguna

El ruego tuvo al hierro se traslada,
 Y os da sus voces la atención divina,
 Por árbitros del triunfo o la ruina.

"Por vuestra jura el lauro de este día
 Fue en Arimino general promesa,
 Que del Senado restaurar confía,
 Negados premios a la lid francesa:
 Hoy vencedora vuestra espada y mía,
 justificar sus hechos interesa,
 Que con el mundo a efectos atenido,
 Sólo es culpado el infeliz vencido.

"Declinó a culpa desnudar el hierro
 Contra la patria, y si el efecto alcanza,
 Veréis en él tan desmentido el yerro,
 Que la injuria redunde en alabanza;
 Hoy se nos da por galardón destierro,
 Cuando nos puede dar cetro la lanza,
 Y es ley que Roma, experta en lo protervo,
 Por dueño sirva al que desprecia siervo.

"Toda razón expira en nuestro brío,
 Que en vano Italia libertad blasona,
 Ostentando imperial el señorío
 Si de Pompeyo lo tirano abona:
 El premio que esperáis por vuestro es mío,

Que os cedo el triunfo, el reino y la corona,
Solos venced, reinad, aunque mis ojos
Os envidien sin parte en los despojos.

"Y si algún celo de mi causa os toca,
La ocasión veis en que la suerte oculta
A soberanas glorias me coloca,
O en ínfimos oprobios me sepulta;
No afrenta fácil, no inclemencia poca
Es capaz de mi causa, ni resulta
A mi cabeza de este acierto y yerro,
Menor alhaja que el laurel o el hierro.

"Con armas brutas desmembrar contemplo
Mi cuerpo entre villanos escuadrones,
Y en los comicios de la curia y templo,
Ser festejo pendientes los pendones;
Ni esperéis todos más benigno ejemplo,
Sino burlas, castigos a intenciones
Reconocidas; y Pompeyo evita
Con su muerte la atroz que os solicita.

"¡Oh soberanos!, o equidad del cielo,
En mi resguardo os pido, o ya en mi ofensa,
Aquella sola preferáis, que al celo
Reconocéis piadoso más propensa:
Aunque es justa mi guerra, es mi recelo

No se interprete culpa la defensa,
Ni se adelante, si el vencer consigo,
A la venganza el brazo ni el castigo.

"Mi ejército se mida, observe atento,
Que no será adversario el fugitivo;
En esta lid permito a vuestro aliento
Lo victorioso y no lo vengativo;
Será el combate a los rendidos lento,
Cuanto indignado al que repugne altivo;
Halle en mis armas el opuesto bando
Piedad huyendo, atrocidad lidiando.

"No es, pues, difícil la vitoria nuestra;
Contrastamos a j líricos y griegos,
Que su mayor estudio es la palestra
En paz festiva y literarios juegos:
La demás turba ni feroz ni diestra,
Varios en ritos, en lenguajes ciegos;
Sólo su estruendo y rudo barbarismo
Los grava y hunde en su desorden mismo.

"No han de esperar al ímpetu segundo,
Ni resistir en la trinchera o valla;
Así aunque César acometa a un mundo,
Será con pocos la veloz batalla:
Hoy la extendida tierra, el mar profundo
Sus intereses en los nuestros halla,

Que habiendo de rendirse a mortal diestra,
Respeto sacra la invencible nuestra.

"Será compendio excelso de blasones,
Si las coyundas, yugos y cadenas,
Que repartió Pompeyo en mil regiones,
Nos constituyen hoy un triunfo apenas;
¿Qué lealtad, pues, las bárbaras naciones
Al que encendió enemigo sus almenas
Observar pueden? ¿Amarán caudillo
Al que en lucha feroz, fue su cuchillo?"

"Diversa fe en mi ejército mejora:
El patrio amor os alistó en campaña,
Seguís libres mi estrella vencedorá,
Jamás vencidos ni de ley extraña:
¿Cuál nombre o patria mi noticia ignora
De cuantos me seguís cual noble hazaña?
Si la lanza arrojada al viento miro,
Conozco el brazo flechador del tiro.

"Vuestro silencio entiendo, y con la ociosa
Vista aun aquí me respondéis, ya leo
En los semblantes, sí, la victoriosa
Solemnidad que aguardo, que poseo:
Ya vencemos, ya estorba perezosa
Mi persuasión el plazo del trofeo;

Perdonad, si mi voz le ha diferido,
Por ser lo mismo lo que estorbo y pido.

"La magnitud de la facción reprime
Aun el incendio en que exhalado abundo,
Viendo el estrecho campo que dirime
De nuestros pies la posesión del mundo;
Vuela mi raptó a esfera tan sublime,
Que en ella el hondo meditar confundo;
Unida el alma a inacelible idea
En tempestades un discurso ondea.

"Id fáciles al triunfo, y los despojos
De mil reyes gozad y mil naciones,
Ni en tanto mitiguéis dignos enojos
Al contrastar romanos escuadrones;
Dad al antiguo amor cerrados ojos,
Y al nuevo agravio ardientes corazones;
Inicua es la equidad si medir manda
A impiedad bronca recompensa blanda.

"Aquí asolad con intención primera
Nuestros alojamientos y reparos,
Castigaréis la estancia que pudiera
Al cobarde retiro convidaros:
No a las espaldas sospechéis trinchera,
Pues la vitoria sola ha de alojaros

En el real donde a Pompeyo excluyo,
Y si albergue pedís no hay más que el suyo."

Dijo, y los pechos de lidiar sedientos
Respiran sola guerra: guerra exhalan,
Y al primer acto belicoso atentos,
Propias trincheras y reparos talan;
Crecen tanto en magnánimos alientos,
Que a los de César altamente igualan,
Y marcha en ademán gallardo y presto
Todo un campo de Césares compuesto.

Su espíritu en lo oculto les avisa
Victorias, y la vista aun las predice;
Todo arnés y metal, toda divisa
En lo brillante informa lo felice;
Cuidan apenas de observar precisa
Orden marchando; que interior les dice
Marte que pueden cometer al hado
Aun de sus mismos pasos el cuidado.

De Pompeyo el ejército enemigo,
Que a la batalla términos concluye,
Y meditando atónito el castigo
Universal que la Tesalia incluye;
Aunque su afecto es íntimo testigo,
Que con prenuncios trágicos le arguye,

Sin consentirse débil o inconstante,
Dió esfuerzo al ademán, voz al semblante.

En robusto bridón con pies veloces,
De este sitio en aquel son sus desvíos,
Esparciendo vitorías con las voces,
Flechando a un tiempo con los ojos bríos;
Corazones remisos cambia atroces,
Ardientes funda desalientos fríos,
Con los vulgares de nobleza ajenos
Razona más, con los ilustres menos.

Y eran de amor estímulos y lazos
Las sílabas que heroicas persuadía.
"Hoy, dice, a mi gobierno y vuestros brazos,
La protección de un mundo el cielo fía,
Hoy nos coronan últimos los plazos
Del civil triunfo, y resplandece el día
En que asignó celebridades santas
La mayor guerra, epílogo de tantas.

"Despended todo el ánimo, que en esta
Sola balla es de interés su empleo,
Donde los dioses por la causa honesta
Partícipes militan del trofeo;
Rompiendo paso por la turba opuesta,
Llegará el pie donde voló el deseo

De libre patria; y prenda tan amada,
Si allí la busca, la hallará la espada.

"Ved que a las armas nuestras se deriva
Celeste impulso de guerrera estrella,
Y el que usare remisos cortés priva
De efecto el don y providencias huella:
César nos llama a que su sangre escriba
Leyes que aleve canceló, y con ella
Roma restaure y goce establecidos
Sacros derechos que lloró ofendidos.

[rena

No un monstruo, aunque la luz turbe se-
Del Magno, es parte a obscurecer memorias,
Ni el que exhaló mi juventud condena
Menores años a menores glorias;
No impugna el cielo lo que recto ordena,
Ni a escuadras tuyas negará vitorias,
Donde más limpia y rutilante brilla
La espléndida virtud que la cuchilla.

"Aun los Decios, los Curios y Camilos
Renacen hoy del siglo ya difunto
Y aquí ejerciendo los tajantes filos,
Confirman ser divinidad mi asunto:
Yo armé los climas de la tierra, unílos

A mi campo, que el orbe incluye junto;
Mal perderán su mando los humanos
Cuando para ganarte aun sobran manos.

"Venza el Cesáreo, pues siendo sujeto
Tanto inferior, que impide ser vencido,
César le basta, y en su mismo aprieto,
Sin guerra el triunfo os cederá oprimido;
O le será el terror mortal efeto,
Cuando esparza tronante el alarido
Nuestro ejercito inmenso, y sin heridas
Venzan su parte estruendos homicidas.

"Pero esmerad lo heroico en lo seguro,
Suponed en caracteres mentales,
Que nos exhortan del romano muro
Los clamores más tristes y leales;
Que las matronas con afecto puro,
Con celosos lamentos las Vestales
Piden las redimáis del llanto y pena,
De infamia el nombre, el pie de la cadena.

"A Roma os proponed, deidad postrada,
Que en la sacra cerviz teme coyunda;
Si esta guerra perdéis, ¿cuándo exaltada
De otra mayor se espera ni segunda?
La razón resplandece en vuestra espada,

En la enemiga la traición redundo;
Y por no exagerar instancia nueva
Sola mi causa, aunque menor, os mueva.

"Pompeyo soy, a quien miró triunfante
Perpetuo siglo, y recelosa y muda
Mi familia y consorte hoy que vagante
Mis armas sigue, una victoria duda:
Haced mi suerte no feliz, constante,
Que en glorias docta, y en deslustres ruda,
Si vuestro azar es preceptor diverso,
Sólo de vos aprenderá lo adverso.

"No podáis tanto, que mi suerte muera,
Cuando el mayor ejército congrego,
Que al Dios invicto desquiciáis la esfera,
Retrocedéis al hado, heláis el fuego:
Extranjeros ilustres, si al que impera,
Es lícito rogar, postrado os ruego:
Entregados nos veis, nobles romanos,
Yo a vuestros pies, la patria a vuestras manos."

Los piadosos afectos venerados
Dieron así al ejército infinito
Duros impulsos con afectos blandos,
Tal, que aun rigor y muerte es su apetito;
Aclaman guerra los adversos bandos,

Y siendo adverso es uniforme el grito,
Con vario fin en que la lid se extreme,
Uno codicia reino, otro le teme.

Se acometen a un tiempo en que fenece
De el arduo encuentro la distancia corta;
El supremo espectáculo se ofrece,
Que ignoran siglos a la vista absorta;
Desde el empíreo tálamo enmudece
Jove, y recela lo que él mismo exhorta,
Los caballos quebrantan broncos frenos,
Rayos respiran y relinchan truenos.

Vibra reflejos el metal bruñido
De los yelmos y lúcidos arneses,
Y de las lanzas el concurso unido
De férrea espiga forma horrendas mieses;
Hierva el rumor frecuente repetido
De las móviles astas y paveses,
Y con borrascas de Mavorte fiero
A Ematia inundan piélagos de acero.

Ya enristra el brazo el asta vigoroso,
Dase la flecha al arco, la ligera
Piedra a la honda, al tremolar undoso
Del aire toda militar bandera;
Hermosa vista ofrece lo espantoso,

Tinto en horrores el deleite impera,
Y canoras las trompas cuanto horribles
Son a un tiempo tremendas y apacibles.

¡Oh encontrados ejércitos alevés,
En crueldad sola convenidos tantos!
¡Oh Roma!, ¡oh cuántas inclemencias debes
Que en alta queja inmortaliza el llanto!
Aceleran rigor tus pasos breves,
Que no permiten restaurarse en cuanto
El tiempo,viva, aunque las anchas tierras
En mil edades no repitan guerras.

En ésta oprimes hoy consecutivo
De las almas el número viviente,
Que naciera en lo eterno sucesivo,
Pues le troncas la estirpe antecedente,
El ser romano que imperaba altivo
Del Austro al Norte, y del Ocaso a Oriente,
Pierde el nombre, esplendor y forma bella,
Como gran sol que resultó en centella.

Reservaron las fábricas y altares,
Apenas en sus polvos monumento,
Gemirán yermos los albanos lares,
Y los penates de la gran Laurento:
Donde en vez de comercios populares,

Haga forzado el caminante asiento;
Y el senador, que al templo es su viaje,
Presto incluya el incómodo hospedaje.

Y no de tanta adversidad siniestra
Es instrumento la común fortuna,
Tú sola das sepulcro a la edad nuestra,
Roma, negando a las siguientes cuna;
Reducirá el estrago de tu diestra
De mil ciudades el concurso en una,
Pueblo de cuyo número en tus paces
Fueron provincias tantas no capaces.

El extraño, que es hoy cultor violento
Poseerá libre la región latina,
Donde caduque el edificio exento
De causar homicidio en la ruina:
De advenediza turba alojamiento,
Roma serás, pues lo fatal destina,
Que sin romanos tu desierto muro
De otra guerra civil viva seguro.

Obscurecer, borrar Farsalia puede
Tus desastres, hoy lástimas livianas,
Pues al nuevo rigor el nombre cede
De la batalla aliense y la de Canas:
Pierda sus quejas la desdicha, herede

Ésta por la mayor de las humanas,
Que en todos siglos fue dichosa Italia,
Si se contempla ajena de Farsalia.

La altivez misma que tu ser sublima
De tu existencia es arduo impedimento;
Que el edificio de más alta cima
Con mayor prontitud busca el cimiento:
Tocó tu frente en el celeste clima,
Y opresión halla donde busca aumento,
Que siempre han sido al penetrar los cielos
Muertes profundas soberanos vuelos.

Hoy cuanta inmensidad cubre la luna
Es de tu gloria extremo, y se adelanta
Aun la ambición; no puede tu fortuna
Moverse ya sin retirar la planta:
Moverse es despeñarse, pues en una
Guerra te pierde lo que adquirió en tantas:
Donde libertas las demás naciones
Del yugo mismo que a la tuya pones.

¡Oh nunca el cielo consignara en esta
Región de Italia el imperar lo humano!
Antes la diera en cautiverio expuesta
Siempre a dominio externo, aunque tirano;
Pues menos es la sujeción molesta

Al rendido escocés, belga o britano,
Y al que incesable arrastra la cadena
Que al varón libre cuando el yugo estrena.

Culpe dos Brutos mi razón y exclame
Contra su esfuerzo por la patria libre,
Sintiera menos Oroseguir la infame
Esclavitud qué repetirla el Tíbre:
No alguno Italia que a tus hijos ame,
Contra tirana fuerza el hierro vibre,
Que mejor se tolera acostumbrada
La violenta opresión que renovada.

Padezca Roma, no recuse el daño,
Expuesta a sucesivas impiedades,
Pues ni favor doméstico ni extraño
De los hombres atiende o las deidades:
No impera el cielo, no, que es simple engaño,
Libre el caso gobierna las edades,
No Júpiter inválido retira
Su brazo y rayo aunque a Tesalia mira.

Fulminara la Calpe y el Pangeo
Mejor la ociosa cumbre, o la sujeta
Dimisión de las mares, o el Hibleo
Campo o silbosos ápices de Oeta;
Si con horror a la traición de Atreo

Retrocediste obscuro, ¡oh gran planeta!,
¿Cómo a Tesalia das luces celestes,
Donde es benigno ejemplo el de Tiestes?

Mas si falta venganza soberana
Contra el romano, cuando inicuo yerra
Contra el cielo, será la acción profana,
Que ha de seguir a la funesta guerra;
Pues en lo humano majestad no humana
Se opondrá a las eternas, y la tierra
Tendrá su numen imperial, que a ejemplo
De Jove reine, y le consagren templo.

LIBRO DÉCIMOCUARTO

Encuétranse los ejércitos, y prosiguen la batalla con varios accidentes; huyen las naciones bárbaras que traía Pompeyo, y padecen destrozos.

No permiten los campos que ya goce
La detestable disensión remedio;
Ya concurren y abrevia el pie veloce
El ancho espacio que vacó intermedio:
Toda vista se encuentra y reconoce,
Cuando ya la cuestión no admite medio;
Pero el que ve al amigo, padre, hermano,
Quiebra el suelto ademán, turba la mano.

Cual si ardiente caballo en la carrera
Abierto foso mira, o risco o planta,
Resiste ambiguo a la intención ligera,
Tuerce la frente, el ímpetu quebranta:
Tal repugnando a la crueldad primera

Este y aquel ajército levanta
(Sin resolver de la batalla el plazo),
Indeciso el metal, suspenso el brazo.

No en paz ni en guerra mueras, siempre animen
Tu ser los tiempos, Crástino, y tu aliento;
Y en pena, aunque menor del fiero crimen,
Viviente inmortalices el tormento;
Pues cuando el vuelo del furor reprimen
Tantos, y ya es piedad su movimiento,
Tú con primera planta las ajenas
Provocas, y romana sangre estrenas.

Cuando César, impulso primitivo
De tanta acción, la recelaba humano,
Fue tu insolencia incendio intempestivo,
Aun siendo hielo la cesárea mano;
Ya el rumor lento se refuerza altivo
De las trompas, y herido el aire vano
Con terrenos temblores y celestes,
Juntas fraguaron una lid mil huestes.

De inmensas voces el clamor se alterna,
Y el eco en tantas lenguas disonante;
Hínche de obscuro son toda caverna,
De monte en monte, desde Olimpo a Atlante:
Pulsa el estruendo la región superna,
Donde admirado observa el Dios tonante,

Que en los espacios de la luz serenos
No ya descienden, sino suben truenos.

El profundo alarido infunde horrores
Al pecho mismo que rompió su acento;
Y el de los sueltos fresnos voladores
Se embaraza, y asombra el sol y el viento.
Perplejos los romanos guerreadores,
Aun rigen armas a dudoso intento:
Ya el brazo es rayo, ya encogido y tardo
Pierde en lo alto la flecha o quiebra el dardo.

La lanza alguno con sangriento empleo
Despide apenas a la adversa frente,
Cuando revoca el golpe en su deseo,
Y el rigor que ejecuta no consiente;
Pero como en las ondas del Egeo
Pierde el puro candor mezclada fuente,
Así en la turba el noble acero limpio
Se manchó, y la piedad fue rigor impío.

Las recíprocas astas arrojadas
Fueron de la batalla exordio breve;
Luego, uniendo al combate las espadas,
Creció en aleve furia el fervor leve:
Venas penetra, del arnés guardadas,
Sediento el filo, cuya sangre bebe,

Arde al herir, y en abundante llaga,
Aunque el metal se tiñe, no se apaga.

Aquí el suelto rejón vuelo aceta,
Y la azagaya que loriga o cota
No resiste; despide la saeta
Allí el arco, y la honda la pelota;
Milita el acho artificial cometa,
Que de obscuro betún incendios brota;
Siendo a tantos agentes homicidas
Objeto sólo las cesáreas vidas.

Al herir lejos no dirige atento
El brazo el tiro, ni la vista apunta;
Toda Farsalia es blanco, y sin intento
Asegura el acierto toda punta;
Arroja flechas el descuido al viento,
Y cual nube sus astas mezcla y junta,
Nube atroz que licor sangriento bebe,
Cuando en romanos cuerpos muertes llueve.

No admira, no, que el árabe, el romano
Hiera, o el flechador de Armenia o Galia;
Admira, sí, que con desdén pagano
Combatan armas ítalas a Italia;
Contra su sangre y vida civil mano
Despide alevos astas, que a Tesalia

Altas cubren, tejiendo voladoras
Pendiente noche en apolíneas horas.

César de aquella tempestad recela,
No las fuerzas quebrante y desbarate
Internas de su campo, y con cautela
Y furor sumo exageró el combate.
Tan guerreador se precipita, y vuela
El caballo impaciente al acicate,
Que al fin los reputados inferiores
Se truecan de ofendidos a ofensores.

Su actividad, su ardor, su ligereza,
Fuerzas de arrebatado incendio incluye,
Rompe, ensangrienta, abrasa, y la fiereza
Bárbara al fin se atemoriza y huye:
Su algazara fogosa ya es tibieza,
Patente ya de su pavor se arguye,
Con cuánto engaño, quien comete, yerra,
A extranjero socorro civil guerra.

La instante agilidad ya, es fugitiva,
Y amedrentado gesto el antes fiero;
Donde aclamaba triunfo allí derriba
Suelto el bridón y arrastra al caballero;
La caterva a sí misma era nociva,
Que estorbada en el ímpetu ligero,

Se implica y huella, y con opuesta rienda
Parece ya su confusión contienda.

Con temores se impugnan, pues en ellos
El fugaz curso se interrumpe y tarda,
Dando a César los pechos y los cuellos
Sin belicosa resistencia o guarda:
Golpes no alterna el vulgo a padecellos,
Y así resuelta la cuestión bastarda,
Porque en los bandos, sin mover las plantas,
Forman la guerra espadas y gargantas.

Sin descuento el cesáreo prevalece,
Sobra al vencer, fecunda las arenas
Con sanguinoso humor; sólo padece
Pulso y mano al segar cuellos y venas
Ríndese el brazo, el filo se entorpece,
Tan ofendidos de ofender, que apenas
Pueden los cortes cálidos y rudos
Pieles simples herir miembros desnudos.

Dios de Tesalia, y protector divino,
Admite sólo de extranjeras gentes
Sangre, no el infeliz pueblo latino
Vierta raudales, pues abundan fuentes;
O bien se aplique el vencedor destino
A la romana grey: no golpe alientes

Contra el vulgo común bárbaro adverso,
Tanto, que no reserves universo.

Ya que muera el linaje Ausonio, vivan
Los de extraña región; porque si en vano
Roma el vivir pretende, le reciban
Los que después serán pueblo romano
Mas ¡ay! que de esperanza a Italia privan
Armas del César, cuyo impulso y mano
En destrozos iguala indiferentes
Las propias ya con las externas gentes.

El furor que a las tropas extranjeras
Aplicó estragos en el arduo encuentro,
Se convierte, Pompeyo, a tus banderas,
E inquiera allí de la batalla el centro;
Escaramuzas calman y carreras
Que antes vagaron por Farsalia, y dentro
De la ya destinada íntima parte
Mayor tragedia representa Marte.

Allí de César la imperial fortuna
Afirmó el trono donde varia espada
No interviene al rigor, no escuadra alguna
Para socorro bárbaro rogada;
Roma contiene desunida, y una
Sola milita y hiere duplicada;

Así a un tiempo vencida y vencedora,
Rendimientos celebra y triunfos llora.

Huye, funesta Melpomene y Clío,
En tan cruel, en tan civil contienda,
Cierre en tinieblas el Estigio río
Su memoria, ni el Báratro la entienda;
Quéjese el tiempo del silencio mío,
Y no impiedades de mi verso aprenda,
Que cuando infame escándalo resulta,
Honora la verdad quien la sepulta.

César fue sólo poderoso agente
De incendio tanto preferido al griego,
Que del Paladio de su pecho ardiente
Llamas infunde en ánimos de fuego:
Valor aumenta a ejército valiente
Con la voz y ademán, imperio y ruego,
Y el oprobio tal; vez tal alabanza,
Da igual calor y luerza al pulso y lanza.

Celebra el rojo filo que en más fiera
Herida la interior púrpura breve,
Y los aceros limpios vitupera
Del que en hazañas tardo el brazo mueve:
Recatadas templanzas acelera,
Es a sus ojos la modestia aleve;

Celos afecta y generosa envidia
Del que admitiendo más heridas lidia.

Contra el benigno pecho se enfurece,
Benignidades al furioso envía;
Así, pues, con halagos iras crece,
Y con fierezas las ajenas cría:
Manda a la guerra, pronta le obedece:
De toda espada es movimiento, es guía;
Resplandeciente en el acero y malla,
Veces usurpa al dios de la batalla.

Ya en sus extremos procelosa y densa
Hierva la lucha y reconcentra alientos;
Mil y mil voces una sola inmensa
Fraguan, que excede en extensión los vientos:
De uno y otro metal la alterna ofensa
Multiplica al herir broncos acentos,
Y el que a los golpes rápido se ofrece,
Si rayo fulminó, yunque parece.

Es el acero rayo, el brazo acero,
Incendio el corazón, furia el talante,
El menor giro troneador ligero,
La menor fuerza incurso penetrante;
La acción más tibia arrojamiento es fiero,
El frágil golpe agilidad tajante,
La planta es bronce, la constancia es risco,

La voz horror, la vista basilisco.

Ya no hay diestra que entero corte esgrima,
Rompe el archa y alfanje, el asta y filo;
Ni mortal hiere, ni eficaz lastima
La obtusa punta de venablo y pilo:
César no sólo fervoroso anima
Sus escuadrones; mas con vario estilo,
Si amiga diestra mira desarmada,
Le ofrece dardo, le ministra espada.

Único a innumerables favorece,
A todos puestos incansable vuela,
Divídese en mil Césares, y ofrece
Igual a cuantos lidian la tutela:
Tal vez halló quien de pavés carece
En su amparo cesárea la rodela,
Y la mano de él mismo agradecida
La sangre a muchos restañó en la herida.

Ya, pues, les manda atropellar veloces,
Sin ley, sin rienda, obstáculos estrechos,
Y con aspecto de enemigo y voces,
Espaldas impeliendo, anima pechos
Insultos, rabias que contempla atroces,
Festeja y premia por heroicos hechos,
Aunque ya se molesta, y se dedigna

De poner ármes a la plebe indigna.

Retira de aquel vulgo toda diestra,
Y a la suprema acción rige la vista;
Al cónsul sacro, al senador les muestra,
Con quien sólo sus armas enemista:
En tal círculo asigna la palestra,
Sabiedo ya que la civil conquista
Tiene allí el ser de la grandeza humana,
Y el corazón la libertad romana.

Allí estrecha rigores ya inmediatos
A la excelsa victoria; allí gemía
Roma en su centro con lamentos gratos
A ingratas fieras, que por hijos cría:
Vierte de Emilios, Léntulos, Torcatos
Sangre imperial, quien la adoró algún día,
Y de heroicos Metelos y Corbinos,
Nombres por su esplendor casi divinos.

Allí los mismos que a su invicta mano
Cedió la tierra, en partes conquistada,
Y acrecieron diademas al romano,
Mueren a golpe de romana espada:
Apenas pudo en el tropel villano
(Aunque cerrado el rostro en la celada,
Con armas pobres y descuido astuto)

Ocupar lista de vivientes Bruto.

No se disfraza, porque el pecho exento
Teme, o la mano su peligro extraña;
Mas porque a César la dirige atento,
Y facilita en el disfraz la hazaña:
Atreve pasos entre escuadras ciento,
Contrarios hierros de su sangre baña;
Y aunque al riesgo y la muerte se abalanza,
Ni la de César ni la suya alcanza.

No te aceleres, Bruto, ni te ofenda,
Si aquí desistes del asunto osado,
Que por ti gozará la misma ofrenda,
Célebre al mundo, el ínclito Senado:
Deja que César a la cumbre ascienda
De lo imperial, que gozará usurpado;
Será víctima insigne, en quien manchada
Más purifique su esplendor tu espada.

Ya el plazo vuela en que el rigor concluya
Marte, y confuso el militar suplicio,
Con sangre popular mezcla la suya
Concurso ecuestre, consular patricio:
De memorables suertes a la tuya
Debo honor funeral, fuerte Domicio,
En cuya vida con indigno abuso

Siempre al valor la adversidad se opuso.

Con el grande Pompeyo, ¡oh cuántas veces
Padeciste en desdicha competida,
Y en la de todas última padeces
Muerte a infinitas astas cometida!
Ni clavado en sus puntas apetece
Venias del César, ni segunda vida,
Pues mueres libre, y no excusaras vivo
Cuanto el imperio ha de llorar cautivo.

Vencedor César, que a Domicio vía,
Dijo en modesta suspensión risueño:
"Vida y paz te ofreció mi cortesía,
Cuando Pompeyo guerra y mortal sueño:
Pues te ofendió el vivir por piedad mía,
Goza el morir por tu inclemente dueño"
Domicio, pues, airado sin agravio,
Profirió voz de moribundo labio.

Dice, exhalando por la vista espantos:
"Soy del Magno, y con gloria más ufana
Muero en su heroica pérdida, que cuantos
En tu victoria vivirán tirana;
Y quiero presumir que uno de tantos
Que aun te resisten con lealtad romana,
Me ha de vengar, manchando, como espero,

En tu alevoso pecho el noble acero."

Dice, y muere: ya ociosa la batalla
Sangrientas paces en desiertos mira,
Objeto apenas de sus iras halla;
Expiran tantos, que la guerra expira:
El clamor ya de combatientes calla,
Tal pecho a tiempos lánguido suspira,
Reducido lo bélico a suspenso,
Como a ceniza poca incendio inmenso.

Postrado, pues, y en parte fugitivo
Ya el campo de Pompeyo desaparece,
Cuando el de César en concurso altivo,
Llamado a instancia de las trompas crece:
Bien que en el arduo encuentro primitivo
Padeció estragos, ya Tesalia ofrece
Mezclada mortandad, la ajena y propia,
En igual confusión, si en menor copia.

No lo exquisito contingente advierto,
Cuando la multitud densa atropella
Al que vertió enemiga sangre, y muerto
Bebe la misma al anegarse en ella;
Ni el que en despojos de su vientre abierto
Tropieza, y lo vital arrastra y huella,
O el que sin expirar hecho pedazos

Sus brazos quiere recoger sin brazos.

Ni al que a preciso fin corre ligero,
Y el llovido rejón clava su planta;
O el que no ve, y encuentra algún acero,
Y lejos de su muerte la adelanta;
Ni aquel diré que amenazando fiero
Traspasó fiero dardo la garganta,
Y por conductos del metal violento
Huyó más fiera el alma que el acento.

Ni humana voz describa al que inhumano
Cuando los cuerpos míseros despoja,
Si con horror conoce al muerto hermano,
Por negar señas su cabeza arroja;
O al que a su muerto padre la atroz mano
Vuelve remisa al desnudarle, y floja,
O le ultraja y arrastra, si desea
Que quien le mira la impiedad no crea.

Al silencio daré memorias tales,
Bien que el elogio falte y vituperio
A sacrilegos actos y leales
Que honran e infaman el valor hesperio;
No ajenos cante, no menores males,
Quien llora Italia tu difunto imperio,
Que por dolor sin límites le excusa

No sólo el canto, el llanto de la musa.

Sangre allí macedónica y persiana,
Póntica y siria, y del inmenso Oriente,
De la región del Norte y la Africana,
Presumió distinguir vario torrente;
Mas ya de la civil sangre romana
Todas las sorbe universal creciente,
Que explayada a los últimos desvíos
Difunde un golfo al confundir mil ríos.

Hoy Tesalia renueva la fortuna
Tu forma antigua, pues el ancho asiento
Te anegan lagos, concurriendo en una
Mil fuentes de licor, bien que sangriento:
Cadáveres rebalsan tu laguna,
Espumas hierven, y al que mira atento
Muestran ser los prodigios militares
En mares que innovaste, y rubios mares.

Pompeyo, en cuanto la batalla ardía,
A toda opuesto pretendió su enmienda,
Y aunque no la consigue, insta y porfía
Que lo fatal su ejecución suspenda;
Pero ya que su esfuerzo en vano fía,
A esperanza remota se encomienda;
Pues del riesgo mayor se aparta, y quiere

Que la fe vana en lo imposible espere.

Los brazos de la suerte y del destino
Vió batallar por César, y encontrados
Con el piadoso ejército latino,
Y aun se promete reparables hados:
De un alto sitio al Hemo convecino
Le vieras contemplar desbaratados
Sus escuadrones, y en escaso alarde
De combatientes valerosos tarde.

Conoce, aunque distante, al que milita,
Y mirando el metal que esgrime y corta,
Sigue sus giros, y al gobierno imita,
Corriendo el pecho, si al efecto importa:
Con la voz, con el ánimo le incita,
A los que no le escuchan habla, exhorta;
Y si el cesáreo los ofende y hiere,
Sólo por tantos o padece o muere.

Muere sintiendo por sus héroes fuertes
Más rigor que arrojado en las furiosas
Armas, cuando ya fueron tantas muertes
Para la suya víctimas gloriosas:
Sólo al piadoso cielo te conviertes,
Varón grande, con lástimas piadosas,
Compadecido de tus gentes, pides

Menores iras, no menores lides.

Comporta el Magno, que aun entonces sea
Júpiter invocado, y sus deidades
"No prescriban, les dice, una pelea
En destrucción de un mundo y mil edades:
Alza tu espada, inexorable Astrea,
Y en mí singulariza tus crueldades;
Pompeyo puede, sin azar segundo,
Ser infeliz permaneciendo el mundo.

"Sin que derribes junto imperio tanto
Caeré a tu golpe, no tu ley revoco;
Y si al castigo que instituye santo
En mi cabeza sacrificio poco,
Mis caros hijos me dupliquen llanto,
Contra Cornelia tu cuchillo invoco;
No pida tu oblación más sangre y prenda,
Pues no hay en lo mortal mayor ofrenda.

"Diosa, yo soy el blanco de tu ira,
No en tantos pierdas sin enojo el brío;
Ya en estas gentes mí gobierno expira,
Y cuanto ofende tu rigor no es mío:
Tal voz dilata, y los destrozos mira
Últimos del tremendo desafío;
Vuelve al sitio, y el Magno en la campaña

Minorar sangre lo reputa hazaña.

"Reliquias breves si a excusar las llega,
De igual trance las juzga no vencidas,
Con más amor que potestad les ruega,
No quieran dar al vencedor más vidas;
Siendo caudillo, causador se niega
De atrocidades tantas padecidas,
Y contra sí las pide a la fortuna
Como descuento a sus guerreros una.

"Pero de todos, padre, abre los ojos,
Y la vida del Magno advierte ajena,
E inclemencia entregalla por despojos,
Si a afecto igual lo universal condena:
Viviendo aun templa de la suerte enojos,
Y en la de César la altivez refrena,
Pues cuando más sus dichas acrisola
Pompeyo es solo, si victoria sola.

"Así en veloz caballo, cuando ausentes
Sus esperanzas mira; el sitio deja:
Rompe adverso el tropel de combatientes,
Y del inútil combatir se aleja:
No en sollozos desfoga intercidentes
Su estrago, no del alma exhiba queja,
Ya es con los hados su batalla, y cobra

Esfuerzo tal, que a superarlos sobra.

"No cambia aspecto al silbo de la lanza
O flecha que le arroja mano incierta,
Robusto al riesgo y blando a la venganza,
Ni el valor duerme, ni el temor despierta;
Los afectos en íntima bonanza
Sólo al dolor que abonan abren puertas;
Que sólo al expirar Roma anhelante
Constancia dolorosa es más constante.

Como ya en otra edad triunfos blasones
En su igual ser no hallaron precedencia,
Menos hoy las severas invasiones
Le reclinan indómito a indecencia:
Glorias antes, modernas opresiones
Se abrazan en concorde indiferencia,
Que si la suerte en el favor domina,
El valor grande es fuerte en la ruina.

"Hoy de la antigua dicha alzas trofeos
Sin presentirla, ¡oh Magno!, en la esperanza,
Que no fue dicha entonces, fue deseo
De otro mayor, y que jamás se alcanza:
Deja, pues, guerras, seguirá su empleo
La sacra libertad sin blandir lanza,
Que es munición sin desnudez, que es gloria

Su parecer, y su razón vitoria.

"La primera ciudad que fugitivo
Te abrió seguras puertas, fue Larisa;
Tácitas muestras de infortunio esquivo,
Ya tu indecente soledad le avisa;
Te aplauden con respeto compasivo
Certificada la infeliz premisa,
Armas te ofrecen y favores suyos,
Aun hoy con celo inalterable tuyos.

"En tus honores célebre el disgusto
Por triunfante en lo adverso te reciben,
Justa oblación; pues cuando Marte injusto
Y los dioses de Olimpo te derriben,
La sombra, el eco de tu nombre augusto
Precederá inmortal a cuantos viven;
Serás, aunque te postren al abismo,
Sólo menor respecto de ti mismo.

"Pompeyo es tanto, que si yace, aun puede
Conspirar nuevo mundo a lid más grave;
Tal, que a sí mismo en dignidad se herede
Y en unidad cual la fenicia ave,
Pero cuando Larisa le concede
El poder sumo que en sus gentes cabe,
La fe estimando que la oferta incluye,

Su afecto admite, y el efecto excluye.

"¡Oh ilustres confidentes!, qué favores
Hoy lo serán, les dice, hoy que remata
Sus términos fortuna en los rigores,
Al cielo adversa, a Júpiter ingrata;
Si ya él mismo con ímpetus mayores
La crueldad no acrecienta, y la dilata,
Armando en mi defensa escuadras nuevas,
Que venzas, César, cuya sangre bebas."

Dice, y silvestre esconde su camino
Seguido de clamores y piedades,
Que blasfeman sacrílego el destino,
Y acusan inclementes las deidades.
Hoy reconoces, ¡oh varón divino!,
Si amorosos oficios son verdades,
Que entre lisonjas que a la dicha aclaman
El feliz no averigua si le aman.

Ya que en fondos de púrpura escondidas
César las vegas de Tesalia advierte,
Y de extranjeras y romanas vidas
Colmados los erarios de la muerte;
A sus legiones de vencer rendidas
Respirar manda, y el rigor divierte,
Dando al desprecio, sin mayor rescate,

Los pocos ya que perdonó el combate.

Mas porque en salvo apenas el vencido
No le renazca en el despecho aliento,
Y en cautelosa unión restituído
Presuma restaurar su alojamiento;
De la cesárea industria prevenido
Fue contra el riesgo lo celoso atento,
Que es necia dicha la que duerme y fía
Que humana adversidad no alterne el día.

Con el fervor de la victoria impera
Consecutivo asalto a los reales
De Pompeyo desiertos, y acelera
Al interés sin triunfo armas triunfales.
Gozad, soldados, la victoria entera,
Dice, y los premios a la deuda iguales
Por sublimes hazañas yo os los muestro,
No digo os doy el galardón que es vuestro.

Riquezas del egipcio y asiano
Allí veis, y opulencias del ibero;
Cobre allí por sí misma toda mano
Su recompensa al triunfador acero;
La fortuna del máximo romano,
La gloria del total mundo extranjero
Yace vacante, y posesión desea,

Dueño pide aun mayor que la posea.

Nuestro ejército pide, y nos convida
Al preciso despojo y fácil presa,
No colérica voz ni encarecida
Menester fue para exhortar la empresa
Hoy de todos el alma reducida
A un centro en él sus gozos interesa;
Pues ya que Italia sus injurias llore,
Codician premio que disculpas dore.

Así en tropas con ímpetu arrojado,
Hallando cuerpos que su sangre hondean,
Y en rojos lagos inquiriendo el vado,
Las prosperadas tiendas señorean:
Hallan tesoro inmenso acumulado,
Donde la sed de la ambición recrean;
No la mitigan, que al mayor tesoro
Rinde a codicias alimentos de oro.

Allí para magníficos intentos
Y de guerra estipendios liberales
Se matizaban toscos pavimentos
Con monedas y pastas de metales
Mas aunque el Ebro y Tajo en opulentos
Senos, y el indio en minas orientales
Les preparasen montes de áurea masa,

Fuera la presa al robador escasa.

Ocultando tiránicas traiciones,
Alta noche apagó los aires claros,
Y convidó a quietud los corazones,
De sangre y oro hidrónicos y avaros
Fortalecidos, pues, los escuadrones
En las robadas tiendas y reparos,
Sus lechos fabricando en los despojos
Dieron al sueño lánguidos los ojos.

Los del vulgo inferior con arrogancia
Vieras groseros alojarse ufanos
En el retrete y purpurada estancia
De patricios y cónsules romanos;
Allí afecta fortuna su inconstancia
Con abusos insólitos profanos,
Pues en lechos de reyes aun se atreve
A prolongar el sueño la vil plebe.

Aquella noche las turbadas mentes,
Aun durmiendo, terribles y guerreras
Ilusiones conciben aparentes,
Combates fraguan de fantasmas fieras
Golpes, violencias, furias precedentes
Vuelven a ser vestigios y quimeras;
Brega el dormido y respirante gime,

Y el puño y brazo sin acero esgrime.

Al grato amigo un tiempo y ciudadano
Ve el homicida, y con azar funesto
Le atemoriza y burla el muerto hermano
Representado en formidable gesto;
Joven trasunto, o varonil, o anciano,
Distingue aspectos belicoso opuesto,
Ya es palenque agonal plumosa cama,
Envuelta en ira, hierro, sangre y llama.

Aun más horror de estrépitos y espantos
Turban a César, y su paz durmiendo,
Que allí el universal sueño de tantos
Junto ocurre en epílogo tremendo:
Heridas, muertes, alaridos, llantos
Contempla, y de la trompa el ronco estruendo,
Que en los delirios soñolientos halla
Nuevo estupor de lóbrega batalla.

De toda espada juzga, y hierro duro,
Que ya los filos en su sangre esmaltan,
Ni las que espera en el rigor futuro
Del vengador Senado al sueño faltan.
Parcas, furias allí del reino obscuro
Su lecho ciñen, y su pecho asaltan;
Muerte y abismo el vencedor concibe,

Y el vencido Pompeyo, ¡oh suerte!, aun vive.

Ya cuando el sueño, que espantable juega,
De las luces de Oriente se retira,
Despierto el capitán, la ociosa vega
Mira en contorno, y nuevo monstruo admira;
Porque el distrito sus verdores niega,
Y el sangriento caudal a golfo aspira,
Siendo en partes los cuerpos acumulados
Escollos de aquel mar si no collados.

No descubre en sus piélagos orilla,
Tierra no ve en el fársalo terreno;
Le arrebatada en absorta maravilla
Su propia acción, como portento ajeno
Mira el alto poder que un mundo humilla,
Si un hombre ensalza; y como sitio ameno,
Ve que cimienta allí la suerte humana
Romano imperio en destrucción romana.

Sacras solemnidades mezcla a espantos,
Logros viendo en sus votos y sus ruegos:
Dió al cielo gratitud en himnos santos,
Y en aromas tiñó los aires ciegos:
Los postrados cadáveres son tantos,
Que no permiten funerales fuegos,
Ni les consiente la infinita copia

Otro sepulcro que de sangre propia.

Ya que la niegues, áspera fortuna,
Varios entierros y distinta llama,
Confundidos merezcan todos una
Para mínimo lustre de su fama;
No en Tesalia reserves selva alguna:
Construya colmo de su inmensa rama
César, y en alto número y compendio,
Pues les dió muerte, les dedique incendio.

Fiera contra los míseros conspiras;
Pero no los ofendes, que la tierra
En su seno, a despecho de tus iras,
Toda materia que resuelve encierra:
Y si carecen de fogosas piras
Tantos hoy que extinguió bárbara guerra,
Vendrá siglo que llamas no vulgares
Con las tierras los arda y con los mares.

No diverso en el hombre un fin se advierte,
O en supremo lugar, o inferior muera;
Desnudos los espíritus, no hay suerte
Que al poderoso en dignidad prefiera:
Libre de lo fatal vive la muerte,
Y firme el bien o mal que el alma espera:

No al expirar le aguarda a César mismo
Más alto cielo o menos hondo abismo.

Igual incendio y honra el mundo apresta,
Que enmendará, fortuna, tus excesos,
Cuando mezcle el vital fuego de Vesta
Con las estrellas los humanos huesos:
Arderá universal llama funesta,
Donde a los cuerpos, de inclemencia opresos,
Dedique protección divino cielo,
Que al falta de sepulcro es urna el cielo.

Allí el alba sus limpios arreboles
Manchó en sangre, y el César victorioso
Si no dió entierro a los romanos, dióles
Calladas honras de dolor piadoso:
En horror tanto se alojó tres soles,
Hasta que ya el humor denso y fumoso
De corruptos cadáveres le excluye,
Y vencedor de los vencidos huye.

No sólo de farsálicas regiones
Corren las fieras al manjar cruento,
Que de remotos bosques macedones
Nuevas guerras convoca el alimento
Respetado a los tigres y leones
Turba silvestre en el vapor del viento;

Estudia el sitio, y al concurso grato
Llama a los canes su nativo olfato.

Águilas, buitres, cuervos, que sagaces
Pronosticaban el guerrero estrago
Deste y de aquel ejército secuaces,
Rectos se calan al sanguíneo lago:
Del Norte y hielo cándido fugaces
Las densas grullas desde el aire vago
Ven la seña, y tan rápidas se mueven,
Que de su nube como rayos llueven.

Sobre la ancha región remolinaban
Escaramuzas de rapantes aves,
Que revolando al viento embarazaban

Las corvas uñas con porciones graves;
Los árboles y riscos sangrentaban,
Y con alegres cantos no suaves
Llevan el vuelo a destilar pendientes
Sangre enemiga en las cesáreas gentes.

En más hambre las fieras irritadas
Celan el pasto con mirar torcido,
Se amenazan con greñas erizadas,
Y en voz ronca murmuran el bramido:
Del pródigo alimento al fin preñadas,

Sangre espumando, el labio reteñido,
Y los colmillos de trinchar gastados
Tregua a los muertos dan mal devorados.

Siendo inmensas las aves y las fieras,
Ya las fastidia por superfluo el cebo,
Remúdanse inconstantes y ligeras,
Sólo viciosas de cadáver nuevo:
Entrañas, pieles aun reserva enteras
Inmensidad de cuerpos: allí Febo
Dispone a giros desde el junio al Mayo
Desnudar huesos con asiduo rayo.

Los brutos ya, que convocó, destierra
La mortandad, y pestes evapora,
Hasta el simple esqueleto, que la tierra
Deshace, y en sus polvos le incorpora.
¡Oh mísera Farsalia!, en cuya guerra
El común ser minoridades llora:
¿Cuál fue tu error, que los decretos santos
Te eligieron patíbulo de tantos?

¿Cuál tiempo, cuál edad, qué estrella amiga
Dará silencio a tu memoria acerba?
En sangre el campo teñirá la espiga,
Y en rosicler adúltero la hierba:
La rota espada, el yelmo, la loriga,

Y cuantos bustos tu región reserva
Acordarán tu fama, siendo estorbos
Del recto surco a los arados corvos.

Romanas almas, veneradas prendas,
Cuya ceniza en ti registra el cielo,
Te acusarán infame cuando ofendas
Su paz dormida, cultivando el suelo:
Aun en ti misma innovará contiendas,
Que otra igual pronostica mi recelo
En ésta cuyo escándalo anticipo
Sólo en tiempo cual hórrido Arquetipo.

Debiera el alto Júpiter, pues hace
De tu campo sepulcro al nombre hesperio,
Donde en cenizas disipadas yace
El gran cadáver del humano imperio
Aun desterrar la grey que ociosa pace,
Dejar desierto el tésalo hemisferio,
Que ni vecino huésped ni extranjera
Nave jamás violase su ribera.

Que ni la dura reja o tosca azada
Perturbase los huesos infelices,
Ni troncasen las hoces la dorada
Mies que en tus cuerpos hinca sus raíces;
Ni la fúnebre hierba que regada

Con el purpúreo humor trueca matices,
Se diese en pasto ni gozase el bruto
Con sangre nuestra sazonado el fruto.

Pero ya induzco presupuestos vanos
En tu excepción; pues dura ley pondera
Que en sepultar ejércitos romanos
No serás sola, aunque serás primera:
Civil guerra los sículos e hispanos
Sin ti proseguirán, y en su ribera
El mar de Leucas, rebelando a Italia,
Con impio ejemplo imitará a Farsalia.

LIBRO DECIMOQUINTO

Pompeyo, fugitivo, se embarca y pasa a Lesbos por su mujer Cornelia, que le recibe dolorosa: él la esfuerza y lleva a su nave, despidiéndose de los isleños.

Ya el vencido Pompeyo, generosa
Prenda usurpada a las funestas lides,
Llega a los valles que entre Olimpo y Osa
Fueron labor del hazañoso Alcides
Por senda extraña y soledad fragosa,
En resguardo al vivir despierta ardides,
Huella el caballo el áspero terreno,
A estímulos remiso y torpe al freno.

Noble escuadra de pocos le acompaña,
Que no llamada sus destierros sigue;
Bosques penetra, evita la campaña,
Bien que a digreso circular le obligue:
Vario y secreto la asechanza engaña

Del contrario; si astuto le persigue,
Huirá de César al abismo y centro,
Que es darle triunfo, y el mayor su encuentro.

Usúrpale lo insigne en sus despojos
Cuando oficioso en recatadas señas
Vuelve a todo lugar veloces ojos,
Y hombres juzga los árboles y peñas
Si las aristas débiles y abrojos
Rompe su escuadra al dividir las breñas,
Interpreta el rumor a salto extraño,
Y la fiel guarda militar engaño.

De quien le sigue, a defenderle expuesto,
Aun teme que alevoso insulto emprenda;
Que si bien de la cumbre excelsa al puesto
De sus desdichas ínfimo decienda,
Sabe que es recto apreciador su opuesto,
Y su cabeza inestimable prenda;
Que puede su interés airar piedades,
Y en traiciones cambiar felicidades.

No impide su disfraz, no su retiro
Que le conozca el rústico viandante,
Y le salude en íntimo suspiro,
Aun respetando trágico el semblante;

El que de Tempe caminando a Epiro
Senda traviesa le divierte errante
Le encontró, y en su aspecto y pasos halla
Patente informe de infeliz batalla.

Espanta el Magno hoy mísero, y apenas
Hace crédito él mismo de su daño,
Ya sin gloria y sin nombre en las ajenas
Tierras le agrada interpolarse extraño.
Pero fortuna que convierte en penas
Gozos que un tiempo alimentó su engaño,
Aun de su fama y dignidad sublime,
Tristezas forma y al oprimido oprime.

Tragedias el dolor le representa
Con la prosperidad de que carece,
Toda memoria alegre hoy le atormenta;
Muere del bien, felicidad padece:
Tanto ofende la dicha, si acrecienta
Los años al feliz, y ella fenece,
Y rara vez la suerte en sus vaivenes
Conforma las edades con los bienes.

¡Oh anhelado imposible!, ¡oh bien humano!,
Mal serás bien si para no perderte
A lo propicio importa lo tirano,
Pues califica al próspero la muerte

Si aquélla tarda, tu favor es vano;
Si aquélla viene, tu remedio es fuerte;
No espere dichas quien morir no espera,
Y el que pretende asegurarlas, muera.

Celado, pues, en áspero rodeo
Llega Pompeyo donde el mar termina
A Tesalia, y las ondas de Peneo
De civil sangre esmaltan la marina
Ya le llama en distancias del Egeo
Lesbos de su Cornelia ara divina,
Y elige por veloz breve navío
Inválido a surcar pequeño río.

Aun hoy, Pompeyo, las riberas griegas
Guardan tus flotas y el leucadio seno;
Y tú abreviando majestad la entregas
A estrecho vaso y a gobierno ajeno
Con borrascas del ánimo navegas
En mansas olas y bajel sereno,
Siendo tu norte y observada estrella
No el signo boreal, Cornelia bella.

Riesgos no evita, aunque las armas huye
Cornelia en ocios de murada ausencia,
Porque en su afecto más dolor concluye
El recelo del mal que la evidencia:

El sutil miedo a la esperanza arguye,
De lo ausente es más viva la presencia;
Sola Tesalia allí sin tregua o calma,
Las horas llena, le embaraza el alma.

Con la primera luz huye ligera
Del lecho en que nocturna es la batalla,
Busca empinado risco en la ribera,
O torre preeminente en la muralla:
Mira el golfo, y su vista es la primera
Que el remoto bajel distingue y halla,
Y antes que al puerto el navegante arribe,
Impaciente le busca y le recibe.

Si delante le ve, silencios hiela,
Teme certificar lo que adivina.
Hoy, pues, descubre la funesta, vela
De Pompeyo, ignorando su ruina,
Que no sólo el dolor que ya recela,
Pero su causa al puerto le avecina;
Surgir incierta nave, suelto el leme,
Mira, y llorar debiendo, sólo teme.

Ya ve el caudillo que el anuncio lleva
Escrito en los rendidos ojos, donde
Luego que con temblor leyó la nueva,
Ni ella pregunta, ni el varón responde:

Todo el semblante adversidades prueba,
 Que en erizada barba el rostro esconde
 Pálido y mustío, y con rudeza agreste
 Encarece el afán grosera veste.

No el pecho amante de Cornelia pudo
 Considerar tu aborto, ¡oh navecilla!,
 Que su angustia la postra en el desnudo
 Suelo espinoso de la mansa orilla:
 Vuelto en cárdeno lirio el labio mudo,
 Matizada con muerte la mejilla,
 Lo sensible vivaz se esconde, y dentro
 Del alma aun ella desanima el centro.

Aun la arteria, y sus índices la vida
 No informan sofocantes ni aparentes;
 Preténdela cobrar restituída
 De espíritus las tímidas sirvientes,
 Y acusan al dolor por homicida:
 Llega Pompeyo, y calman las frecuentes
 Quejas, en cuanto por su medio alcanza
 Desengaño el temor o la esperanza.

El piadoso consorte en acción lenta,
 Cortés y dócil al siniestro brazo
 La prenda encarga, y restaurarla intenta
 Con modesta caricia y dulce brazo:

Ya siente el pecho al que vital le alienta,
Dormida el alma aun reconoce el lazo
Del amante, y llorando sentimientos,
A inciertas luces abre ojos atentos.

Él, con grandeza respetable y nueva,
Áspero la divierte, aunque amoroso,
Pues lo excesivo del sentir reprueba,
Y le acuerda al valor lo generoso.
"¿Qué vulgar, dice, indignidad te lleva
Al terror femenino de un belicoso
Trance adverso con muestras de pesares
Aun superfluas en últimos azares?"

"De engrandecida estirpe ínclita rama
Eres, y el sexo calificas tierno;
Si aspiras al blasón, donde te llama
Con varonil celebridad lo eterno,
No te ocasionan tan ilustre fama
Bélicos triunfos, no civil gobierno,
Que en mis fortunas ínfimas avaras
Pueden tus dichas encumbrar sus aras.

Yo te seré, sin mejorar mi estado,
De más gloria vencido que triunfante,
Si de mí mismo, a oposición del hado,
Eres en lo infeliz mayor amante;

Y hoy, que me falta Roma y el Senado,
Y los reyes del Austro y de Levante,
Tú me codicias sola en vez del mundo,
Por tu esposo sin título segundo.

"Sólo a Pompeyo muerto un pesar tanto
Debes en ley de honor, Cornelia; advierte
Que es entre esposos mal acepto el llanto,
Que se adelanta funeral sin muerte;
Vivo me ves, yo no te faltó, en cuanto
Sólo faltó mi afortunada suerte:
Si soy el que amas, tu lamento baste;
Si lamentas fortunas, eso amaste.

"Del alto razonar mal persuadida,
Pudo en sus plantas sostenerse apenas;
La voz mueve en sollozos confundida,
Nuevos mares derrama en las arenas.
Mísera yo, cuya aflicción convida
Con propio estrago lástimas ajenas;
Y a quien me elige esposa contribuyo
En dote cierto el perdimiento suyo.

"O quien antes al yugo se entregara
Del fiero César, pues por mí el romano
Llora rendida su prosapia clara,
Siempre enemigo en nuestra injuria ufano;

De mí, y a un tiempo de mi suerte avata,
Consorte Craso ilustra al asiano
Con su muerte, y de tantos que inmortales
Los llora Italia en trágicos anales.

"En vez de Juno, Erinis intervino
A aquellas bodas, y a las tuyas luego
Desde la Persia a la Tesalia vino
Contra ti, respirando aun mayor fuego:
Yo he manchado tu cándido destino;
Este es el crimen que irritada alego
Contra mí, y el castigo solicito,
Llamando tú venganza a mi delito.

"No, a tu enemigo más y más prosperes
Con mi asistencia, que a infeliz te obliga,
O indigno de mi tálamo; pues eres
A quien mi estrella con mi mal castiga;
No mis desdichas últimas esperes;
Huye de tanto azar, porque te siga
Tu igual suerte, y seré calma y sosiego
A lo civil, cual Ifigenia al griego.

"Darne a este mar por víctima codicio,
Y que él te lleve salvo a otra ribera;
Hacerte pude más acepto oficio,
Si en tu mayor tranquilidad muriera;
Mas hoy puede enmendar mi sacrificio

Aun tesálicas pérdidas, y espera
Mi espíritu (si cerca de ti mismo
Es destrucción) ser triunfo en el abismo."

Aquí enmudece, y con afán más triste
Repite el seno de Pompeyo, en cuanto
Lloroso el vulgo que a su queja asiste,
Mal comporta un pesar piadoso tanto:
Aun la entereza heroica no resiste
Del Magno afectos de sensible llanto,
Pagan a Lesbos flébiles tributos
Ojos que vieron a Tesalia enjutos.

A la ribera ya sin orden viene,
Aunque en fervores íntimos unido,
Pueblo isleño de Timnia y Mitilene,
Que aplausos rinde al capitán rendido.
"Todo siglo, le dicen, nos previene,
Por tu casa esplendor contra el olvido.
Pues te dignaste honrase nuestro muro
Prenda tanta en depósito seguro.

"Por este honor que nos consagra altares,
Juntos pedimos, príncipe romano,
Que en Lesbos tu civil asunto ampires,
Y guerra fundes en el ocio urbano:
Aquí a tu nombre poblarán los mares

El trace, el griego, el calabrés y albano;
Seguirá tu favor no procurada
De inmensas velas espontánea armada.

"Aun gentes que deben lealtad rara,
Hoy se han de unir a César como ajenas;
No Lesbos, pues el hecho la separa
De que alojó a Cornelia en sus almenas:
Montes la ciñen isla, el mar la ampara,
Aquí altívezes contrapuestas frenas;
Pues no expugnan asaltos belicosos
Muros de montes ni de mares fosos.

"Aquí es ley que concurran tus secuaces;
Si es tu presidio destinado y cierto,
Debes, cuando de fuerzas te rehaces,
No divertirlas de notorio puerto,
Sino copiosas belicosas haces
Te ofrecemos, señor, y el muro abierto
De Mitilene y Timnia que venera
Tu guerra sacra, y prosperarla espera.

"Despoja los adornos y tesoro
Del mayor templo, simulacro y ara,
A Pompeyo vencido ruega el oro,
Que contra César vencedor se armara;
Hónranos, pues, y con igual decoro,

No se murmure, no, que tu fe avara
De Lesbos hizo estimación diversa
En la sazón dichosa que en la adversa."

Dicen; y el que los oye alegre y vano
En sus penas celebra agradecido
Ver entre los humanos pecho humano,
Que invencible lealtad guarda al vencido.
"Testimonio, responde, es soberano
De la fidelidad que he presumido
Vuestra, el hacer depositario empleo
En vos del bien que atesoré y poseo.

"Ya vuestro muro de mi honor fue dueño,
Patria adoptada y tanto preferida,
Que os dejé el alma en posesión y empeño,
Cuando a Roma entregar temí la vida,
Lesbos fue alivio a mi vigilia y sueño,
Siempre indeleble imagen esculpida;
Y en vos hoy halla mi postrado aliento
Compensación a pena sin descuento.

"Os di a Cornelia, y la negué al romano,
Y aunque a César hicisteis enemigo,
No recelé dejar en vuestra mano
Tanta ocasión de restaurarle amigo;
No mi experiencia solicite en vano

De examinada fe mayor testigo;
 Pues del tirano sin ejemplo nuevo,
 La indignación más relevante os debo.

"No me permiten ocio hoy las deidades;
 Si os dejo, es dura ley de obedecellas.
 ¡Oh Lesbos, cuyo nombre las edades
 Esculpirán eterno en las estrellas!
 ¡Oh Lesbos, si aprendiesen tus lealtades
 Las provincias del orbe, pues en ellas
 Voy a inquirir si el voto que celebra
 La amistad sacra es permanencia o quiebra!

"¡Oh si tu fe imitase quien me espera
 En Libia, en Asia y en el indio extremo!
 Tu fe alabo por grande y por primera;
 Por única y por última la temo:
 Muchas la imiten, proseguirla quiera
 Favorable a mi causa el Dios supremo;
 No en tu fe sola el ejemplar limites,
 Mayor será si semejanza admities."

Tal se lastima, y lástima conmueve;
 Luego a Cornelia embarca, y sigue el viento,
 Alaridos fundió, si llantos debe,
 El vulgo, y fue terror tierno el acento:
 Ligereza adelante el vaso breve,

Cuando Lesbos le envía el movimiento;
Y exhalando en la orilla sus pesares,
Se arroja casi a trascender los mares.

Sobre las ondas claman y Suspiran,
Y dependientes de la nave, al cielo
Las manos alzan y los brazos giran,
Cual si la hubiera de alcanzar su vuelo:
De la ribera tarde se retiran,
Consistente en el alma el desconsuelo,
Y lloroso el discuso en los azares
De ausencia y desaciertos militares.

Y aunque en desvelos del silencio obscuro
Pompeyo y su memoria los afana,
Aun más Cornelia, que ejerció en su muro
No mayor fausto o presunción que urbana:
Y si hoy partieran a gozar seguro
Triunfo civil de la invasión tirana,
Aun fuera más llorada que aplaudida
En Lesbos la victoria y la partida.

Dócil Cornelia y grata oprimió el cuello
Más altivo, iniperando a la nobleza;
Porque en lo honesto acreditó lo bello,
Y en su decoro la humildad fue alteza;
Pudo rendir al vulgo y convencello

A adorar en su agrado más grandeza,
Que si al ilustre aprecia el ciudadano,
Por más divino juzga al más humano.

Dando a la luna el sol cetro segundo,
Cubrió sus luces en el mar de Atlante,
Para ostentarlas al opuesto mundo,
Si es que le aguarda antípoda habitante:
Dado Pompeyo al meditar profundo,
Y en tropel de discursos vacilante,
Ninguno admite, que en desdichas tales
Niegan materia de elección los males.

Socorros de Asia conspirar previene,
Y los supone de la Scitia y Batro;
Ya pide a Egipto escuadras, y a Siene,
Maquinando al favor vano teatro:
Nada resuelve, aunque propicios tiene
Los del globo común ángulos cuatro;
Al mal se rinde, y engañarle espera,
Dado tal vez a diversión ligera.

Sin más fin preguntó (surcando aquellas
Desiertas ondas) al piloto experto:
"¿Cuál observada erudición de estrellas
Le da en incierto mar camino cierto?
¿Cómo las playas investiga, y ellas

Lejos permiten reconozca el puerto?
¿Con cuáles astros le gobierna el paso
Claro el Oriente y lóbrego el Ocaso?"

El marinero práctico responde
Grato a cuestiones que ejercita y sabe:
"No estrella alguna que en el mar se esconde
Al pretendido fin dirige nave:
Sólo del Norte la observancia (donde
Corre a la vista el eje firme y grave,
Y Occidentales evita) en contra al Austro
Nos rige atentos a la luz del Plaustro.

"Todo el signo que vaga en mayor giro
Engaña al que su círculo procura;
Yo, pues, si en alto sobre el árbol miro
Estrellas de Calixto o Cinosura,
Debo juzgar que al Bósforo retiro
Lejos mi nave, y si a menor altura
Bajan éstas, huyendo de la gabia,
La Siria allí demarcaré y la Arabia.

"Si ya por lo inferior de las entenas
Sus lumbres todas me descubre el polo,
Sirtes sospecho y líbicas arenas,
Que ya se acuestan al fervor de Apolo:
Dentro del rojo mar playas ajenas

Si dilatan al Austro; en éstas sólo
El Canopo, el Antártico hemisfero,
Será la luz que observe el marinero.

"Tú, pues, me ordena donde iré, no acaso
Yerre, y descuidos sulque mi navío."
Replica triste el Magno: "Estudio escaso
Te pide el arte en el supuesto mío:
Lejos de Ausonia y de Tesalia el vaso
Pretendo alargues al mayor desvío;
Si estos parajes infestados huyo,
Ninguno temas, todo mar es tuyo.

"Siendo Cornelia sólo mi cuidado,
Navegue a Lesbos, y aun la causa es una
Así mi gran depósito cobrado,
No puede errar el puerto aun la fortuna."
El piloto, que libre y descuidado
Al bajel no encargó derrota alguna,
Ya el timón tuerce, y con diversa entena
Busca del Asia la siniestra arena.

Luego al trocado rumbo de la quilla
Con rumor vario el piélagos se queja;
Así de Europa y su alevosa orilla
En diametral oposición se aleja;
Con destreza mayor la navecilla

En torno gira, y a Tesalia deja,
 Que olimpico carro cuando honor le incita
 Tocar la meta que circunda evita.

Perlas dió el alba al prado, lustre al viento,
 Cuando amigo bajel huye de tierra,
 Que del príncipe Magno en seguimiento
 Reliquias lleva de la adversa guerra:
 No es el alto rigor tan desatento,
 Que no otorgue al que mísero destierra,
 Viendo los hados en su mal protervos,
 Súbditos reyes, senadores siervos.

Éstos te buscan, y anterior precede
 Sexto, aunque todos, como padre caro,
 Ya le saludan; que Pompeyo aun puede
 Sólo ser patria, ser huyendo amparo:
 Antes que alguno la ribera hospede,
 Al rey griego, al ilustre Deyotaro
 Llama el caudillo, y en arenga corta
 Así a inmediata expedición le exhorta:

"Heroico y generoso confidente,
 Vínculo firme al ítalo y greciano,
 En la Tesalia has visto el precedente
 Éxito del civil campo romano:
 Sólo en regiones bélicas de Oriente,

Donde más se difunde el asiano,
Sí a la enmienda solícito intervienes,
Puedo a la patria aun coronar las sienas.

"Allá te aparte, ¡oh rey!, donde fomentes
Mis favores; despoje sus riberas
Tigris, y con armados combatientes
Prefieran a sus reinos mis banderas:
Todos deben concordes y obedientes
Hoy sus lealtades renovar primeras;
Deben marchar veloces al Ocaso,
Y honrarse con mi triunfo y mi fracaso.

"Tanto promete aquella fe constante,
Que pudo con Arsácides unirme,
Jurada allí por mi lacial tonante,
Y por sus magos aceptada y firme:
Hoy la expenda, y ejército levante
Contra un César que insiste en preferirme;
Pues confundida en pérdidas y llantos
El Asia, preferí su reino a tantos."

Así dispone, y pronta diligencia
El rey promete con silencio, donde
Substituye respuestas la obediencia,
Porque la acción, y no la voz responde:
Fue el despojar su púrpura decencia;

En pobres señas lo Real se esconde;
Traje servil elige, y tan plebeyo,
Que aun le designen siervo de Pompeyo.

Tal vez si el cetro retener procura,
De lo menor se ampara la grandeza,
Tanto menos violable y más segura
Que el reino y la corona es la pobreza:
Ya el Céfiro las naves apresura;
Tocan la orilla donde el Asia empieza;
Parte el rey griego, a quien defiende el traje,
Y Pompeyo adelanta su viaje.

Surcar, le mira los icarios mares,
Efeso, Colofon, Coos, Samo y Gnido,
La clara Rodas, donde el sabio Cares
Labró coloso, que admiró esculpido:
Las talmesias riberas circulares,
En cuyo extremo, a la Cilicia unido,
Panfilia yace, y su confín desierto,
Dió a los bajeles fugitivos puerto.

Allí surgen acaso aun recatados
De cursar poblaciones; así en breve
Recuperan el mar, sólo guiados
Del primer soplo que los lienzos mueve:
Ven del Tauro los hombros relevados,

caudaloso el Dipsas de su nieve;
Allí Cilicia su región dilata,
Donde Pompeyo aniquiló al pirata.

¡Oh varón sin fortuna! Mal creyeras,
Cuando al cálice viste fugitivo,
Que hoy en sus mares temeroso huyeras,
Y salvo por humilde y no ofensivo.
Llegan, pues, de Celendre a las riberas,
Y siguiendo su margen sucesivo,
Les da escondido puerto en breve seno
Carado de las ondas del Seleno.

Allí Pompeyo de una y otra nave,
Redujo corto número de oyentes,
Nobles patricios, a infeliz conclave,
Donde tristezas oigan elocuentes:
"¡Oh vos, propone, en quien asiste y cabe
Roma y su trono, para mí presentes!
Pues aquí os sirve en fácil ornamento
Dosel Jove, Neptuno pavimento.

"Vencidos, fugitivos, entregados
A extraño mundo y bárbaro, no temo
Dar vuelos a solícitos cuidados,
Conspirar medios al peligro extremo:
Asuntos fabriquemos impensados,

Arda en venganzas el valor supremo:
Que no en Farsalia fenecí, ni hay modo
De poderse acabar Pompeyo todo.

"No hay guerra que tan áspera lastime,
Que no reserve excelsa mi cabeza;
Estragos Mario lamentó, y sublime
Ascendió al fin a consular grandeza:
Menor hombre que Sila es quien me oprime,
Y el cónsul no igualó mi fortaleza,
Ni mis armas, pues griegos y epirotas
Aun hoy respetan en su mar mis flotas.

"Y si todas mis gentes padecieron,
No acabaron, aun viven esparcidas;
Presumir puedo que en Tesalia fueron
Desbaratadas sólo, no vencidas;
Hazañas que mi nombre engrandecieron
Aun son del mundo amadas y temidas;
Sola mi fama arguye fuerza, y sola
Huestes conspira y águilas tremola.

"Meditad, pues, de los humanos, cuáles
Reinos hoy pueden con reciente amparo
Darnos seguras armas y leales,
En Asia o Libia, o en la egipcia
Faro; Yo con afectos a la causa iguales

Os debo ser al conferir no avaro;
Temo el favor de Egipto, o no lo creo
Por la pueril edad de Ptolomeo.

"La fe y lealtad no vive ni se alcanza
Sin la entereza de la edad robusta;
Con más fuerza recata mi esperanza
Juba, el tirano de la Libia adusta:
Siempre Cartago clamará venganza
Contra Cipión y su memoria augusta;
Hoy Aníbal vencido al rey provoca,
A quien por, breve línea en sangre toca.

"Y el rey por la victoria envanecido,
Contra Curio en ejemplo a Italia raro
Hoy nos desprecia, habiendo precedido
En gloria y armas al ilustre Varo;
Sólo del Asia el término extendido,
Y en luces fértil del Oriente claro,
Juzgo acepto presidio, y que podemos
De esta playa marchar a sus extremos.

"Allí es todo mayor que en nuestro clima,
Más anchas vegas, más soberbios montes;
Da a los caballos cuerpo, y los anima
Aire fecundo y temple de horizontes:
En lo viril naturaleza opima

Desde las Ondas que derrama Orontes,
Hasta donde aparece infante el día,
Solos esfuerzos belicosos cría.

"Aun los solares rayos a los nuestros
Vencen, y el golfo en púrpura se enciende;
El uso aun sin edad hace maestros,
De lo pueril lo militar depende:
De los flecheros ágiles y diestros
No sólo el hierro por agudo ofende,
Que para instancias de matar secretas
De veneno alimentan las saetas.

"En toda parte que la punta acierte
Hiere insanable su impresión traidora;
Por la herida menor cabe la muerte:
Muerte es la sangre si la tez colora.
En región, pues, tan preferida y fuerte,
Donde más se engrandece vencedora
Mi insignia, espero dóciles y humanos
Los ánimos, la fe, la industria y manos.

"De Arsácides, Tigranes y Farnaces,
Y otros reyes magnánimos deudores
A mi antigua amistad por firmes paces,
Os prometo recíprocos favores:
Y si en los fueros de razón sagaces

Aquellos reinos sospecháis traidores,
El sentir vuestro aguardo, proponerle,
Mi voto es persuasible, no rebelde.

"Mi ardor sin queja tolerar consiente
Naufragios, muertes en desierta zona,
Por no rendir mi coronada frente
A las mismas que he dado la corona:
Y es acto noble aun el morir ausente
En destierros intactos a Belona,
Si en ellos huyo el padecer crueldades
Del fiero César, o admitir piedades.

"Sólo afirmo, que en fe de mi memoria,
No al Asia puedo suponerme adversa:
Compitieron allí en mi obsequio y gloria
El medo, asirio, parto, armenio y persa:
Todo Oriente fue un triunfo, una victoria,
Epílogo en mi honor: no así diversa
Juega fortuna, que su vario vuelo
Hoy da al abismo lo que ayer al cielo.

"Y observad cómo nuestro imperio alcanza
Utilidad forzosa en que el persiano,
Que de Craso triunfó, vuelva su lanza
Hoy parcial con mi ejército romano:
Pues si venzo, consigue la venganza

De César, Roma exenta de tirano;
 Y si vencido soy, muere conmigo
 El bárbaro de Persia su enemigo."

Dijo, y de todos el suspenso oído
 Aun le atiende con labio recatado;
 Pero el breve silencio interrumpido,
 Con murmurio le acusan encontrado;
 Léntulo, por ilustre preferido,
 Que autorizó moderno el consulado,
 De argumentos sofístico y difuso,
 Menos prudente que locuaz se opuso.

"No el fuego, ¡oh Magno!, que en tu esfuerzo
 Temple, le dice, su fervor, pues una [ardía
 Sola guerra tesálica en un día
 Mal rendir pudo tu imperial fortuna:
 No expiró lo universo, que vivía
 En ti, ni tanto descaeció, que alguna
 Región no te agilite la subida
 Más alta que profunda es la caída.

"¿Tanto ya desesperan nuestras lides,
 Que sólo en el confín del asiano,
 En vez de manos que te exalten pides
 Los pies, donde te postres del persiano?
 Nuestros dioses afrentas, si te mides

A extraña ley sacrílega, y anciano
Profesas culto y religión diversa,
Hoy pueril catecúmeno del persa.

"Donde invicto encumbrarte el cielo quiso
Puedes rendirte a obsequios de vasallo;
La libertad pretendes, fin preciso,
Que en ti le desconozco, o no le hallo;
Pues yerra así la ejecución tu aviso,
Que destruye al intento el procurallo;
No es libertad, ni sombra o semejanza,
Si con sujeta adoración se alcanza.

"De Roma eres caudillo electo, y uno
Para interna batalla nuestra apenas,
No la traslades a extranjero alguno,
No rieguen otros campos nuestras venas:
Deja al Oriente de tu sangre ayuno,
No llares al rigor manos ajenas;
¿Quieres que el persa, como falsa espía,
Mienta socorro y funde tiranía?

"Mal presumes librarnos de tirano,
Si nos das vencedor al persa aleve:
César nos venza, y rinde hombre romano,
No mejor cetro al bárbaro se debe:
Cedióle Craso triunfo soberano,

Tú eliges que el mayor le apreste y lleve
Hoy nuestro ruego mismo, en que le abona
Tu elección por idóneo a esta corona.

"Sola aquella nación faltó a la liga
De esta guerra y su fin temió dudoso,
Y esperas hoy que favorable siga
Al vencido, y contraste al victorioso:
Si el reputarla bélica te obliga,
Sólo del Norte el Asia en lo escabroso
Es guerra, influyendo aquellos cielos,
En pechos llamas, si en peñascos hielos.

"Mas el pueblo común del ancho Oriente
Teme el combate, ni el clarín le incita;
Nace allí el sol, cuya niñez clemente
Ama el tierno regalo, armas evita:
Cándidos lienzos su cabello y frente
Ciñen, y el traje lo femíneo incita
Con talaes adornos, bien que engaña
Su veloz curso en la marcial campaña.

"Flechando el arco en derramadas vegas
Vuelta la espalda ofenden fugitivos,
No en selvas y montañas broncas ciegas,
Que es la coartada de peñascos vivos:
Nunca imitan las ítalas y griegas

Fuerzas, en padecer intempestivos
Climas de escarcha, y los del Austro ardientes
Tolerar hambres, superar torrentes.

"No trabucos o máquinas secretas
Ejercen, ni el batir del aries duro;
Quien hallare defensa a las saetas
No busque en Persia más trinchera o muro:
Ni allí se jactan de la lucha atletas,
Lejos el flechador lidia seguro
En libre campo; que en espacio estrecho
Ni el brazo es ágil, ni robusto el pecho,

"Y el valor propio fúndase en la espada
Que el herir de la flecha es acto ajeno;
Persia su actividad tiene fiada
Al hierro volador y a su veneno;
Yerras, Pompeyo, si adquirir te agrada
Socorros hoy de este falaz terreno,
Que a sus yaras, usando el traidor baño,
Manchan la punta en venenoso engaño.

"Traición villana, no favor te espera
En la falsa adopción del parto y medo;
Y si a Cornelia miras, aun debiera
Dolor más firme estremecer tu miedo:
La delicia barbárica y grosera

Notar apenas de sus reyes puedo,
En cuyos reinos y lascivas cortes
Un tálamo consume mil consortes.

"Y de todas el príncipe ceñido,
Bruta el alma y en Baco transportada,
Frecuenta variable, y no escondido
Lo que la fiera ejerce aun recatada:
Venus al parentesco más unido
No respeta en lascivias relajada;
De ilícito consorcio deshonesto
Les nacen reyes y de torpe incesto.

"Quien obra así no dudes que blasfeme
De cuanta fe y lealtad firmó tirano;
No es valiente el honor, si aquí no teme
Y adúltero motivo da al persiano:
Tal, que su vicio incontinente extreme
De tu afrenta mayor amante insano;
Pues será incitamento a su apetito
La enormidad del ínclito delito.

"Él venció a Craso, y dispondrá severo
Contra el que es más la infamia y la cuchilla;
Guerra infiel nos presenta, y lisonjero
Le correspondes con la paz sencilla:
No milite civil de hoy más tu acero;

Perdona a César, y al de Persia humilla,
Que estragos Roma padeció más viles
En su guerra oriental que en las civiles.

"Venganzas de Asia es tu mayor trofeo,
No hay favor suyo sin que a Italia afrente;
Aun al tirano César le deseo
Que se corone vencedor de Oriente:
Contempla en puridad sin devaneo
Que al descubrir del Tigris la corriente
Oyes gemidos, y te sale al paso
En fantasma el espíritu de Craso.

"Considera en mil flechas erizada
Su imagen, y que en voz dice sañuda:
Yo en el Asia esperé, Magno, tu espada
Por mi honor y el repúblico desnuda:
¿Cómo, pues, tu razón prevaricada
Duplica oprobios a la patria, y muda
El rigor de legítima venganza
En caricias del persa y alianza?"

"Luego sus quejas seguirá el confuso
Número allí, que disipado en piezas
En toda almena el babilonio puso
Por irrisión sus miembros y cabezas:
Pueblo romano, que al furor se opuso

Del Asia, y tributándole riquezas,
 Vió el alto Eufrates prósperos y rojos
 Sus campos de la sangre y los despojos.

"Si tales espectáculos intentas
 Ver en Persia pacífico y templado,
 Mejor verás las tésalas sangrientas
 Vegas, y a César rogarás postrado;
 Ya que insistiendo en lo civil consientas
 Nuevo socorro investigar prestado,
 La región del Egipto y la africana
 Es fiel a Roma, es súbdita romana.

"Si da sospecha la intención perjura
 Juba, el soberbio rey, con vario empleo
 Hallarás hoy felicidad segura
 En armas del egipcio Tolomeo,
 Cuyo reino dichoso guarda y mura
 La gran Sirte en marítimo rodeo,
 Y sus campos el Nilo juzga estrechos,
 Cuando espacioso duerme en siete lechos.

"Tierra que no codicia externos frutos,
 No invoca lluvia ni lamenta estío;
 Sus valles la enriquecen nunca enjutos,
 Regados siempre del fecundo río:
 Caudalosa de fértiles tributos,

No pretende en su mar surto navío,
Ni la edad de su rey pide recato;
No hay juventud sin lo amoroso y grato.

"Su rey es tuyo, a tu dominio toca
Hoy su heredad y paternal tutela,
Y en años cortos la malicia es poca,
Cuanto es mucho el temor si la recela:
Antiguo el cetro la equidad revoca,
Admitiendo el rigor fraude y cautela;
Y aunque lo astuto hipócrita se abona,
Siempre el uso deslustra la corona.

"Y es feliz siempre el reino y cariciado
En los primeros años del que impera."
Dijo, y su acuerdo se admitió, aprobado
Por quien su yerro detestar debiera.
Ved cuánto en un ilustre derribado
La vil suerte indecencias delibera,
Pues los estilos que el decir no admite,
Más licencioso a Léntulo permite.

Mas tú, Pompeyo, de su libre labio
Apenas haces advertido examen;
Que el de Farsalia poderoso agravio
Te impide quejas de menor gravamen:
Venció el voto imprudente al tuyo sabio,

L A F A R S A L I A

Mas quiere el cielo que a su fin te llamen
Desacuerdos políticos traidores,
Dándote muerte al fin solos errores.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

Pasan las naves al mar de Egipto y Alejandría, donde el rey Tolomeo junta su Consejo. Fotino persuade que se dé muerte a Pompeyo.

Desechando la cílice ribera
Las naves, nuevo golfo las admite,
Donde a Venus el cíprico venera,
Porque en su espuma la engendró Anfitrite;
Nació la diosa, que lasciva impera,
Si nacer y deidad unión permite,
O acaso hay argumento que convenza
Ser dios alguno cuyo ser comienza.

Pospuesta Chipre, tuercen a la diestra
Y del áfrico surcan largos mares,
Hasta que Faro sus antorchas muestra,
Cuando el Ocaso esconde los solares:
El nauta allí con diligencia presta

Rompe el agua en derrotas circulares,
 Que adverso el viento al rasgo de la quilla,
 Del Casio le negó tocar la orilla.

Con repugnancia al fin de las entenas
 De instantes soplos engañando el brío,
 Esta y aquella nave alcanza apenas
 A extremidades del egipcio río:
 Allí coronan puerto las arenas
 De Pelusio en recóndito desvío,
 Y roto el Nilo al piélago comete
 La mayor sola de sus bocas siete.

Era en el tiempo que la noche y día
 Parten las horas en balance alterno,
 Las que al verano el sol contribuía,
 Coartarlas quiere al esperado invierno;
 Siendo sazón templada, ya ejercía
 El joven rey su militar gobierno,
 Y en la vecina costa casiana
 Sigue a Cleopatra, su enemiga hermana.

Apresta el Magno renovado aliento,
 Y halla las velas, fervoroso impele,
 Aunque a estorbarle pertinaz el viento,
 E incontrastable el ímpetu revele:
 Con el recato desvelado atento

Que cautelarse la milicia suele,
Antes le divisaron en las costas
Las atalayas y nocturnas postas.

Y con la escasa luz reconocido,
Que aun lustra mares desde el livio al tracio,
Alta fama redundante, y esparcido
Rumor hinche el egipcio extenso espacio.
El rey, del nuevo huésped ya advertido,
Vuelve a Alejandría, donde ya el palacio
Llenan ministros bárbaros alevos
Mal conciliados en consultas breves.

Al presuroso cónclave egipcio
Vino entre los ilustres Acoreo,
Que sacerdote en Menfis del profano
Apis honró su culto y devaneo:
Éste de todos racional y humano
Fue aviso, no enseñanza a Tolomeo,
Que su docta vejez libre y celosa
Huye la adulación, verdades osa.

Paces acuerda, acciones investiga
Del muerto rey y el capitán latino;
Lealtad que por herencia al hijo obliga,
De quien ya es padre el que a su puerto vino:
Con fiereza contraria y enemiga

Procedió el turno al voto de Fotino,
Tan enorme político tirano,
Que es en él toda voz dogma inhumano.

Fotino monstruo persuadió inclemente
Alevos actos contra el Magno agosto:
"¡Oh cuántos, dijo, oh cuántos lo decente
Yerran temiendo profanar lo justo!
Honra al feliz, ¡oh rey!, no al inocente
Si infeliz yace; que es favor injusto
Por sostener precipitada torre
Imitar su opresión quien la socorre.

"Dista el honesto celo del provecho
Cuanto el abismo de la impérea esfera;
Lo eminente y mayor caerá deshecho,
Si la equidad en su nivel pondera:
Posponer toda ley, todo derecho,
Permitir al poder fuerza severa,
Guarda los reinos; tiemble y obedezca
El vasallo servil, bien que aborrezca.

"Ni obrar puede ni osar dignos rigores
El que excesos tremendos no ejercita;
Deje el cetro, renuncie los honores
Quien benigno y remiso se limita:
El imperar con vínculos traidores

jamás con la virtud compuesto habita,
Y el que violencias de aspereza extrema
Ejercer teme, padecerlas tema.

"Muera Pompeya, pues soberbio excede
A despreciar tus años, persuadido
Que ni tu orgullo ni el de tantos puede
Defender tu ribera aun del vencido:
No así te usurpe el reino, antes le herede
Tu aborrecida hermana, si excluído
Nuestro derecho, tu elección abona
Dar al romano egipcia la corona.

"Ni cuando le transfieras honor tanto
Puede el Magno gozar el premio tuyo;
César le vence en toda guerra, y cuanto
En ellas fuere del vencido es suyo:
Ya perdió el ser con el valor, y en tanto
Su estado advierto, su cautela arguyo,
Pues incapaz de sostener combates,
Consortes de su mal busca penates.

"Fue su enemigo César; ya el Senado,
Roma, Italia y el mundo es tu enemigo,
Puesto que con error precipitado
Les dió en Tesalia general castigo:
De todos huye tímido y culpado,

Sólo te busca por unir contigo
Desdichas, y funestos ejemplares
Hoy que te gozas excepción de azares.

"Y aunque no engañe, conveniencias yerra
Porque tus reinos en la paz compuestos
Revelar quiere, y que en inútil guerra
César deidad los abomine opuestos,
Viendo que sólo nuestro Egipto encierra
Resucitados bandos contrapuestos,
Y al civil Marte domicilio funda
Nueva Farsalia para lid segunda.

"Sólo este crimen de su muerte es reo,
Y si tu cetro confirmó el Senado
A instancia suya, ¡oh rey!, ya tu deseo
Dió a su victoria el voto y el cuidado:
Nuestro cuchillo preparó su empleo
Contra el rendido al disfavor del hado,
No contra el Magno, que mejor hiriera
A César derribado si él venciera.

"Eterna potestad nos arrebatada,
Y cielos de inclemencias movedores;
Forzosa es ya la operación, no ingrata
Culpe en sus yerros él nuestros rigores,
Pues lo experto fatal no le recata,

Antes le arroja a examinar favores,
Y busca un reino, que el acero y filo
Sólo ejercita cultivando al Nilo.

"Cuyo gran lecho su región termina
Y el hierro sola su labor profesa;
Bien levantar podrás tú la ruina
Donde Pompeyo y Roma yace opresa:
Bien infundir de la nación latina
Vida en cenizas, y animar su empresa,
Restituyendo en fábricas triunfantes
Fulminados sepulcros de gigantes.

"Si neutral fuiste, ¿cuál error concede
Que al mísero en grandezas fugitivo,
Y provoques a César, cuando excede
Toda sublimidad su imperio altivo?
La amistad precedente observar puede
El más grato en lo adverso sucesivo,
Si precedió el feliz tiempo a la pena;
Pero infeliz amigo, ¿quién le estrena?.

La inicua junta sin discordia admite
De Fotino rigor, ni el rey le enmienda,
Se alegra, sí, porque a su edad permite
Anciano tribunal facción tremenda:
Presto el ejecutarla se remite

A Aquilas impio, que con libre rienda,
 Seguido ya de militar cuadrilla,
 Al mar se entrega en suelta navecilla.

Luces dió el alba a la traición del día;
 El bajel zarpa del infiel terreno,
 Y en busca de Pompeyo se desvía
 Hasta que toca de la Sirte el seno.
 Responded, siglos, ¿cuándo Egipto cría
 Altivez tanta, cuándo el sitio ameno
 Que en tus lechos, ¡oh Nilo!, fértil bañas,
 Engendró esfuerzo tentador de hazañas?

Tal yace Roma, que aun Egipto esgrime
 En su oprobio las armas; tan turbado
 Lo natural su consistencia oprime,
 Que trueca varonil afeminado.
 Cielo, esta indigna vejación redime,
 No Menfis la cometa; alcance al hado
 Del gran Pompeyo, no favor, no vida,
 Sino muerte, y un César homicida.

Dime, femíneo rey, ¿de cuál aprende
 De los reyes menfítico tu espada?
 Oye al Tonante, que su rayo enciende
 Contra tu solio por la fe violada;
 Lo sacro ultraja quien al Magno ofende,

Que en tres diversos triunfos coronada
Su frente hoy ves, porque arboló estandartes
Del conquistado mundo en las tres partes.

¿Qué ardor bastardo en tus afectos obra
Si en tí, Para humillarte a su coyunda,
La común voz de sus hazañas sobra,
Y el nombre sólo de romano abunda?
Mira que en vez de recompensas cobra
Muerte que en alta infamia te redunda,
Pues te dió la corona, y tu fiereza
Le quita a un tiempo el lauro y la cabeza.

Las itálicas naves, que impelía
Tarde el viento arribando al casio extremo,
Velas amainan, y la corta vía
Rompen del mar con el favor del remo,
Aquilas ya desde su barca vía
Al varón grande, que en lugar supremo
Y anterior nave surca la marina,
Y en pacífica unión se le avecina.

Con risa y faz el pérfido serena
Por su rey le asegura franco el paso
Y hospedaje benévolo, y ordena
Que de la nao descienda a estrecho vaso:
Finge que el mar, acumulando arena,

Las Sirtes cubre de licor escaso,
 Transverso y crespo, ni en sus fondos cabe
 Sino encallada o náufraga la nave.

¡Oh cuánto más, Pompeyo el leño breve
 Tu naufragio y tu pérdida concluye!
 Oye a los tuyos, cautelarte debe
 Su persuasión, que convencido arguye;
 Pero el decreto no se cambia o mueve
 Ya destinado, y tus aciertos huye;
 Errar te manda, y con apremio estrecho
 Dar al traidor mortal sencillo pecho.

Dijo un romano: Si hospedaje ofrece
 Al Magno el rey, y con lealtad le espera,
 ¿Cómo no se adelanta, y le engrandece
 Con magnífica pompa en la ribera?,
 Oye esta voz quien de elección carece,
 Y en desaciertos el discurso altera;
 Deja sus mares, y en la egipcia barca,
 Renunciando al temor, llama a la Parca.

Ya, pues, Cornelia, que en peligro tanto
 Ve al caro esposo de su nave ausente,
 Sobre la egipcia con gemido y llanto
 Tienta arrojarse atónita, impaciente.
 Síguela Sexto; pero el Magno en tanto,

Al retirar la barca alzó la frente,
 Y resistiendo a la consorte e hijo,
 Con voz oculta, "¡Oh temerarios!, dijo.

"Retiraos de la costa, y dando al viento
 Lienzo veloz, con atención suspensa,
 O la fe de este rey, o el falso intento
 Examinad en mí sin vuestra ofensa.
 Pero indócil Cornelia al documento,
 En mayor queja su dolor dispensa;
 Rasga el aire su voz, los brazos tiende
 Y nivelada mal del vaso pende.

"¿Dónde sin mí te partes? ¿Dónde, ¡oh fiero!,
 Nueva Tesalia sin Cornelia inquieres?
 ¿Qué me buscas en Lesbos, si severo
 Desampararme entre las Sirtes quieres?
 Si ya al ser tuya restaurar no espero,
 No el desecharme con crueldad reiteres;
 ¿No hay tierra donde alcance yo reposo
 ¿Sólo en los mares te merezco, esposo?"

Así clama, y pendiente el bajel mueve;
 Su pecho apenas de los golfos dista;
 Temiendo, amando, ni a mirar se atreve
 Lo que recela, ni a excusar la vista.
 En Pompeyo suponen muerte aleve

Ya los romanos del peligro a vista,
Y sólo temen que indecente pida,
Bien que la alcance, a los villanos vida.

Admitido en la barca engañadora,
Septimio, nuevo sátrapa egipciano,
La reverencia con ficción traidora;
No es egipcio, es apóstata romano;
Militó con Pompeyo, hónrale ahora
Para exceder en impiedad lo humano:
¿Quién no juzgara favorable a Italia
Faltar éste al destrozó de Tesalia?

Pero en crueldades pródigo el destino
Dispuso que genérico y frecuente
Llore tragedias el poder latino,
Y todo reino su invasión fomenta.
Hoy será Egipto del furor divino
Sumo ejemplar, pues Júpiter consiente
Que por diestra romana en extranjera
Playa el mayor de los romanos muera.

Hoy concluyes, Pompeyo, última vida
Por quien fue tu soldado, fue tu espada,
Y te saluda al tiempo que homicida
Lleva tu muerte en la intención callada.
Cuando César padezca igual herida,

Será en lo eterno acción abominada;
¿Qué, pues, dirá del homicidio astuto
Tuyo, Septimio, el que abomina a Bruto?

El Magno ya cuando el furor desata
Libres filos en ímpetus villanos,
Solas fuerzas de espíritus dilata,
Viéndose inhábil a ejercer las manos:
No del morir, del miedo se recata,
Y a sus ojos negando aspectos vanos,
Con la toga se oculta a los rigores;
No teme padecer, teme temores.

La mejor queja, aun varonil, reprime,
Recela en poca voz enorme afrenta;
El hierro Aquilas temerario esgrime,
Y en el heroico pecho le ensangrienta:
Desprecia el golpe, ni se indigna o gime
El varón, que al morir se experimenta,
Y oculto dice: "¿Cuál edad, qué historia
No infiere de esta acción mi infamia o gloria?"

"Los tiempos sucesivos a que aspiran,
Roma, tu fama, nombre y señorío
Miran este bajel, la espada miran
Del sacrílego rey, y el valor mío.
Expire el cuerpo, que con él no expiran

Hazañas que inmortal consiguió el brío;
Tanto, que sólo yo derogar puedo
Hoy mis fortunas, si a infortunios cedo.

"No, pues, lamente el alma estas heridas,
Aunque es el agresor vulgo gitano,
Por César las supongo cometidas,
Pues lo que obró su causa obra su mano:
No truecan ser en el morir las vidas,
Si existieron felices en lo humano;
Que en sucedidos tiempos las deidades
No pueden cancelar prosperidades.

"Sexto y Cornelia con fervor atento
Me miran, ¡oh valor nunca vencido!
Nueva razón te obliga que el tormento
Venzas, y en él escondas mi gemido:
Creciérales mi queja sentimiento,
Fuera mi menor llanto su alarido;
Y si morir me ven constante y fuerte,
Y se admiran, se alegran de mi muerte."

Así robusto el discurrir guerrero
Venció inclemencias del rigor, en cuanto
Contra el pecho indefenso el metal fiero,
Aun de sí mismo es formidable espanto:
Cornelia al espectáculo severo,

Si explica afecto, no es dolor, no es llanto,
Es furia, es muerte que con prestas manos
Resisten y divierten los romanos.

Busca el mar y sepulcro en su elemento,
Apenas estorbada por furiosa;
Es a la voz que esparce angosto el viento,
Cuando grita angustiada y lagrimosa:
"¡Ay!, dice, al espectáculo sangriento,
Yo soy, Pompeyo, tu homicida esposa;
Pues dando tiempo a navegar conmigo,
Te alcanzó en Alejandria tu enemigo.

"César es éste que el egipcio filo
De crueldad tanta no es capaz; mas seas
Ira de César o traición del Nilo,
La que en furor tan desigual te empleas,
Cambia engañada mano, cambia estilo,
Que si precisa ejecución deseas
Contra Pompeyo, bien errada herida
Es la que ignora centros de la vida.

"En mí le busque la violencia tuya,
En mí le puede herir, Cornelia muera,
Con mi muerte le ofendes, que la suya
Por perdonada sólo le ofendiera:
Culpada fui en la guerra, no me excluya

Por indigna tu golpe, antes confiera
 Conmigo al Magno, a quien seguí ambiciosa,
 Por ministra guerrera más que esposa.

"Y tú, infelice dueño, impiedad nueva
 Fue separarme de tu suerte en vano,
 Pues cuando al hierro tu elección te lleva,
 Darme vida es puñal más inhumano:
 Moriré, pues, y sin que el premio deba
 De mi muerte benigna a extraña mano,
 A las Sirtes daré mi cuerpo grave,
 O mi cuello a las jarcias de la nave.

"Permitidme este alivio, ¡oh marineros!,
 ¡Oh romanos! Si alguno es grato amigo
 Del Magno, en vuestros cortes lisonjeros
 Hallaré la piedad, si al rigor sigo:
 ¿Me resistís? ¿Me sujetáis? ¡Oh fieros!
 Yo a mi consorte invocaré testigo;
 Pues aun él vive, y el romano ofende
 Tal sus memorias que me ultraja y prende.

"¿Queréis, ¡oh alevés!, mísera y cautiva
 Venderme a César? ¡Oh traición! ¡Oh afrenta!"
 Clamando así, la nao ya fugitiva
 Del tremendo espectáculo la ausenta:
 Con más tropel y rabia sucesiva

Nuevas heridas el egipcio aumenta
Contra un pecho, que al tiempo que merece
Adoración, atrocidad padece.

De atroces puntas al sangriento agravio,
Dócil conforma el venerable bulto,
Ni gemido al dolor concede el labio,
Ni queja el alma aun al afecto oculto:
Cátedra funda de constancia al sabio,
Pues aun la toga y ornamento culto
No altera; y en esfuerzo heroico y sacro,
Es deidad, si en firmeza simulacro.

El romano Septimio que acelera
Del alto insulto el inhumano extremo,
Aquella ya mortal faz y severa
Arrimó al bordo en que jugaba un remo;
Del tajante metal coyunda fiera
Al cuello impuso del varón supremo,
Cuyas venas y nervios rudo y bronco
Siega y despoja la cabeza al tronco.

Tarde el corte sus vínculos quebranta,
Que en siglos nuestros aprendió el acero
Aplicar diestro el filo a la garganta,
Y troncarla con ímpetu ligero;
Segada aquélla con torpeza tanta
Constituyó en Aquilas el primero

Honor Septimio; trasladó a sus manos
La sacra faz; ¡oh afrenta de romanos!

Pues ya excediste al capital delito
En que atroces ejemplos aniquilas,
Lleva tú el don al príncipe de Egipto,
Y no te rindas siervo al siervo Aquilas:
Hoy ceden a lo trágico infinito
Fierezas ya de Marios, ya de Silas; [nombre
No hay más queja que el Magno, aun de su
Toca al dolor la magnitud, no al hombre.

Su faz, cuyos semblantes veneraba
La tierra al yugro de un imperio unida,
Sangriento dardo la suspende y clava,
Ya por notoria y alta envilecida;
Aun el aspecto anhélitos pulsaba,
Pide a la sangre retención la vida,
Vibra los ojos, y con lengua obscura
Aun dice muerte, y la traición murmura.

El erizado rostro informa horrores,
Yerta la barba en sangre y la melena;
Ya en su barca los fieros agresores
A tierra vuelven la gozosa entena;
Y por insultos aspirando a honores,
Rigiendo triunfo a la campaña amena,

Presentó Aquilas a su rey tal prenda,
Y él con aplausos festejó la ofrenda.

No recela pueril tentar curioso
El rostro que ignoró; ni más le altera,
Que degollada cierva al tigre y oso
Alimentado de la madre fiera:
Aun adelanta el joven alevoso
A inusitado fin la acción primera;
Pues dispone que observe aquella frente,
En muerta imagen la traición viviente.

La cabeza en su aspecto y cabal bulto
Enjugan, limpian y taladran, donde
Abunda humor, sin omitir lo oculto
Vacuo, y membranas que el cerebro esconde:
De aromas, que admitió sagrado culto,
A todo seno su porción responde,
Y de tan sana pasta se solida,
Que de incorrupto ser le infunden vida.

El separado cuerpo al mar violento
Arrojan, que vagante en la ribera,
Aquí y allí lo lleva el agua y viento,
Donde todo peñón le encuentre y hiera;
No a la cabeza o tronco monumento
Concedas, rey; pero observando entera

Su forma, no será tan impio modo
Que César huelle su cadáver todo.

Así en Pompeyo ultraja la fortuna
Glorias grandes con pérdidas mayores;
Sólo en este varón miró la luna
Distintos los agravios y favores:
Dichoso fue, sin que deidad alguna
Le mezclase un deslustre en mil honores;
E infeliz, sin que alguna en las deidades
Le interponga un alivio en mil crueldades.

Lo ya por tantos lustros poseído,
Hoy lo destruye junto un fin amargo;
Compendio de dolor, que aun repartido
Turbara el curso de sus años largo;
Pues tal vez un minuto entristecido
De alegres siglos en igual descargo;
Si el cuerpo entierran las arenas solas,
Le desentierra el juego de las olas.

La tierra, el agua su vaivén desdeña,
Y de humano cadáver el relieve
Pierden sus miembros, que el escollo y peña
Baten, y un riar por las heridas bebe:
Si de Pompeyo guarda alguna seña
Es faltarle cabeza, indicio aleve,

Aun allí el cielo le apercibe atento
Más desdén que negarle monumento.

Bajo sepulcro le concede y niega,
O que le falte, o que mayor le admita;
Así Codro romano al margen llega,
Adonde el agua el tronco deposita:
Ya el sol inútil al desmayo entrega
Rayos que en Occidente deposita:
Sale, pues, Codro de paraje oculto,
Las playas corre investigando el bulto.

Éste en el Asia juvenil soldado
Con Pompeyo cursó valiente escuela;
Llévóle a Egipto el disfavor del hado,
Donde a memorias precedentes vela.
Hoy se reserva en sitio recatado
Del caso atroz piadosa centinela,
Y cuando ya la noche el aire ofusca,
Entra en los mares, el cadáver busca.

Bañado hasta los hombros rompe y pisa
Ondas y arenas: observando atento
Sobre el cristal marítimo divisa
Estorbo obscuro que remolca el viento:
De humana forma aquél señas avisa;
Llega, y el cuerpo reconoce a tienta;

Abrázale tenaz, su esfuerzo emplea,
Y un pecho contra un piélago pelea.

Hervor de espumas le embaraza y tarda,
Mas él a encuentros de cerúlea guerra
Defiende el hurto, y con industria aguarda
Marino embate que le lleve a tierra;
Tarde le saca al páramo, y en guarda
Suya el tesoro que en sus brazos cierra:
Lamenta, y con piedad varia y extraña
Le enjuga a un tiempo, y de su llanto baña.

Ya las heridas cuenta, y cada una
Es distinto pesar en quien las mira,
Luego a la esfera atento de la luna
Quejas y endechas trágicas suspira:
"No pido que a Pompeyo des, fortuna,
Una preciosa ni opulenta pira,
Donde perfumes se evaporen densos,
Y en ascuas de ámbar cúmulos de inciensos.

"No que la patria en generosa pompa,
Al que fue padre su piedad conceda,
Donde excelso el clamor el aire rompa,
Y a heroicos triunfos el funesto exceda;
No que el pínfano sordo y ruda trompa
Triste al concurso funeral preceda,

Y en torno al fuego que los miembros arde,
Sin armas gire belicoso alarde.

"Que otorgues sólo a sus cenizas pido
Sepulcro estrecho que su cuerpo admita,
Vulgares llamas, y por mí encendido,
Con la humildad la majestad compita;
Vil material, ministro agradecido,
No más honor tu enojo le permita;
Ya que el pueblo y Senado no le exalte,
Y a exequias tuyas aun, Cornelia falte.

"No es rigor poco, pues asiste ansiosa
A este mar, que en el féretro el cabello
No esparza, ni con hacha luminosa
El cuerpo abrase, cuando abrace el cuello."
Dice; y viendo en la sombra temerosa
Breve esplendor, se acerca a conocello,
Infeliz ara ve encendida, y sobre
La misma estragos de cadáver pobre.

No hay ministro en su guarda, y la ligera
Llama en los miembros de eficaz se apura,
Que por sobrado el alimento espera
Tarde en cenizas disolverle obscura:
Codro, que en su piedad fondos pondera,
Aun por dichoso al mísero murmura,

Que cuando más con sus miserias lidia,
Un olvidado y muerto hay quien le envidia.

Flamantes leños y fumosas teas
Hurta al desnudo cuerpo aun no abrasado,
Y lamentable pide: ¡Oh tú, quien seas,
Espíritu vulgar y despreciado!
No es ya desprecio, es gloria que poseas
Lo funeral, que al Magno, al venerado
Falta en Egipto, no el violar me arguyas
Hoy tus cenizas, y encender las suyas.

"Si el que muere reserva algún sentido,
No dudo que estas brasas a mi mano
Concedes voluntario y confundido
De gozar tú lo que faltó al romano."
Tal se cautela Codro, presumido
De más piadoso cuando más profano;
En despojos al fin de incendio y llama
Lleva regalos al cadáver que ama.

Secas tablas allí junta y ordena,
Que pudo ministrar roto navío,
Y abriendo estrecho foso en blanda arena,
Encarga a ese obscuro fuego el cuerpo frío:
De lágrimas en tanto undosa vena
Vierte, y exclama en el horror sombrío:

"¡Oh tú, el grande en las paces y en las lides
Militar Numa, ciudadano Alcides!

"Ya que mi afecto, cuya ley se emplea
En ceremonias de infeliz sufragio,
Más deshonor que no alcanzarlas sea,
Y más te ofendan que el traidor naufragio;
Huya tu libre espíritu, no vea
Estas llamas y leños, no el contagio
De mi mano por ínfima se indigne,
Que existir suele en lo menor lo insigne.

"Si la tirana, indignación fue extremo,
Lo es mi piedad, y si en el corto oficio
Te humillo, y tu desdén contrario temo
En mi fe aguardo tu favor propicio.
Sepulcro Italia de esplendor supremo
Te promete, y en célebre edificio
Haré que cambies el postrado entierro,
Si es menor que mi vida mi destierro.

"Deja que en tanto de confín remot
Busque tus aras la atención de alguno,
Donde en pobre sepulcro honre devoto
Estos despojos que usurpé a Neptuno;
Y fervor dedicado a mayor voto
Conseguirá que el túmulo sea uno

De tu ceniza fúnebre grandeza,
Restituyendo al cuerpo la cabeza."

Así al muerto Pompeyo Codro honora,
Estas corteses lástimas frecuente,
Y la llama excitando abrasadora,
De prevenidos troncos la alimenta:
Ya mira, y teme a la reciente aurora,
La luz más que las sombras le amedrenta;
Porque en las horas que su niebla enjuga
La noche, el campo a su labor madruga.

El fuego desampara, el pie divierte
A buscar peña que le esconda, o rama;
Cuál riesgo te acobarda, ¡oh Codro!, advierte,
Que impones honra en fincas de la fama:
Aun César mismo temerá ofenderte,
Respetando el sepulcro y sacra llama;
Que la acción por sí misma acreditada,
Aun a los ojos del que ofende agrada.

Antes que le interrumpan acelera
Al sitio el paso, y la piedad repite,
Con el humor asaz de la ribera
Baña el cadáver, y su ardor remite:
No bien a disolverle en polvo espera,
Dale el honor que la sazón permite;

Miembros tostados agregó, y cual pudo
Cargó sobre éstos un peñasco rudo.

Y porque el ferro y cable en él no enlace,
Y le remueva incauta navecilla,
Breve epitafio a las cenizas hace,
Y escribe así con requemada astilla:
"Aquí el Magno Pompeyo, ¡oh huésped!, yace;
La mayor majestad tanto se humilla,
Porque de la fortuna aprenda el sabio
Dónde alcanza el favor, dónde el agravio."

¡Oh temeraria, aunque honorable mano!
Pues reduces a humilde y breve fosa
Al que pudiera de lo inmenso humano
Presmnir indistinta urna dudosa:
¿Con vil piedra la sellas, y al tebano
Alcides toda la altivez frondosa
Del Eta ensalza altares, y a Lico
Montes ciento del índico Niseo?

La región toda consignar podrías
Túmulo de Pompeyo, si la peña
Y epitafio destruyes, si desvías
De compuesto sepulcro toda seña:
Infame nombre a egipcias tiranías
Dará Italia, si a Egipto hollar desdeña;

Temiendo en toda parte que levanta
Sobre el Magno sacrílega la planta.

O ya que el sitio funeral señales
Con simple elogio enmienden lo pequeño
De monumento sus empresas tales,
Que es suyo el mundo en adquirido empeño;
Diga lo escrito hazañas inmortales,
Del que fue Dios de la vitoria y dueño,
Darále sola su inscripción al risco
De pirámide aspecto y de obelisco.

Pero ya el nombre del mayor caudillo,
Que el timbre honró del capitolio y templo,
Y pórticos del triunfo, hoy con sencillo
Carácter yace en profanado ejemplo:
Presa humilde del bárbaro cuchillo
Al siempre augusto vencedor contemplo,
Donde el sepulcro apenas, y despojos
Son reparable objeto de los ojos.

En los frisos del arco se leía
Mal por sublime su inscripción triunfante;
Hoy por ínfima sólo se desvía,
Ni en pie leerá su nombre el caminante:
¡Oh cuán justos recelos advertía
La Cumana al hesperio navegante,

Vedándole profética y severa
Surgir en la menfítica ribera!

¡Oh inicua Menfis, cuál rigor, cuál pena
A tu crueldad responderá decente!
Niéguete el Nilo su abundante vena,
Cierre el caudal donde escondió su fuente:
Sirtes imite la desierta arena
De tus campañas, que requeme ardiente
El sol, ni Acuario con fecunda copia
Tus páramos distinga de Etiopia.

Nuevas aras y templos ya romanos
Reverencian de Egipto al dios más bruto
Isis y Anubis, y los ritos vanos
De Osiris muerto, a quien celebra el luto;
Y vosotros, ¡oh rústicos profanos!,
En las escorias de arenal no enjuto
¿Dejáis así yacer la vencedora
Deidad latina, a quien el orbe adora?

Pero qué impugno cuando Italia entrega
A César templo, y el sepulcro rudo
Olvida de Pompeyo que el mar riega,
Dando sus glorias al desprecio mudo:
Si vivo el vencedor obsequias niega,
Y honores al vencido, el siglo pudo

Consecutivo, sin temor del yerro,
En excelso Delubro honrar su entierro.

Hoy puede, hoy debe conducir de ajena
Playa los huesos y ceniza oculta,
Si ya del centro la alterable arena
En olvido mayor no le sepulta:
Y si ley justa remover condena
Al que yace, no el celo dificulta,
Que a insignes cuerpos de varones sacros
Ara decente erija simulacros.

Dichoso aquel a cuya fe conceda
La patria el hurto, ¡oh cuán felice, oh cuánto,
Estimar debe, que en sus brazos pueda
Trasladar prendas de cadáver tanto!
Mas Roma alguna vez, porque interceda
Con Júpiter Lacial Pompeyo santo,
Le buscará, y podrán adversidades,
Si no razones, despertar piedades.

Cuando introduzcan Átropos y Cloto
Estéril hambre o piaga contagiosa,
Aire insano, profundo terremoto,
Y se invoque del Magno el alma ociosa,
Merecerá, ¡oh varón!, el ruego y voto
Común tu cuerpo; que con fe piadosa

El sacerdote sumo en hombros santos
Le ostente y numen le divulgue a tantos.

Y cuando todo falte, honor supremo
Aun te asegura el carecer de altares,
Pues cuantas naves el Pelusio extremo
Divisen lejos en diversos mares,
Inclinarán a tu reliquia el remo,
A cuya gloria cederán vulgares
Las de Jove, esplendor deste horizonte,
A quien da templo el convecino monte.

De éste, aunque indigno entierro la estre
Te acrece dignidad, no la deshace; [cheza
Que en vez de numen, grande es la grandeza
De tu fortuna misma la que yace;
Áureas urnas desdeña tu pobreza,
Aunque su honor en humildad disfrace;
Que en tosca encina de follaje inculto
Encerrado el tonante admite culto.

Mejor que el templo y túmulo encumbrado
Esto frágil tu espíritu deifica,
Hoy que por indecente y derribado
Señales de hombre tu sepulcro indica:
Pues hará en edad larga aniquilado,
Que si Creta de Júpiter publica

L A F A R S A L I A

Mentido entierro en ejemplar segundo,
Mienta Alejandria el de Pompeyo al mundo.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

A el alma de Pompeyo atribuye la musa lugar feliz.
Catón se encarga de las gentes que se libraron de
Farsalia, y embarcados pasan a África: descubren los
bajeles de Cornelia y Sexto.

Pero ya el alma de Pompeyo atenta
A luz sublime, la ceniza oscura
Del cuerpo olvida, y cándida se ausenta
A superior felicidad segura:
Sacra esfera su espíritu aposenta
Sobre el convexo y extensión más pura
Del aire sumo, donde ya confina
Nuestra humana región con la divina.

Este lugar espíritus encierra
De semidioses, que el valor les dice
Las leyes del acierto en paz o guerra,
Y los traslada a eternidad felice;

No adquieren tanto honor, porque la tierra
 En perfumado altar los solemnice;
 Sus premios la virtud lleva en su seno
 Independiente de favor eterno.

Al cerco, pues, de las estrellas junto,
 Al varón magno, lo celeste inmenso
 Fue de su vista contemplado asunto
 En firme ya tranquilidad suspenso:
 Oscuro vió el terrestre ínfimo punto
 Que antes juzgaba lúcido y extenso;
 Del cadáver y estragos con risueño
 Desdén burló cual de nocturno sueño.

Luego incorpóreo y súbito al destrozo
 Voló Farsalio, y aunque el hierro y lanza
 No ya perturba de su paz el gozo,
 Previno a César sin rigor venganza;
 Armas infunde y bélico alborozo
 Con equidad pacífica y templanza;
 Exhorta a Bruto en el Senado al hecho
 Que aguarda, y de Catón conquista el pecho

Catón, en cuanto con piadoso Marte
 Votos fundaba en el favor celeste,
 Aunque siguió legítimo estandarte,
 Aborreció como civil aun éste:
 De ambición en Pompeyo temió parte,

Bien que su causa por común se honeste,
Desdeñó el bando de Pompeyo, y cuando,
Ha muerto, él mismo es todo de su bando.

Así encarga a sus hombros la tutela
De la patria sin padre y sin caudillo;
Da a los pechos ardor, que el temor hiela,
Y alma al imperio que extinguió el cuchillo:
No es guerrero Catón, porque recela
Que pueda ajena potestad rendillo,
Ni porque a honores hazañosos mira,
Ni opresión teme ni a dominio aspira.

A todos guarda, y sólo se descuenta
En intereses, que litiga armado,
La libertad república fomenta
De la propia seguro y descuidado:
Así, cuando la pérdida sangrienta
Vió en Tesalia, y sin fuerzas derramado
De su ejército el último residuo,
Le convocó, le solidó individuo.

Y le ausentó sagaz del victorioso
César, que a su veloz imperio aspira,
Y en mil naves a un tiempo el mar piadoso
Les abrió paso y recibió en Corcira:
Huyen, pues, en tropel tan numeroso

Hoy sus bajeles, que a Neptuno admira,
Porque jamás por accidente esquivo
Se vió número tanto fugitivo.

Ya el promontorio alcanzan de Malea,
Y las fauces de Ténaro infernales,
A dos islas Cretense y Citerea
Se adelantan con vientos boreales:
Luego la cumbre montaraz Dictea
Ven, y de Fico humildes arenales;
Hasta que les descubre más seguro
Abrigo en Libia el puerto Palinuro.

"¡Oh fiel piloto del mejor troyano,
No sólo Italia con tu nombre honora
Sus puertos, que aun remoto el africano
Con igual seña tu infortunio llora!"
Allí surgieron, y en el, golfo cano
Vieron distantes con adversa prora
Dos leños ocurrir, y a solos éstos,
En la armada capaz temen opuestos.

Tanto humilla los ánimos y agrava
El estado infelice; tan ligera
La actividad de César los turbaba,
Que en lo imposible su memoria altera:
Así en todo bajel que divisaba

La fugaz flota al enernigo espera,
Y cuando intenta resistir sus pasos,
Tantos Césares juzga como vasos.

Son de Sexto y Cornelia estos que ahora
Mira, y los teme con errado espanto;
Reliquias Sexto que en Egipto adora,
No olvida y crece al sentimiento el llanto;
Pero al dolor Cornelia más deudora,
Menor juzga el sentir si llora tanto;
Compadece mayor lamento y luto,
Suspensa en raptos de un silencio enjuto.

Primero a fuerza de gemidos pudo
Entretener sus velas en los mares,
Cuando Codro a Pompeyo en el desnudo
Margen dió entierro y a su nombre altares:
La llama pobre con carácter rudo
Escribió el aire en humos circulares,
Donde el caso leyó Cornelia atenta
Piedad de Codro, si del Magno afrenta.

Advirtió la infeliz que alguna mano
No ingrata aquel ofició al cuerpo ofrece,
Por su deslustre le culpó, aunque humano,
Por benigno le envidia y le agradece
Lamenta las cenizas, cuando en vano

Recuperar sus prendas apetece;
Antes lloraba la impiedad traidora,
La piedad ya del monumento llora.

A las provincias que venció glorioso
Su Pompeyo, la egipcia ha preferido,
Dala todo el afecto, y con forzoso
Celo su industria a amar lo aborrecido:
Fue de mil tierras poseedor su esposo,
De esta sola es el mismo poseído;
Es la maldad motivo que se estimen
Estas riberas, hoy las honra el crimen.

Después que al fiero mar y al hierro agudo
Pidió muerte veloz Cornelia en vano,
Por espaciarla en el dolor desnudo,
A inhumano sentir dió el pecho humano;
Y de la obscura nave al centro mudo
Rigió como a sepulcro el pie liviano,
Donde a sus brazos los tormentos llama,
Y del consorte en vez tristezas ama.

La imagen de Pompeyo sangrentada
Tenaz guarda en el ánimo esculpida;
El filo allí de la tremenda espada
Aun ve girar con furia repetida,
De frenético pasmo apoderada,

Sólo para sentir padece vida;
Y en esa misma aun exagera alientos
Por lograr penas y gozar tormentos.

No al hierro ya, no al lazo o precipicio
Pide el favor que del rigor espera;
Juzga en sus penas generosas vicio,
Que con pretexto de aliviarlas muera;
Niega a instrumento ajeno el sacrificio
Que debe el alma; indignidad pondera,
Que oficiar muerte en el mayor contraste
El metal pueda y el dolor no baste.

Funesto velo cubre su cabeza,
Ni lugar muda ni asistencia alcanza;
No encarga a su bajel la ligereza,
Ni del mismo agradece la tardanza;
Bien que anhela marítima aspereza,
Y naufragio interpreta la bonanza;
Aplican todos a benigna estrella
Tranquilidades, y borrascas ella.

Sus libres naves del egipcio suelo
Huyeron a la Libia despoblada,
En cuyos mares hoy nuevo recelo
Les fue y engaño de Catón la armada:
Reconócense al fin, y al grato cielo

Alzan clamor por la feliz jornada;
 Que en trances de fortuna tan violenta
 Mínimo gozo como grande alienta.

Sigue a Catón aquel que en sucesivo
 Combate a César rendirá trofeo
 En la postrada suerte y nombre altivo,
 Sucesor de Pompeyo el fuerte Gneo:
 En batel breve se adelanta activo,
 Y el veloz curso es tardo en su deseo;
 Las dos naves encuentra y las saluda,
 Y presto inquiera lo que teme y duda.

[mano!

Vió a Sexto, y dijo con temblor: "¡Oh her
 ¿Tú me recibes? ¿No mi padre? ¿Dime
 Si el Magno vive, o la porción de humano
 Cayó con ella lo imperial sublime?"
 Así pregunta; que el temor no en vano,
 Ya con recelos le turbó y le oprime,
 Cuando en sollozo de dolor modesto
 Oye el severo desengaño a Sexto.

Trágico le responde: "¡Oh tú dichoso
 En la desdicha, pues será tu oído
 El que hoy padece, cuando yo al furioso
 Acto inhumano di el mejor sentido!

El rey monstruo de Egipto, el alevoso,
Y de sangrienta Euménide instruído,
Éste al grande Pompeyo, al héroe fuerte
Que le dió el cetro y reino dió la muerte.

"Aun las manos de César y la espada
No mereció sino villano ultraje;
Rota la fe legal confederada
Del rey antecesor por homenaje:
Sobre ultrajar la inmunidad sagrada,
Inviolable al doméstico hospedaje,
Yo vi el rigor, y fueron sus despojos,
Pues verlos puede, infamia de mis ojos.

"No la enorme estupenda alevosía
Presumí, operación de egipcia mano;
A César vencedor le atribuía,
Que ya guerrero le juzgué africano;
Pero lo sumo, porque el alma mía
Sintiendo excede lo sensible humano,
Es torpeza mayor de inicua estrella,
Más que Pompeyo muerto es mi querella.

"Vimos no lejos de la egipcia playa,
Que su cabeza y faz manchada y yerta
En sacrílega punta de azagaya
Se encaminaba a la muralla y puerta:
Allí en aromas el tirano ensaya

Nueva crueldad, pues la reserva muerta
 (¡Fiero honor!) y la admite a su comercio,
 Porque a la paz con César haga tercio.

"Tanto divulga la insolente fama,
 Dice otra vez lo que diverso admira,
 Que alguna mano que aborrece o ama,
 Ardió sus miembros en humilde pira:
 Castigue o premie de la indigna llama
 La acción el cielo que el intento mira;
 Yo en el cadáver que ceniza adoro,
 La parte sola que reservan lloro.

"Tales quejas oyó con horror mudo
 El joven y con éxtasis valiente,
 La exterior calma ser incendio pudo,
 De que el ánimo ya borrasca siente;
 Con feroz ceño, con acento rudo
 Suspira, gime y ruge balbuciente;
 Dice al fin a los ítalos, que atentos
 De su voz penden; contrastad los vientos.

"Nuestra piedad reprima la tormenta,
 Y el fin sacro interceda la bonanza,
 Mayor causa que César nos violenta
 A más furiosa que civil venganza:
 Si hay venganza de culpa tan exenta,

Que arbitrario el castigo no la alcanza,
Vil escarnio es Pompeyo y su ceniza,
Donde el gitano monstruos diviniza.

"A Menfis dirigid; no Tolomeo
Con más gozos festeje alevosías;
Muera infamada víctima y trofeo,
Del varón grande en vez de exequias pías:
Las pirámides altas de Peleo,
Las urnas de Alejandro y de Amasías
Destruiré, y en sus mares egipcianos
Daré sepulcro a los sepulcros vanos.

"Suplan entierros torpes destruídos
Los que no alcanza el Magno altos y sacros
Isis, Busiris, Apis, que aplaudidos
Erigen permanentes simulacros;
Y el vulgo de sus dioses esculpidos
Ardan en holocaustos y labacros,
Y aun sus leños serán corta grandeza,
Para abrazar del Magno la cabeza.

"Ofrenda es poca, si el concurso infame
De vivientes egipcios aniquilo,
Tal que en yermas campañas se derrame
Ya sin cultores vagabundo el Nilo;
Haré, gran padre, que cual Dios te aclame

Faro, y sagrado cambie el impio estilo;
 Sirva un reino por urna en que repose
 Sin más habitantes, sin más dioses."

Así clama, y la escuadra presurosa
 De los bajeles a seguirle incita;
 Cuando estorba Catón su generosa
 Ira, y a un tiempo alaba lo que evita;
 Del muerto general la dolorosa
 Nueva, igual queja en todo pecho excita;
 Tal gemido se esparce, que veloces
 Hinchén el aire de dolor las voces.

En toda cumbre oyendo el alarido
 Dobla el eco su cóncava respuesta;
 Nunca lágrimas tantas ha debido
 Al humano dolor causa funesta:
 Ya el raudal de las suyas consumido
 Aun Cornelia a imitarlos se amonesta,
 Bien que los llantos envidiando ajenos,
 En lo más lamentable llora menos.

Mas por gozar lo clamoroso y tierno
 Que en sus penas concontento era suave,
 Bien que en sus fuerzas de gemido alterno,
 Deja el lóbrego fondo de la nave:
 Bien testifica lo sensible externo

Todo el sentir que en el silencio cabe;
Suelto el cabello esconde el rostro obscuro;
Tal la recibe el puerto Palinuro.

Pisa el húmedo margen, donde atento
El concurso romano que la espera
Crece al verla más áspero lamento,
Llantos redobla el monte y la ribera:
Todo purpúreo y bélico ornamento
Del gran consorte enciende y recupera
Alivio en fe del último decoro,
Llamas cebando en alimentos de oro.

Arden togas y adornos, que felices
Fueron lustre a espectáculos triunfales,
Insignias, sobrevestes y tellices
Grabados de tesoros orientales:
Recamos y cambiantes de matices,
Que enriquecieron tálamos nupciales,
Y que labró dichosa en tiempo ufano
La matrona gentil con propia mano.

En vez de exequias esta digna ofrenda
A Pompeyo dedica, y competida
La ceremonia fúnebre es contienda
De muchos, ya que la piedad convida
Y obliga que el romano vulgo encienda

Fuegos por varias muertes, que homicida
Debe Farsalia, y de quien siente y ama
Era testigo espléndido la llama.

Así al oficio de amistad corteses
Honran la fe romana; Libia es fuego,
Campos imita de segadas mieses,
Que fertiliza del incendio el riego,
Cuando en seca estación arden los meses,
Y Febo es noche de los humos ciego;
Ruge la arista al despedir centellas,
Guerras fingiendo errátiles de estrellas.

No aquella muestra funeral latina,
Quejas, clamores y universo llanto
Del gran Pompeyo, el alma ya divina
Tan dulces fueron, tan aceptas, cuanto
Lo breve en que político termina
Catón sus honras, ni engrandecen tanto
Gloria terrena, sibilinas plumas,
Ni en profética voz, delfos y cunas.

"Falta, dice, el que honró la anteceden
Virtud romana; es justo que describa
Endechas a su fin la edad presente,
Elogios a su honor la sucesiva:
Singular cónsul imperó abstigente,

Fue allí la Majestad alta y no altiva,
A un tiempo obedeció, y obedecido
Del Senado, fue rey siendo regido.

Honras y puestos de ambición ajenos,
Solicitados sin ajena injuria,
Si obtenerlos cuidó, quiso no menos
Se los pudiese denegar la curia:
Dióle a Saturno los Erarios llenos
Con los tesoros del Danubio y Duria;
Y si en las guerras hoy nuestro derecho
Le arguye en duda la intención, no el hecho.

Dispuso, y admitió con igual frente
Las dignidades, sin jactancia alguna
Ostentosa, ni escaso lo decente
En la menor o en la mayor fortuna:
Laméntese la patria, hoy careciente
De su fundamental recta columna;
Hallará, cuando mísera padezca,
Quien se engrandezca a sí, no la engrandezca.

Aun el mudo recato muerto veo,
Que una aparente libertad fingía;
Si antes era el reinar sólo deseo,
Ya será ostentación la tiranía:
Sin Pompeyo el imperio es devaneo,

Como sin Magno luminar el día;
No espere Italia en su romana cumbre
Calor de amparo ni de gloria lumbre.

¡Oh tú dichoso y grande en la severa
Padecida crueldad de egipcia mano!
Perdiste vida, que servir pudiera
A César, y llorar reino tirano:
Menos la guerra fiel te engrandeciera,
Triunfando en ella, que el traidor gitano,
Que en lealtad pura es menos sospechoso
El muerto en lo civil que el victorioso.

Y si el derecho libre que poseo
Le das fortuna, a quien me venza, dame
Un juba, imitador de Tolomeo,
Que primero mi sangre impio derrame:
Juba reserve a César en trofeo
Mí cuerpo ajeno de coyunda infame;
No recuso humillar a su grandeza
El cuello, si le falta la cabeza.

Así Catón dió al Magno más honores,
Que si en estilo numeroso y terso
La voz de exagerantes oradores
Le sublimase, y lo mayor del verso,
En tanto con discordias y rumores

Se altera el vulgo militar diverso,
 Que sin Pompeyo inútiles reprueba
 Las guerras y recurso a intención nueva.

De la Cilicia y sus escuadras era
 Caudillo Tarco, práctico y activo;
 Éste en sus naves la imperial bandera
 Desamparaba oculto y fugitivo;
 Cuando sagaz le alcanza en la ribera
 Catón, y ultraja con talante esquivo.
 ¡Oh infiel guerrero! ¿Qué avaricia ingrata
 Te restituye al mar nuevo pirata?

"¿Vuelves al robo y la naval conquista
 Hoy que a Pompeyo tu bajel no opones?
 Dice; y del vulgo, con atenta vista,
 Mira, explora los ánimos y acciones:
 Tanto valor no es parte que resista
 Las ya precipitadas intenciones,
 Pues le denuesta alguno sin recato,
 Y lo que fue silencio es desacato.

"Nosotros, dice, no seguimos guerra
 Civil que obligue a príncipe segundo;
 Fue nuestro Marte el Magno en mar y tierra,
 Por éste sólo militaba el mundo;
 Permite, pues, al que vagante yerra,

Que al gremio vuelva original fecundo,
No añadas con violencia incorregible
A la funesta empresa la imposible.

"Muerto Pompeyo pacifica a Italia:
¿Cuál fin prescribes a la lid, pregunto,
Si no lo fue el destrozo de Tesalia,
Si no lo es hoy el capitán difunto?
Puéblese la Cilicia, Ausonia y Galia,
Patrias ya exentas de guerrero asunto;
Allí a enterrarnos vamos, que tu guerra,
Dígalo Egipto, al general no entierra.

"La falta de Pompeyo no concede
Cobro y restaura en reinos divididos,
Que sólo César vencedor nos puede
Dar armas y socorro a los vencidos.
Ganada Italia, a establecer procede
Los términos del mundo a un cetro unidos;
Ni Roma invoque a su deidad guerrera,
Que es ya cesárea la mavorcia esfera.

"Lealtad fue sacra fomentar la empresa,
dándole forma y ser Pompeyo vivo;
Pero ausente su espíritu, ya cesa
Para innovarla el singular motivo:
Y si intentas librar a Roma opresa,

Hoy caudillo eligiendo sucesivo,
Cónsul valiente es César, y romano,
Elígele, y libértela su mano."

Tanto el cilice dijo, y a sus voces
Aplaudió el vulgo con acorde acento,
Ya officiosos entregan y veloces
Todo lienzo y bajel al agua y viento;
Huyen la guerra, y en la paz feroces
De su temor procede su ardimiento;
Suspendióse Catón vencido y mudo,
Pero elocuente al fin vencerlos pudo.

"¿Dónde vais, dice, juventud liviana?
Yo no os pierdo, quien huye es el perdido;
¿Fue del Magno esa diestra, o fue romana?
El que la rige, ¿es frenesí o sentido?
Vuestra milicia generosa es vana,
Si el alto fin confunde estatuído,
Y el soldado civil, servil le ofrece
A dueño casual cuanto padece.

"Hoy servid, que es más gloria lo triun
[fante;
Murió el Magno, y por vuestro el premio
[queda
Que pudiera usurpar: hoy por constante

Nuestro esfuerzo sus méritos hereda;
 Gozad sin yugo la cerviz vacante,
 Y libre a Roma, no el valor proceda
 Por su elección a esclavitud rendida,
 Cuando el suceso a imperio nos convida.

"¿Cuando se os da la posesión latina,
 A injusto rey la dais, que el don no estime?
 Lo más tenéis vencido, hoy que divina
 Disposición prevista nos redime:
 La altivez de tres dueños hoy termina
 En el menor, pues el imperio gime
 Con un César, y espera su fracaso
 Preciso más que el de Pompeyo y Craso.

"Pudo el egipcio y persa, aunque extranje-
 Romper dos yugos firmes al romano, [ros,
 ¿Y no podrán cortar nuestros aceros
 La coyunda del último y tirano?
 Dadle, pues, cetro, renunciad los fueros
 Que el cielo constituye en vuestra mano;
 Id sólo a ser su populoso alarde,
 Que no es milicia ejército cobarde.

"Sólo el desprecio vuestro compadece
 Que en el César halléis perdón y vida,
 Pues a quien el temor tanto envilece,

El castigo cesáreo es noble herida;
Y el que hoy le sigue más favor le ofrece
Que Egipto, pues su rey sólo homicida
Fue de un Pompeyo, y esta acción furiosa
De dos Pompeyos lo será y su esposa.

"Será lo de Catón última presa,
Que os previene interés no limitado,
Así en mi muerte, ya que no en mi empresa,
Dejaré enriquecido algún soldado.
Venced la armada al adversario presa,
Que quien la fuga pérfida ha intentado,
En ella alcanza un fin por que la estimen,
Que delinquiendo más no aumenta el crimen."

Dijo, y las naves suspendió, cual suele
Al enjambre concurso de metales,
Y tímpanos festivos a Cibeles,
Por que labre de néctares panales;
Pues bien que sin unión se esparza y vuele
Por floridos almendros y jarales,
Dando al estruendo sujeción suspensa
Se implica, y en racimo se condensa.

Así a las voces del campeón severas
Retrajo el curso la disuelta armada;
Ya en sus lealtades bélicas primeras

Arde con fortaleza restaurada:
Juegos celebra el campo en las riberas,
Y guerras finge sin rigor ni espada,
Festéjante el caudillo, goza, escucha
Diestros ensayos del peligro y lucha.

Ya desde el puerto Palinuro unidas
Buscan las naves senda navegable
De la Libia en las playas esparcidas,
Donde al rey Juba alcancen favorable:
Las Sirtes arenosas y escondidas
Aquel mar tiranizan siempre instable,
Bien que a sus ondas y arenal liviano
Resistió firme el ímpetu romano.

Cuando los elementos recibían
Por el Criador sus formas y lugares,
No distinguió las Sirtes si serían
En consiguiente edad tierras o mares:
Con derecho recíproco porfían
Jurisdicciones dos elementares;
Llamar podemos al ambiguo seno
Mar terrestre, o marítimo terreno.

Ni se ve aquel paraje descubierto,
Ni jamás permanente el mar le anega;

Duda su ser y nombre el sitio incierto,
A quien el cielo ministerios niega:
No es playa o campo, no laguna o puerto,
Ni se habita jamás, ni se navega;
Naturaleza allí sin uso alguno
Igual reprueba a Ceres y Neptuno.

O acaso fue en un tiempo alta marina,
Y el sol, que de las ondas se alimenta,
Como región al Trópico vecina,
Con sequedad las devoró sedienta;
Y por ventura, si eficaz fulmina,
Y sus ardores vertical fomenta,
Vendrá siglo que goce el puesto enjuto
Capaz de albergues y de pasto y fruto.

En estos falsos mares y bajíos
Resolvieron con rumbo impetuoso
Abrir senda las urcas y navíos,
Sin recelar contraste proceloso:
A oposición de temerarios bríos
Se indignó el Austro en su región furioso,
Borrascas incitando exageradas
En las Sirtes, o enjutas o bañadas.

Con bramadores raptos las arenas
Remueve y terraplena ondas fondales;

Blandos juncos son mástiles y entenas,
 Flacas fibras son gúmenas y cables;
 Y tierna cera aun anclas y cadenas,
 A furores del viento incontrastables;
 Todo fondo desagua, y con presagios
 De perdición sin mares hay naufragios.

Menos ofende el piélagos a la nave,
 Que en más altura se derrota acaso;
 Bien que el influjo de los golfos grave.
 Vuelve a arrojar contra la Sirte el vaso:
 La quilla apenas en las ondas cabe,
 Mal cubre el suelo lo salobre escaso,
 Tal vez la popa encalla, y nadadora
 Juega boyante en líquido la proa.

Mas ya en vez de licores funda el viento
 Montes de arenas encumbrando altares,
 Que al cielo dan terrestre el elemento,
 Donde alegaban posesión los mares:
 Hay bajel que murado en firme asiento,
 Para moverse a giros circulares
 Aplica el remo y el timón y entenas,
 Y emprende surcos, navegando arenas.

Con estragos y pérdidas la armada,
 De esfuerzos y de fuerza guarecida,

Venció la tempestad del Austro airada,
 Y la Sirte, aun del piélago temida:
 Mástiles, jarcias, velas despojada,
 Ya navega en unión restituída,
 Y sin zozobra del segundo estrago,
 La admite el seno del tritonio lago.

El lago y seno cuyas ondas ama
 El dios Tritón, y por mayor fortuna,
 El que en la ancianidad dice la fama
 Que dió a Palas Minerva albergue y cuna,
 Tritonia el mundo la celebra y llama
 A la diosa en honor de esta laguna;
 Porque al dejar los cielos, halló en ella
 Espejo su beldad, margen su huella.

En la mente de Júpiter severo
 Se engendró Palas, y al nacer gloriosa
 Fue el estanque tritónido el primero
 Que terrestre hospedó la sabia diosa.
 Presúmese en lo humano este hemisferio
 Por más cercano a la región lumbrosa;
 Y de su adusta calidad se infiere
 Que el sol no lejos sus arenas hiere.

No distante derrama sus caudales
 Lete en conducto lóbrego y dormido,

El que se engendra en venas infernales,
Y olvidando a sí mismo, infunde olvido.
Algún tiempo estas playas y arenales
Vieron el bosque y el dragón temido
Que guardó a las Hespérides, y en vela
De las manzanas áureas fue tutela.

Diera ejemplo de incrédula porfía
El que negase aplauso a esta memoria,
Estrechando la artífice Poesía
En evidencias de segura historia.
Este es el sitio que gozó algún día
El rico bosque; hoy llora la victoria
De Alcides, que arribando a sus riberas,
Dejó las ramas pobres y ligeras.

En tal paraje la indivisa flota,
Libre apenas de Sirtes y bajíos,
Inútil a emprender nueva derrota
Suspende en ocios militares bríos.
Sólo Catón, celante a la remota
Difícil guerra, apresta desafíos;
Deja el mar y al ejército convida
Que busque a Juba y los desiertos mida.

Instaba ya el Diciembre estos errores,
Cerrando el cano mar con tiranía,

Y mitigando de la Libia ardores,
Tal que habilitan la terrestre vía;
Templa la zona adusta los rigores
Del Capricornio, en que se hiela el día;
Antes, pues, que en el áspero camino
Marchen, los habla el ínclito latino:

"Aquí se nos propone, heroicas huestes,
En desiertos, ya escuelas africanas,
Que el modo de emular glorias celestes,
Es sólo padecer penas humanas:
Imitad llamas de la Libia agrestes,
Por que las suyas nos redunden vanas;
Hoy que extranjero cielo nos intima
Guerra flamante contra el sol y el clima.

"La sed milita en ascuas de arenales,
Y toda sierpe respirando estíos;
Pero en romanos fueron imperiales
Lo imposible renuncia poderíos:
No midáis fuerzas al peligro iguales,
Arda mayor incendio en vuestros bríos;
No encubro el riesgo, ni seguirle os manda
Mi apremio duro o mi lisonja blanda.

"Aunque gobierno ejército, que aunado
Dócil se humilla al militar decreto,

Elija, no obedezca algún soldado,
 Que libertad, no sujeción prometo:
 Esta empresa, a que os llama mi cuidado,
 Es oferta, no es ruego ni precepto;
 El que gusta postrarse a señorío,
 Logre el de César vencedor, no el mío,

"Si aquella paz de esclavitud le agrada,
 Renuncie el fuero libre de mi guerra;
 Mejor senda que el África abrasada
 Le dará al inconstante el mar y tierra:
 Busqué al feliz caudillo y patria amada,
 Que ésta y aquél a un tiempo me destierra
 Al favor de extranjeros capitanes,
 Y a descansos fraguados en afanes.

"El primero seré que en las arenas
 De Libia marche, y los peligros tiende,
 Por que en mi estrago y precedidas penas
 Se alivie el que me sigue, o ya escarmiente:
 No antepongo mi causa a las ajenas,
 Al plebeyo consiento se lamente
 Cuando en la selva o fuente apetecida
 Yo le usurpe la sombra o la bebida.

"Murmure exento el ínfimo pedestre
 Si a caballo le sigo, o le prefiero,

O cuando instado de mis años muestre
 Que es mi inferior el juvenil guerrero:
 Serpientes, sed y sequedad silvestre,
 Y cuanto abraza Libia, adusto y fiero,
 A toda la constancia impone yugo,
 Un celo recto es su eficaz verdugo.

"Gozos de la virtud son los rigores;
 Ármese Libia, y áspides conciba;
 Sólo en cuanto cobardes guereadores
 No la pisemos, nos será ofensiva."
 Así el raudal de espíritu y ardores
 De Catón al ejército deriva;
 En su voz arden, aperciben luego
 Fuerza a la fuerza y fuego contra fuego.

De la infeliz Cornelia en guarda quedan
 Los jóvenes Pompeyos con la armada
 Que las ondas tritónidas hospedan,
 Del nervio de guerreros despojada:
 Sin que al efecto suspensión concedan,
 Ya pisan la arenosa y despoblada
 Tierra de Libia las escuadras fieles,
 Desamparando mares y bajeles.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

Descríbese la Libia o África, en cuyos arenales Catón
y su ejército hacen viaje al reino de Juba.

Libia es del orbe la porción tercera,
Aunque en disputa varia y opinable,
Que distribuye la universa esfera,
De Europa Libia es parte inseparable;
Ambas las junta un mar, y a su ribera
La playa de Occidente es línea estable,
Cuyo igual fin no dista de Eritreo
Intervalo mayor que de Rifeo.

De Europa Gades, y de Libia Atlante
Lejos al Asia miran igualmente;
Buscan dos polos, y en confín distante
Conformes huyen del remoto Oriente:
Donde con latitud desemejante
Impera el Asia, ni igualar consiente,

Con su distrito inmenso derramado
La Europa y Libia de caudal doblado.

Una es África y Libia, que en regiones
Occidentales fertilice el suelo,
Porque ve a menos grados los triones
Que regalan su ardor con lluvia y hielo;
Bien que en sus minas, cerros y peñones
No se produce humor, ni engendra el cielo
Al acero mortal, ni a los metales
Por preciosos y nobles más mortales.

Sus riquezas son árboles, y el uso
Aun de aquéllos ignora su inocencia;
Sólo el romano con experto abuso
Escudriñó en sus troncos opulencia;
Del cedro extraño y del ciprés compuso
Adornos que reprueba la abstinencia,
Lechos, mesas y tronos fabricamos,
Que en Libia fueron antes sombra y ramos.

Mas la africana parte que rodea
Sirtes, y de Calixio excluye el Polo,
Ni a Pomona conoce ni a Amaltea,
Mises y vides le defrauda Apolo:
No aquí sus flores el Abril emplea,
Ni el Diciembre sus lluvias: reinan sólo,

Lejos de fértil cielo y manso frío,
Vientos que constan de un eterno estío.

Al rigor de estas yermas soledades
Catón su militar campo retira,
Y no temiendo en tierra tempestades,
Más procelosas que en el mar las mira:
Insta el viento en lo austral celeridades,
En los páramos hoy crece su ira;
Y aunque ni altivo risco o selva o rama
Le estorba, en plenos derramados brama.

Suele allí cuando el ímpetu liberta
Montes fraguar portátiles el viento,
Domicilio la arena busca incierta,
Porque le mudan arbitrario asiento:
Trocado mira la estación desierta
En arenoso toldo el pavimento,
Y más ágil y suelta al cielo sube,
Que al suelo baja la terrestre nube.

Del edificio y muro más fornido
Los fragmentos el Austro debilita,
Los quebranta y con vuelo suspendido
En diversa región los deposita:
Al trueno y rayo el soplo embravecido
En estrago, el estruendo en furia imita;

Imita el alto polvo al humo ciego,
Siendo ya el viento en sus efectos fuego.

Hoy acomete al escuadrón romano,
Y de firme vigor su esfuerzo priva;
A violencias el pie resiste en vano,
Que aun el suelo arrebatan donde estriba;
Y el asiento mudaran africano
A ser macizo campo o peña viva,
Más disoluto en polvos sigue al viento,
Y mezcla con el aire otro elemento.

Firmeza aguarda el ínfimo terreno,
La superficie toda salta y vuela,
Aun hurta y lleva el torbellino y trueno
La celada al que marcha y la rodela:
Volantes armas en distrito ajeno
Llueven, y el habitante se recela,
Que admirados los ánimos presumen
Ser portento o facción de altivo numen.

Así vió Roma el circular escudo
Que arrojó el cielo, cuando el rey piadoso
Numa le dedicó, y el pueblo rudo
Al sagrario de Marte belicoso:
Hoy goza estos honores, y ser pudo
Le despojase el viento proceloso,

Y de ajena provincia a la romana
Volase acaso la reliquia vana.

Altas regiones visitar serenas
Teme el soldado, bien que se recate;
Pies y manos arraiga en las arenas
Si excusa que la furia le arrebate:
Yace aterrado, y se redime apenas
De rigor alto, de veloz combate
El viento que arrojarle dificulta,
Armas trueca, y en polvo le sepulta.

El mismo que volar temió ligero,
Casi enterrado el movimiento evita;
Lo altivo y sumo receló primero,
Ya el abismo recela, el centro habita:
Vierte el Austro, anegando su hemisfero,
Su inundación, cuya borrasca incita,
Que en vegas de terrestres horizontes
Piélagos hierven de arenosos montes.

Y en aquéllos inunda el militante
Vulgo, sin que a Neptuno golfos deba;
Vigas y almenas, que en lugar distante
El Austro roba, al escuadrón las lleva;
A sus ojos con ímpetu rodante
Llueven ruinas, y al discurso eleva

Prodigio tal, que en móviles y rasos
Campos sin edificios ven fracasos.

Cuanto lejos allí la vista alcanza
Es turbulenta faz que aspectos niega;
Niega al marchar y al asistir bonanza
Lo polvoroso que la Libia anega:
Si el atónito vulgo hace mudanza,
Es con la noche, en que a los astros ruega
Le den su norte, que observando el Polo,
Cual navegantes se gobiernan sólo.

Ya cuando el militar concurso apenas
Contrastando a los átomos y al viento
Se adelantó en las líbicas arenas,
Donde esperó hábitable y firme asiento;
El nuevo clima aceleró en sus venas
Pulsos turbados de calor sediento;
Porque los soplos descaeciendo australes
Dió calma el sol a golfos de arenales.

Huyó el Austro, y en cárcel tenebrosa
Del antártico mundo escondió el vuelo;
Impera la solar llama fogosa
En el aire desierto y mudo cielo:
Arde en sus playas el arena ociosa
Que antes volaba permutando el suelo;

Y en Libia juzga la legión latina,
Que por ascuas de encelado camina.

El pecho en lo exterior es agua, y den
La sed es fuego; en la campaña acaso
Halló un soldado por dichoso encuentro
Humidas señas de arroyuelo escaso:
Apenas pudo en el licor del centro
Llenar el yelmo que eligió por vaso;
Y abstigente del agua que apetece,
A su caudillo liberal la ofrece.

Del refrigerio mínimo pendientes
Los guerreros fijaron la abrasada
Vista en Catón, y las sudantes frentes
Celando mal la envidia recatada;
Él por templar los ánimos ardientes,
Vuelto al soldado, dijo: "Ofrenda errada
Es la tuya, no alivio de mis penas,
Pues cuando me socorres me condenas.

"¿Soy por ventura el único entre tantos
Que a la primera sed vendido miras?
Ceden tormentos a designios tantos,
Su valor pierdes si al descanso aspiras."
El yelmo entonces derramó, y a cuantos
La acción miraban, y decentes iras

Satisfizo el licor, que dividido
Inútil fuera, no lo fue vertido.

"El ardor todos respirando intenso
Llegaron donde inculto el Garamanta
Con pobres gomas de oloroso incienso
Al cornífero Amón aras levanta:
No con trisulco rayo o con suspenso
Brazo se ostenta allí la deidad santa;
Mas como el Aries de la zona eterno
Muestra en las sienes retorcido el cuerno.

No los dones allí del Pítio Apolo
Lucen, ni adornos de opulenta copia,
Aunque es el solo templo y el dios solo
Que honra el indio y la Arabia y la Etiopia
No hay ara tan humilde en nuestro Polo,
Júpiter juzga la riqueza impropia
En aquel sitio; y es mayor decoro,
Pues le guardan sus faltas de tesoro.

Allí, fertilizando amenidades,
Informa el gremio de una selva y fuente
Ser estación acepta a las deidades,
Pues frescas ondas y verdor consiente;
Y cuando en yermos, chozas y ciudades
África toda se evapora ardiente,

Sólo el bosque de Amón goza licores,
Auras ventila, le coronan flores.

Allí el Cancro es Cenit, donde si abra
Meridional el sol secas arenas,
Tan recto hiere, que la sombra escasa
Cubre el tronco a los árboles apenas;
Pero si alguno al equinoccio pasa
Y habita zonas de comercio ajenas,
Hallará que las sombras boreales
Nuestras a tiempos les serán australes.

Allá el habitador juzga que el cielo
Baña la osas a pesar de Juno;
Los Polos distan por igual, no el vuelo
Redime de los mares astro alguno;
Recta la esfera en este paralelo,
Ni vela el giro, y en su faz Neptuno
Mira los signos sin oblicuo paso
Igualar el ascenso y el ocaso.

Aries y Libra de confín contrario
Cortan el globo en rectitud perfecta,
El Tauro a Escorpio y el León a Aquario
Se ven opuestos en adversa Meta:
Géminis corresponde a Sagitario,
A Astrea los Peces, y el mayor planeta

Luz no le da más breve ni tardía
En Capricornio que el Cancro al día.

Al umbral venerado del famoso
Templo de Amón se agrega varia gente,
Que al oráculo atentos misterioso
Le buscan desde Arabia y desde Oriente:
Hoy pues respetan a Catón, que ocioso
No mira al templo, aunque la voz frecuente
De los suyos le insiste y le convida
Que su respuesta y vaticinios pida.

Que le examine intentan, y la fama
Común de Dios repruebe o la autorice;
Pero con más licencia y fuerza exclama
Sergio ambicioso de enseñanza, y dice:
"A efectos grandes nos anima y llama
Hoy la fortuna y la sazón felice,
Pues nos propone en la difícil vía
Al mismo Jove por faraute guía.

"Ya en lo dudoso conseguir podemos
Certezas del oráculo, y en esta
Gran región proceder a los extremos,
Donde benigno el dios nos amonesta;
Quien merece le otorguen los supremos
Dioses tan grata y liberal respuesta,

Como el varón que por humano alcanza
De la divinidad más semejanza.

"Por ti nos facilita este desierto
El conversar a Júpiter; inquiere
De nuestra guerra lo esperado incierto,
Si es libre Roma, o el imperio muere;
Abre tu pecho al escrutinio cierto
De la voz sacra; lo selecto adquiere
De la virtud; consentirán los dioses
Que de su archivo los misterios gloses."

Dijo, y Catón que preferido a humano
Oráculo y deidad suple en su seno:
"¿Qué esperas, respondió, noble romano,
Que nos informe el áfrico terreno?
Amón se burlará, si ejerzo ufano
Lo que vulgar superstición condeno;
Lo honesto califican intenciones,
Suerte o suceso no mejora acciones.

"Si atiende a la virtud nuestro deseo,
Ya está su fin y acierto acreditado;
Preguntar lo evidente es devaneo,
Seguridades no averiguan hado:
Tú no me vences, Marte, si peleo
De ambiciones desnudo, de fe armado;

Si de empíreo furor rayos arrojas,
Son contra el fuerte municiones flojas.

"De estas disputas ya nací instruído
Sin que algún dios a conferencias llame;
Yo no cuestiono si es mejor partido
La cerviz libre o la coyunda infame:
Sí es vanidad lo excelso apetecido,
Y engaño que el vivir se aprecie y ame,
Si es vida igual la prolongada y breve,
Si es tiempo todo momentáneo y leve.

"También sabemos esto los humanos,
Y en el dios no hallaré mejor doctrina;
Todo en registros deducido arcanos
Tiene el fin, que una causa le destina:
No han de trocarle vaticinios vanos,
Júpiter calle, que su voz divina
Una vez habla, de una vez le exhorta
Lo más al hombre que saber le importa.

"No eligió la enseñanza este arenoso
Único sitio y limitada escuela,
Ni escondió la verdad donde dudoso
A tan pocos oyentes lo revela:
La tierra, el agua, el aire, el luminoso
Globo, y todo lugar le incluye y cela,

Y la tersa virtud por mayor modo
Es de su albergue la eminencia, el todo.

"No hay que buscarle en domicilio extraño,
Cuanto vemos es Júpiter, ni puede
Sin él hallarse objeto, o simple engaño;
El que a entender lo inescrutable excede,
Use de Amón y Febo en propio daño
Quien tristes dudas al temor concede;
Sólo ha de ser mi oráculo la muerte
Cierta, y no ambigua al tímido y al fuerte.

"Esto sólo que Júpiter nos diga
Es útil más que cuanto inmenso oculta."
Así Catón a los que enseña obliga
Que el templo excluyan sin tentar consulta:
No su respuesta anfíbola investiga,
Ni le infama, o sus glorias dificulta;
De las aras se aparta y al dios deja,
Si no con mayor crédito, sin queja.

Precede a las escuadras, y desdeña
No ser quien más incómodo camina;
No impera o manda, con su ejemplo enseña
Sufrimientos y súbditos domina;
No por alivio o pompa en monte o breña
Le exalta el carro, ni a su planta inclina

Cerviz humana, ni menor coyunda
Que en el de todos su descanso funda.

Es partícipe tardo el alimento,
Al reparo de sombra, al sueño leve;
Siempre a los suyos vió beber sediento,
Y ninguno lo está si Catón bebe:
Si al valor llaman rectitud de intento,
A cuyo esfuerzo sólo honra se debe,
Sin conceder a lo dichoso alguna;
Esto es valor, y lo demás fortuna.

Hazañas, triunfos del varón más fuerte,
De magnánimos Héctores y Aquiles,
Todo en concurso de Catón fue suerte,
Lauro a sus paces rendirán las lides:
¡Oh mayor Martel!, no el combate o muerte
Codicies, no; que si desiertos mides
No militante, en vagos hemisferios
Te ilustras más que propagando imperios.

El sabio en armas emular quisiera
Más el triunfo que hoy gozas africano,
Que los tres de Pompeyo, aunque venera
Tanto mundo el blasón por soberano.
Mayores aras dedicar espera
A ti mayor que la excepción de humano;

Y por deidad sin alusiones de hombre,
Rendirte votos y jurar tu nombre.

Al clima llegan, donde Febo apenas
Consiente habitador, donde concibe
El suelo brasas coligando arenas,
Fuente nace tal vez, pero no vive;
Del centro allá por avarientas venas
Turbio licor descubren, que recibe
Breve lago, y en márgenes ardientes
Número vario hospeda de serpientes.

El ponzoñoso ardor refrigeraba
La cerasta en las ondas que calienta;
Allí la dipsa se sumerge y lava
Del grato humor hidrópica y sedienta:
Al romano escuadrón temORIZABA
Intacta el agua, aunque su vista alienta;
Reclínanse al estanque, y de su seno
Huyen con sobresaltos de veneno.

Catón duda lo mismo, y cuando advierte
Que la sed es peligro aun más seguro,
Con diestras voces el horror divierte,
Que dió a sus gentes el cristal impuro:
"No temáis, dice, no hay contagio o muerte
En venas que el humor engendran puro,

Y el agua en que habitó la sierpe o hierba
Más infestada, aun sanidad reserva.

"Bebed seguros, que jamás serpiente
Por este medio nos será ofensiva;
Sólo bañando en nuestra, sangre el diente
Comunica infección, hiere nociva."
Así propone, y con alegre frente
Sobre el bañado margen se derriba,
Y con más riesgo que elocuencia y arte,
Del dudoso veneno bebió parte.

Salud halló en la acción, que presuroso
Imita sin temor todo guerrero,
Sola esta vez se atribuyó ambicioso
La precedencia de beber primero:
No hay desvelo que acierte aunque estudioso,
Porque este sitio es singular terrero,
En cuyo blanco la región sublime
Flecha impiedades y ponzoña imprime.

La voz del tiempo que noticias ama,
Supla escrutinio más atento o musa,
Y las causas deduzca de la fama
Que hoy esparcen memorias de Medusa:
Adonde Atlante occidental derrama
Últimas vegas, y con luz confusa

Mueres, ¡ oh soll, se abriga un campo ameno,
Después inculto y montaraz terreno.

Entró Medusa en él, cuando abundante
Gozó en dorada mies fértil arista;
Mas fue motivo su eficaz semblante,
Que frutos pierda, que peñascos vista:
Lo estéril, pues, se eternizó constante,
Por ser Medusa un monstruo, cuya vista
No consintió por cualidad celeste
Mejor semilla que veneno y peste.

Forman su greña, en que a Megera iguala,
Víboras y serpientes; de éstas hizo
Trenzas a veces por adorno y gala,
Y compartió sobre la frente el rizo:
En cuello y pecho el áspid se regala,
Imita su cabeza al crespo erizo,
Cuando el vivo cabello sin concierto
Tiende ramales de culebras yerto.

Si le peina tal vez, gime sujeta
La víbora, y le muerde el duro seno,
Tuerce el cuello y la lengua de saeta,
Humedeciendo el peine en su veneno:
Cuando el castigo con crueldad decreta,
Funda su efecto en el engaño ajeno,

Pues quien la mira en piedra se convierte,
Donde ni vive ni padece muerte.

No expira ni agoniza el transformado,
Menos le aguarda el trance repentino,
Que en la peña el espíritu cerrado
Jamás para dejarla abre camino:
Allí a su vista por descuido errado
Residió jaspe, el que viviente vino
Pastor o fiera, y con impulsos graves
Llovieron piedras, si volaron aves.

Allí el alcón bregando, y la arrogante
Garza, que esferas diáfanas pasea,
Ocurrió acaso; y el atroz semblante
Dió treguas de peñasco a su pelea;
A los canes y corzos semejante
Hielo y al suelto cazador saltea;
Prende igual pasmo al jabalí y sabueso,
Y es sólo un risco la prisión y el preso.

Medusa vió su habitación poblada
De estatuas mil que figuró sin mano;
Aun el pendiente arroyo es piedra helada,
Las plantas mármol y pizarra el llano;
Creyó naturaleza amedrentada
Fraguar de un solo risco el globo humano;

Si la gorgonia faz le mueve guerra,
Creyó la tierra carecer de tierra.

Los mares y los vientos la temían,
Los dioses conversarla recelaban;
Aun sus cabellos áspides huían
De ver el gesto cuya frente ornaban:
Las mauritanas ondas se desvían
Hoy recelosas donde Atlante lavan,
Atlante, cuyo ser guardando el nombre,
Monte le vemos, y le vimos hombre.

Transformóle Medusa y semejantes
Señas flegra dará del monstruo fiero,
Donde tradujo montes de gigantes,
Y estupor mudo de furor guerrero:
Del ya difunto ceño los semblantes
Operaban así, porque el primero
Vigor y actividad guardó infundida
La cabeza aun del tronco dividida.

Fue sagaz medio de su muerte Palas,
Y consiguió la misma actor Perseo,
Cuando el vuelo encumbró en talaes alas,
Rigiendo alfanje en vez de caduceo;
Ostentáronse bélicas sus galas,
Claro pavés intercedió al trofeo,

En cuyo espejo, que el peligro excusa,
Vió, sin mirarle, el rostro de Medusa.

Buscóla a tiempo que del suelo opresa,
Aun las víboras duermen de su frente;
Velan algunas, y a estorbar la empresa
El cuello estiran rechinando el diente:
Hizo en todas su mano férrea presa
Con el escudo, que mirar consiente
Sólo espejado el trémulo cabello
En cuanto le segó la diestra el cuello.

¿Quién dirá de aquel ceño la espantosa
Moción, cuando ya el ímpetu homicida
La cerviz destroncó, y en sanguinosa
Espuma al expirar dejó la vida?
Los orbes de sus ojos con rabiosa
Preñez revientan por llorar la herida;
Las sierpes silban, y con ira extrema
Rectas erizan hórrida diadema.

Con la cabeza en la siniestra mano
Sus alas juega el triunfador guerrero,
Y desdeñando el límite africano,
El vuelo contra Europa alza ligero:
Palas divina con efecto humano,
Que infeste impide fértil hemisferio;

Y al sitio la conduce, en cuyo mundo
Siempre es adusto el sol, nunca fecundo.

El vuelo a Libia dirigió Perseo,
Donde jamás verdor se engendra o vive;
Instila allí su sangre el rostro feo,
Y en funestas arenas muerte escribe;
Presto el llovido humor logra su empleo
En el cálido seno, pues concibe
Todas sierpes, y adúltera se extraña
De ponzoñas preñada la campaña.

Así el suelo vacante, que aborrece
Frutos y hierbas, fuentes y licores,
Los de Medusa admite, fragua y cuece,
Sazonando venenos con ardores,
La víbora primero nace y crece
Preferida ministra de rigores;
Pues nunca menos que mortal lastima,
Ni habitar sabe saludable clima.

Pero en vano la extraña región cría
Al áspid, cuando ya por fin sangriento
Comercia en venenosa mercancía
Roma, y le busca en Libia el nacimiento;
Inovando terror al sol y al día
Se engendró allí famélico y sediento

El hermorrois, la dipsa y el quelidro,
Y en mar y tierra el morador Quersidro.

El Yáculo volante, la Parea
Que enhiesta como báculo camina,
La natriz, que en el mar fondos pasea,
Y la cerasta de flexible espina:
La sepis, que con más fuego pelea,
El amódite, que sagaz se inclina,
Y la piel no distingue de la arena,
La del rostro biforme anfisibena.

La sangre de Medusa, pues en este
Sitio produjo el basilisco armado
En lengua y ojos de insanable peste,
Aun de las sierpes mismas recelado:
Allí se jacta de tirano agreste,
Lejos hiera en ofensas duplicado,
Pues con el silbo y el mirar temido
Lleva muerte a la vista y al oído.

En alas de oro soberano asiste
Allí el dragón, que volador brillante
Cual sacre al suelo desde el viento embiste,
Buscando cebo en el ganado errante:
Al proceloso encuentro no resiste
Toro, rinoceronte, ni elefante,

Que su bufido y golpe es rayo y trueno,
Y mata sin expensas de veneno.

En esta, pues, campaña poseída
De sola sierpes y arenal desierto
Entre el caudillo, que al valor convida,
Y en lo ignorado se supone experto,
Prodigios, muertes de avarienta herida
Vió resultar, y de contagio incierto;
Aulo, que rige la imperial bandera,
La adversidad calificó primera.

Tentó el peligro, y con soberbia planta
Hollar quiso la dipsa ágil serpiente,
Que con súbita furia se adelanta,
Y en la desnuda piel le imprime el diente;
Allí su fuego deposita, y tanta
Perversidad ni se recela o siente,
Que la sutil herida incendios traza,
Y por ser destrucción no es amenaza.

Mas ya el veneno oculto penetrante
En las arterias suelto se derrama,
Su no advertida agilidad fue instante,
Trasmina el hueso, la medula inflama:
Todo humor huye a extremidad distante,
Cual se destila ardiendo húmeda rama;

Las entrañas son fuego, arde con ellas
La vista, y vibra el párpado centellas.

Él se enfurece, el militar respeto
Pierde a Catón, pues de la mano arroja
La sacra insignia, la coraza y peto
Desgarra, y partes de la piel despoja;
No obedece, no escucha algún preceto,
Ni el halago o rigor le desenoja,
Corre veloz huyendo de su llama
Al mar, y allí como las ondas brama.

En las escarchas del Danubio ardiera;
Pero el áfrico sol, que recto influye
La adustión acrecienta y acelera,
Con que a la dipsa el cargo disminuye:
Y en alto fondo esconde su carrera,
Huye de Libia, de sus miembros huye,
Y como brasas apagarlos quiere,
Reside golfos y en incendios muere.

Contra el fuerte Sabelo el cuello tiende
La sepis, monstruo en mínimo sujeto,
Sierpe es apenas, y al rigor que emprende
Aun dificulta créditos su efeto;
Hiere esta vez, y de remiso ofende
Imperceptible lo eficaz secreto;

Desfrena al fin celeridad traidora,
Y a duras carnes público devora.

Licor las hace cárdeno y espeso
Donde anegados del contagio aleve
Nadan los miembros desnudando el hueso,
Cuyo despojo en las arenas llueve;
Convertido en humor tiznado y grueso
Aun vive el cuerpo, y le sepulta y bebe
Libia en licores, que la misma tierra
Huella Sabelo, que a Sabelo entierra.

Aunque no toda el suelo regar puede
La porción despojada al cuerpo vivo,
Parte en humo resuelve, y la concede
En alimento del veneno activo;
Este es carácter, es buril, que excede
A singular portento sucesivo,
Pues nervios, ataduras rompe, estraga,
Y en huesos, que taladra, imprime llaga.

Líquido al joven evapora y vierte,
Ni allí dejan las llamas homicidas
Vestigios de hombres, ni señal de muerte;
¡Oh sepis, sin ejemplo en tus heridas!
La sierpe en que el veneno obra más fuerte,
Procede sólo a consumir las vidas;

¡Oh cuánto más de actividad presumes,
Pues vidas y cadáveres consumes!

Sigue tu hazaña el Préster espumoso,
Bien contraria en efectos exteriores;
Acomete a Nasidio, que animoso,
Tienta en vano resguardos luchadores:
No le disuelve en fuego ponzoñoso,
Antes le ensancha en miembros, y a mayores,
Tal que imita en lo basto su figura
Rudo entalle de bárbara escultura.

Por más y más hinchado desaparece
Su aspecto, que al humano ser confunde;
En carnes propias, que dilata y crece,
Se esconde él mismo, se aniquila y hunde;
Falta Nasidio, cuando el mal le ofrece
Copia mayor en que su forma abunde,
No hay miembro ya, que los perdió su aumen-
Y cuerpo le negó lo corpulento. [to,

Quiere moverse, y rueda circundando
De propia esfera, en cuyo centro expira
Tan extenso en la piel, cuanto el preñado
Lienzo naval, que en las entenas gira:
En circular cadáver transformado
Mereció carecer de entierro o pira,

Que por sepulcro de materia eburna
 Suple, y Nasidio de Nasidio es urna.

Al ilustre, Sabino muerde en tanto
 Sierpe que influye pravidad sangrienta;
 Corre el veneno a todo centro, y tanto
 Penetra y labra, que la piel revienta;
 Luego es sangre el sudor y sangro el llanto,
 Toda vena le gasta y le acrecienta,
 La piel se esconde en sangre, ni se libra
 Del contagio algún poro, nervio o fibra.

Los miembros se derraman por las venas,
 Cifra mil llagas una confundida,
 Que todo un cuerpo la contiene apenas,
 Todo le hiere, es mayor la herida:
 Venció tu muerte, ¡ oh Lesbio!, a las ajenas
 Por fácil y veloz; que introducida
 La malicia del áspid a tu seno
 Sentiste en elabismo a su veneno.

Muerte es, la tuya, no mortal congoja,
 No Hay vida cuando el ánimo lo sabe,
 A las sienes el Yáculo se arroja
 De Mario, y mata sin que el diente lave:
 Comparada a su impulso es tarda es floja
 La lanza, el rapto de la flecha es grave;

Pues barrenando la cabeza y frente,
Vuelos prosigue la sutil serpiente.

Formóla el cielo venenosa en vano,
Sobra el veneno si el taladro basta:
Con rigor simple a Nébulo y Silvano
Consumió la salpinga y la cerasta:
Muzio hirió un basilisco y a la mano
La ponzoña voló escalando el asta,
El hierro vencedor tan mal evita
Muerte, que su remedio la agilita.

Aunque no muere, que la fiel siniestra
La espada empuña, y con rigor piadosa
Corta sagaz la detestable diestra
Ya cárdena y mortal por venenosa;
Morir la mira en escarmiento, y muestra
De mayor plaga que estorbó forzosa;
Se alegra y llora, y el despejo entierra
Que llora y pierde en saludable guerra.

Así al vagante ejército ni el día
Daba reposo ni el silencio obscuro;
No algún lugar selvático ofrecía
Para el sueño menor puesto seguro;
Arenas, que la noche tarde enfría,
Son lecho, y en la niebla y cielo puro

Halla el que duerme novedad que ignora,
Y supernumerario estrago llora.

Pues la sierpe, que helada con el viento
Nocturno y denso su malicia pierde,
Con atracción al cuerpo soñoliento
Entre sus miembros se acalora y muerde:
Aun no divisan habitable asiento,
Útil campaña ni distancia verde;
Y atentos sólo al estrellado manto,
Ni saben donde se camina, o cuánto.

Ya clama libre alguno: "¡Oh soberanos!
Restituidnos al rigor primero
De la Tesalia, no en vigos vanos
Contravenga al civil riesgo extranjero:
No mueran en la paz pechos y manos,
Votadas a los cortes del acero;
Si es paz donde a pesar de agudas astas
Lidian por César dypsas y cerastas.

"Lo mortal, que moderno padecemos,
No hay en todos quien áspero lo arguya:
No te culpamos, África, ni vemos
En inclemencia tanta alguna tuya:
Tú el veneno escondiste en los extremos
De este confín, donde comercios huya;

Porque si bien su arena sierpes cría,
Pudo el mundo ignorar que las había.

"Pero aunque más las niegas y divides
Nuestra temeridad las busca y huella,
¡Oh tú (quien fueres), que deidad presides,
Do influye monstruos ponzoñosa estrella:
Si la venganza consiguiente pides
De nuestro osar, y alcanza tu querella
Su fin, más de tu parte no le alcanza,
Porque el delito mismo es su venganza.

"Debemos lo benigno atribuirte
De guarecer tus recatados senos;
Allí la zona adusta, aquí la sirte
Aprisionan serpientes y venenos:
Nuestro furor, que atin osa corregirte,
Tienta su estrago en límites ajenos;
Exceso, que la pena trae consigo,
Sólo es delito, fáltale el castigo.

"Y es de temer que invente la fortuna
Suplicio nuevo que el temor no entienda,
Y adversidad nos amenace alguna,
En ministerios celados estupenda;
La sima occidental del sol y luna,
Y no al reino de Juba, recta senda

Seguimos, pues el ánimo presente
Que le separan de región viviente.

"Extremidades infimas son éstas
De lo humano, y aguardo un mar desierto,
Que las tierras concluya, y en funestas
Ondas sepulte rayos del sol muerto:
Entonces sólo no serán molestas
Pasadas penas, que lo vario experto
De otras mayores nunca prevenidas
Favorables harán las padecidas.

"Creeré que el semicírculo del suelo
Corrimos, que esta zona se adelanta
Al Austro, y en contrario paralelo
Yace antípoda Roma a nuestra planta:
Funesto sitio, pues le pido al cielo
Lo que supuesto en paradoja espanta,
Que en descuento al temido último trance
César que nos persigue, nos alcance."

El campo así la indignación divierte,
Y Catón que sus ánimos conquista,
No a los tormentos sólo, aun a la muerte
Es diversion y antídoto su vista:
No en tantos pechos hay dolor tan fuerte,
Que en su ejemplo lamentos no resista;

Lo doliente y mortal son sus despojos,
Son medicina su silencio y ojos.

Inclencias suaviza, enjuga llantos
Con mirar sólo el padecido ultraje;
Pero ya el cielo entre rigores tantos
Les dispone benévolo hospedaje:
Médicas artes preparó y encantos
Rigiendo por los psilos su viaje;
Feliz nación, que venenoso habita
De Libia el suelo, y su veneno evita.

En provincia común a las serpientes
Goza este vulgo habitación segura,
Preferido en salud a nuestras gentes,
Debiendo al aire calidad más pura:
No sus arenas inficiona ardientes
Febo, aunque pulse del cenit la altura;
Las sierpes todas desarmadas llegan
A su comercio, y en sus palmas juegan.

Si allí alguno recela que en su esposa
Procedió el hijo de hospedaje externo,
Con industria aplicar suele celosa
Áspid o basilisco al niño tierno:
Si no le ofenden, es lealtad forzosa
La que se infiere del honor materno;

Y si ofensa recibe, es cierto indicio
Que de extranjera sangre admite vicio.

Los hijuelos así constante aplica
A exámenes del sol con vista atenta
Águila, que lo noble purifica,
Y el adúltero parto experimenta;
El que a la luz repugna verifica
La indigna raza que su línea afrenta,
Y el que los rayos toleró constante
Le ministra los suyos al tonante.

No en propia defensa limitan éstos
El preservado fuero, que en la ajena
Aun le ejercitan a sanar dispuestos
Al ofendido que aportó a su arena;
Si la víbora en páramos repuestos
Muerde al incauto, o bien la anfisibena,
Medicina les da la experta mano;
Hoy, pues, la goza el escuadrón romano.

Allí estrechas aloja sus banderas
Catón, y el pueblo que le cerca en tanto
Con precauciones útiles primeras
Saluda el sitio en respetable canto;
De sus voces urgentes y severas
Las sierpes huyen con veloz espanto;

Aplica hierbas en contorno, y luego
Su diversa virtud concuerda el fuego.

El abrótno allí de mal perfume
Alza llama, y la fértil centaurea,
El costo y el peucédano presume
De incendio no menor que el pino y tea:
Sus verdores el lárice consume,
El tapso, el tamariz, la panacea
Arde en concurso de una y otra hierba,
Bien como rama el cuerno de la cierva.

Tal se preservan del instante agravio,
Y al que ya gime venenosa ofensa
Tanto de activo le percibe el labio,
Que milagrosa operación dispensa;
Produce ocultas calidades sabio,
Con fácil diente las heridas prensa,
Y se rinde el veneno, donde toca
Sola virtud de la espumanté boca.

Signos stampa, y los humores chupa
De obscura sangre el que saluda atento;
Y aunque embaraza el respirar, se ocupa
En proferir un murmurado acento:
Antes que el jugo ponzoñoso escupa,
Consulta al blando paladar y aliento,

Y la lengua veloz juzga advertida,
De cuál serpiente procedió la herida.

De esta piedad y curación segura,
Reparados los fuertes escuadrones,
Con más templado sol y aura más pura,
Excluyeron las cálidas regiones:
Dos veces deslumbró su forma oscura,
Y dos llenó del globo las porciones
La luna, sin que límites ajenos
Hallasen más que ardores y venenos.

Ya, pues, gozan y ven gratas señales,
El suelto polvo se solida y cierra,
Sitio afirman los blandos arenales,
Suelo endurecen, ya la Llibia es tierra:
No esconde tan avara sus cristales,
Matiza de verdor tal bosque o sierra;
Luego en fe de habitables las campañas
Lo autorizan con chozas y cabañas.

¡Oh cuánto recupera, oh cuánto anima,
Tal mudanza a los bélicos varones,
Y que en señal de mejorarse el clima,
Tigres encuentran, fieras y leones!
Siendo rigor, felicidad se estima,
Pues las víboras cesan y dragones,

Llegan al fin a Leptis, donde el cielo
Ni al sol irrita, ni entorpece al hielo.

LIBRO DÉCIMONONO

César victorioso busca a Pompeyo. Embárcase con el ejército, y pasa a las riberas de Asia, junto a las ruinas de Troya.

César, después con valor sangriento,
Venció al mundo en Farsalia, aun no aplacado
Siguió a Pompeyo con desvelo atento,
Aun de sus guerras íntimo cuidado:
Vana su industria redundó al intento,
Pues confuso, y de errores informado,
Dió tiempo a ausencias y a mayor destierro,
Pero al dichoso es favorable el yerro.

Al fin siguiendo fama no tan ciega,
Con ejército en frágiles bajeles
Entra en los mares de Pelasgia, y llega
Al Ponto, que dedica el nombre a Heles:
Donde con alto honor la musa griega

Canta infelices los amantes fieles,
Héro y Leandro, y con igual gemido
Aun llora Sexto, y le responde Abido.

Él recata y suspende temeroso
El pie, y absorta elevación concibe,
El varón respetando belicoso,
Que por la griega trompa aun vence y vive,
¡Oh sacro ardor, oh acento poderoso!,
El que incesante duración prescribe,
Reservando vivaz cuando desvía
Darse a las Parcas, ¡oh inmortal Poesía!

"No envidies, César, un sepulcro rudo,
Que el nuevo canto de la musa ibera
Puede lo excelso, que el de Grecia pudo,
Y en mi Farsalia el tiempo te ven era:
No algún siglo será en tus glorias mudo,
Blasón de eterno por mi voz te espera,
Ni temo que en horror de olvido ciego
Se obscurezca mi aplauso antes que el griego."

Ya que en el sitio memorable anciano
Dió al ánimo alimento y a los ojos,
Súbitas aras construyó el romano
De mal compuestos céspedes y abrojos:
Enciende llama, y con piadosa mano

La colma de aromáticos despojos,
Ofrece voto por la acción felice,
Que bélico fomenta, y así dice:

"¡Oh vos, que en breves urnas, y ruinas
Gozáis dormida paz, huesos helados,
Héroes troyanos, almas ya divinas,
Que aun estos polvos no olvidáis sagrados!
¡Oh tú, que las regiones hoy latinas
Honras por tu Lavinia! ¡Oh venerados
Penates frigios, esplendor dardanio,
Gloria a los Julios desde el noble Ascanio!

"En este original antiguo asiento
Vuestro os dedica un sucesor altares,
Agilidad el éxito al portento,
Que es de mis hechos timbre, militares:
Yo os daré muros de imperial cimiento,
Y agregados emporios populares;
Debido es, Asia, que en mi ejemplo veas
Correspondida la piedad de Eneas.

"Si Troya nos ha dado teucros muros,
Los mismos debe darle ausonios Roma."
No dice más, y con afectos puros
Ceba la llama en repetido aroma:
Suelos globos el aire esparce oscuros,

Que exhala en humos la fragante goma;
Deja las aras, y en confín remoto
Ya busca efectos del acepto voto.

Vuelve a sus naves con alegre aliento,
Donde el piloto liberal dispensa
Francas las velas, y entregado al viento,
La del mar surca latitud inmensa;
¡Oh cuán veloz cortando el elemento
La detención troyana recompensa!
Ya excluye de Asia las riberas todas,
Ya en otros mares se adelanta a Rodas.

Siete veces los límites había
Lustrado Febo del Oriente claro,
Cuando en lóbrega noche descubría
César la antorcha de la egipcia Faro:
Esperó cauto al renacer del día,
Y al alto fondo cometió su amparo;
Ya con la nueva luz ve la ribera,
Do Alejandría popular le espera.

Lejos mira; contempla recatado
El sitio infiel que el Nilo fertiliza;
Teme a Pompeyo en armas coligado
Con los egipcios, por quien ya es ceniza:
Viviendo fue del César despreciado,

Y muerto (¡ oh vanidad!) le atemoriza.
 ¡Oh humano error! ¡Con ignorancia cuánta
 Lo adverso alegre, lo dichoso espantá!

"¡Cuán presto César de adversario amigo
 Resultarás, y de feroz clemente!
 Porque a tus ojos puesto el enemigo,
 De no haberle ha de dar seña evidente:
 Pompeyo mismo te será testigo,
 Que no hay Pompeyo, o le verás ausente;
 Su estrago te supone honra y grandeza,
 Si le imaginas, si le ves tristeza.

"Del egipcio confín ligero lino
 Suelto impele un bajel que el golfo admite;
 Trae la cabeza al vencedor latino,
 Que ya la suya coronar permite:
 No allí Septimio, Aquilas o Fotino,
 Por ministrar la legación compite,
 Que su rey, por que al César agasaje,
 Comete nuevo sátrapa al mensaje."

Teodoto es ya ministro; éste escondía
 El don horrendo en un cendal hermoso;
 Llega ante César, y la ofrenda impía,
 Con voz alegre abona cauteloso.
 "¡Oh varón, dice, a cuya diestra fía

Sus glorias Marte! ¡Oh numen belicoso,
Que superando a lo imposible humano,
Tus ausencias dan triunfos a tu mano!

"Aunque domaste cuanto alumbra Apolo,
La suprema victoria que apetece
Tu esfuerzo ignoras, y la debes sólo
Al rey de Egipto, que a tus pies la ofrece:
Siguió a Pompeyo tu furor, buscólo
Por campañas y golfos, y apetece
Tanto su muerte, que obtenerla fuera
Gloria en las tuyas última y primera.

"Este, pues, grande singular trofeo
Sin tu noticia conseguiste ausente,
Y sin guerra ni sangre; aun tu deseo
Presumió lejos lo que ve presente;
Tu enemigo al favor de Tolomeo
Ocurrió, conspirando armas y aente
Contra las tuyas; pero vió trocada
La Facción y su muerte en nuestra espada,

"¿Qué mayor prenda confirmar pudiera
El tuyo y nuestro amor? La esclarecida
Sangre del gran Pompeyo confedera
Nuestra paz a inmortal vínculo unida:
Tuyo es Egipto, por señor te espera,

Y con los intereses te convida,
 Que en Tesalia ofreciera tu largueza
 Por la muerte del Magno y su cabeza.

"Digno se agrega a la milicia tuya,
 Quien poderoso en el civil suceso
 Le otorga el cielo que tu lid concluya,
 Y al imperio te allane franco ingreso:
 Ni por fácil la acción se disminuya,
 Que es más fineza y cargo en nuestro exce-
 Debiéndose a Pompeyo quebrantalla, [so
 Que superarle en lícita batalla.

"Huésped de Egipto fue, cuya corona
 El rey antecesor debe a su mano;
 Tú, pues, reprueba, César, o tú abona
 El hecho como célebre o profano:
 Hónrale, aunque le culpes; galardona
 Error que es triunfo tuyo, porque en vano
 De inclemente o severo le interpretas,
 Si excusa que tú mismo le cometas."

Así le arguye, y desenvuelto el velo
 Descubre la cabeza, que ofendida
 De antigua muerte con horrible hielo
 Toda su forma ofrece desmentida;
 Huyó de aquella vista el sol y cielo,

César miró la ofrenda aun mal creída,
 Y no cupo al cebarse en los despojos
 Su espanto y raptó en el semblante y ojos.

Sus pies tiemblan, su pecho mal respira,
 Cópia es su faz de la, difunta frente;
 Huyen del alma los afectos de ira,
 Piedad sola es el íntimo accidente:
 Si amenazó cruel, débil suspira,
 Aun él se ignora, y transformarse siente,
 Porque jamás tan impensado y presto
 Se vió un extremo producir su opuesto.

Si Tesalia sangrienta eran sus gozos,
 Traidora Egipto en su lamento; y tanto,
 Que siguen al dolor tiernos sollozos,
 Y éstos apenas los desfoga el llanto:
 El que ver pudo itálicos destrozos
 Con dura frente, y con despecho tanto
 Rompió y holló falanges, viendo ahora
 Muerta una faz, se turba, tiembla, llora.

Mas ya el llanto es furor, bien que al pri-
 Militar y enemigo contradice. [mero
 "Pues a Teodoto vuelto, aparta, ¡ oh fiero!,
 El don funesto de mis ojos, dice;
 Tu rey solo, en su paz torpe guerrero,

Estos horribles triunfos solemnice,
 Que en la enorme traición que ha cometido,
 Más, que Pompeyo, es César ofendido.

"La gloria, el fin que mis intentos mueve
 Pierdo, que es dar a los vencidos vida;
 Tanto honor me defrauda Egipto aleve,
 Por árbitra del orbe introducida;
 Pues cuando Roma aun competir no debe
 Con César, ni consiento que se mida
 El del Senado con mi imperio, veo
 Que me impera en las armas Tolomeo.

"Pudiera fácil compensar mi mano
 Su atrocidad, y darle la cabeza
 De su Cleopatra, si el amor de hermano
 No fuera en él irracional fiereza:
 Ni me distingues, príncipe villano,
 De Pompeyo en tu dádiva y largueza,
 Que, no al amigo, al vencedor caudillo
 Previno estas ofrendas tu cuchillo.

"Defiende mi tesálica fortuna
 Hoy mi cuello, y la misma es homicida
 Del supremo campeón que vió la luna,
 No tú en quien halla lo infeliz su herida:
 No temí a Italia, ni venganza alguna

A mi asunto civil constituida,
¿Cuál presunción sospechará que alcanza
Romano agravio, egipcia la venganza?

"Huyera de estos males al extremo
Más contrario, bogando peregrino;
Pero diréis que os huyo porque os temo,
Y es la causa total que os abomino:
Arribe al margen que aborrezco el remo,
Y si el rey vuestro al galardón previno
Sus esperanzas, al perdón le admito;
Premio es grande, si advierte su delito.

"Goce (excusando el crimen) este indulto
Su edad; y todos por enmienda al yerro
Daréis al cuerpo con funesto culto,
Y a su cabeza sacra heroico entierro:
Hoy conoce su espíritu en lo oculto
Mí celo, y juzga en su inmortal destierro,
Si amigo un rey le ha sido más castigo,
O más piedad que un César enemigo.

"Sienta el honor que le rendí en trofeo,
Cuando en él fue mi causa aborrecida,
Pues quiso muerte en ley de Tolomeo,
Antes que en fe de mis respetos vida:
Murió con mi esperanza mi deseo

De vincular concordia agradecida
Al mundo, pues hoy vacan los gemidos
En mi voz, y en los dioses los oídos.

"Príncipe excelso, yo esperé, aunque arma-
Te dignases vivir por blasón mío, (do
Pues lo mayor de mi civil cuidado,
Fue igualar, no exceder tu señorío:
Hicieras que en tu honor Pueblo y Senado
Perdonase licencias de mi brío,
Y tu pecho benigno, de mi parte,
Hiciera yo que perdonase a Marte."

Dice, y sus quejas disuadir procura
(No imitarlas) su gente vencedora,
Adulación juzgando más segura,
Afectar gozos cuando César llora:
No abominan el don con vista oscura,
Ni reprueban del rey la acción traidora;
Nueva lisonja con acierto errada
Pues tan opuesta al adulado agrada.

Ya la flota en las playas y arenales
Del puerto alejandrino el ancla aferra,
Donde lucharon compitiendo iguales
César y Egipto en suspendida guerra:
Lo preciso en los términos fatales

Aun el firme suceso duda o yerra,
Que en decretos divinos pende incierto
Ser Egipto oprimido o César muerto.

Fue el alma de Pompeyo medianera
Por César, y evitó el rigor del filo,
Que a morir él, la libertad viviera
Egipcia, ni domara el Tibre al Nilo:
Ya la recibe humilde la ribera,
Ríndese el mar benévolo y tranquilo;
Ya sale en tierra, y con valor seguro
Se entrega de Alejandría al puerto y muro.

Al concertado ejército sucede,
Y altivo marcha; indignase el gitano
Vulgo, porque su rey entrar concede
Con insignias de imperio hombre romano:
Él reconoce la intención, no excede
A corregirla, y con semblante humano
Percibe sólo en el rumor plebeyo,
Que no por César degolló a Pompeyo.

Cubre el recelo, o pone descuidada
Frente al confuso popular bullicio,
Suspenso mira la ciudad murada,
Y sus templos de espléndido edificio;
Contempla aquella fábrica fundada

Del macedonio en valeroso indicio: [des,
 ¡Oh tú, quien fueres, aunque imperios man-
 No hay grande nombre sin hazañas grandes!

Reverencia y pondera con tristeza
 Del tiempo y su vejez firmes despojos,
 Sin que el hermoso lustro o la riqueza
 Concedan el alivio a sus enojos;
 A nuevo objeto de mayor grandeza
 En repuesto lugar volvió los ojos,
 Donde reservan túmulos ancianos
 Reyes, que Egipto idolatró africanos.

Allí el sepulcro más soberbio encierra
 Cenizas de Alejandro el Magno, el solo
 Rayo de Marte, que asoló más tierra
 Que con los suyos ilumina Apolo:
 Cometa que amenaza sangre y guerra,
 Y que del nuestro y del oculto polo
 Fue pronóstico a un tiempo, y fue ruina,
 Símbolo de la furia cesarina.

Hazañas de Alejandro aun preferían
 Los estupendos métodos del sueño;
 Dió ejemplar no decente que podían
 Las tierras todas venerar un dueño:
 Ya que en unida paz le obedecían,

Juzgó su posesión reino pequeño,
E imperio quiso conquistar segundo,
Forjando en su esperanza un nuevo mundo.

Tentó con alta armada el Oceano
Para ausentarse a clima no entendido,
Y excluyendo fugaz el orbe humano,
Trocar por el incierto el poseído:
Naturaleza con exenta mano
Desbarató el asunto acometido,
Que osada más contra el varón más fuerte
Sabe la Parca autorizar que hay muerte.

Doméstica traición fue su homicida,
No el hierro, o fuerzas de poder alguno;
Luego la unión del mundo dividida
Sobró a mil dueños, si era corta a uno;
La tierra opresa respiró esparcida,
Sacudió libre la cerviz Neptuno,
Ni quedó de Alejandro el venerado
Más heredero que un sepulcro helado.

Allí la digna emulación y el celo
Hoy al romano triunfador suspende;
Juzga su fuego túbio en paralelo
Del macedonio, cuya llama aprende
Mayores triunfos que apercibe el cielo,

César; mas ¡ ay! que con rigor te ofende
 Mayor, pues miro amenazar fatales
 Venenos a Alejandro, a ti puñales.

Fortuna así con recompensa oculta
 Glorias destruye; ensalza Babilonia
 A Alejandro, y traidora le sepulta,
 Si fue imperial, ya es tierra Macedonia:
 Mira su ejemplo, ¡ oh César!, y consulta
 Con otro igual tu conquistada Ausonia;
 Impere en Roma tu valor; mas tema,
 Que el atroz filo seguirá al diadema.

Ya el rey, que en las campañas de Peluso
 Supo del vencedor huésped romano,
 Vuelto a Alejandria serenó el confuso
 Licencioso rumor del vulgo vano;
 Pero más cauto y pródigo dispuso
 César sus paces, que al infiel tirano
 Hizo fiel guarda y reservada prenda,
 Que de su misma ofensa le defienda.

Alejandria en su alcázar eminente
 Daba a los dos alojamiento grato,
 Donde César disfraza en aparente
 Ocio cortés el íntimo recato;
 Cuando Cleopatra recelando ausente

Riesgo mayor, si con el pueblo ingrato
Se confedera el príncipe latino,
Buscando paces a peligros vino.

Con prestas velas en bajel liviano
Alejandrinas ondas sulca y mide;
No teme a su enemigo rey hermano,
Que con férrea cadena el puerto impide.
Con intereses pródigos no en vano
A las nocturnas guardas paso pide;
Vence el oro, y relaja la cadena,
Toma puerto el bajel, surge en la arena.

Al alto alcázar con sagaz rodeo
Llega Cleopatra en sombras escondida;
Busca a César, deslumbra a Tolomeo,
De quien fue la cautela no advertida;
¡Oh egipcia bella, incendio del deseo,
Venus horrible y furia fementida,
Deshonor propio, infamia en el ajeno,
Y de las almas néctar y veneno!

Ésta pudo los vínculos estrechos
De Ulises desatar impia sirena,
Y al romano ofendió, robando pechos,
Más que al Troyano la robada Elena:
Amor solemnizó impensados hechos,

Con esta cifra de deleite y pena,
Que aun lugar hizo su terneza y arte
Con los despechos y rigor de Marte.

Tal vez por ésta el tímpano gitano
A Roma invicta fue terror, fue agravio;
Cuando el heroico Antonio humilde y vano
Adoró su beldad, creyó su labio:
Esperó en Leucas la femínea mano
Cetros de imperios, y al divino Octavio
Ríndele al triunfo, y en soberbio solio
Los altares hollar del Capitolio.

Mas quien se admira de la presta llama
Que tú alimentas, juvenil Antonio,
Si el duro esfuerzo se emblandece y ama
De César diamantino Marte ausonio;
Y cuando sangre aun cálida derrama
Del farsalio combate y macedonio,
Despojo es del amor, cambia inconstante
Fervores de valiente en los de amante.

Ya, pues, Cleopatra su beldad presenta,
Libre el cabello, que con fácil traza
Desprecia galas y donaire aumenta,
Miente descuidos y el ajeno enlaza:
Su vista, su ademán centella es lenta,

Que traidores incendios amenaza;
César cortés la escucha, y no hay sentido
Que regalos no envidie del oído.

"Si mereció, gran César, el primero
Rey Lago mi ascendiente generoso
Hallar aprecio en tu valor guerrero,
Dice, o mi agravio en tu favor piadoso,
Por ti recuperar la herencia espero
Del reino que me usurpa belicoso
Quien por mí, disfamando el ser humano,
Se transformó enemigo, siendo hermano.

"Consigues ardua acción, si mi ventura
Contraria vences, forjará tu espada
Mi trono, y en imperios ya segura
Te rendiré sublimidad postrada:
No ejemplar nuevo introducir procura
Mi ambición en Egipto, que heredada
Ha sido de ambos sexos su corona,
Así el uso y la ley mi asunto abona.

"Aunque mayor validación le acrece
El rey muerto, que en último legado
Igual reina heredera me establece,
Y esposa de este monstruo hoy rebelado;
Pero no tanto de piedad carece,

Que el precepto violara decretado;
 Si poseedor de sus afectos fuera,
 Si dueño de sus armas las rigiera.

"Pero su misma voluntad y espada
 Tiene cedidas al traidor Fotino,
 Éste reina; y si vivo despojada,
 El del rey es despojo más indino;
 Ser debe tanta injuria dedicada
 A la venganza del poder latino,
 Mi acción al cetro perderé egipciano
 Como le rija mi despierto hermano.

"Gobierne y use de elección no ajena,
 Ofenda él mismo, y su piedad alabo.
 Tú le manda ser rey, tú le condena
 A gozar la corona, a obrar no esclavo:
 Así le doy la Majestad por pena,
 Y al excusarle sujeción, le agravo;
 Que en pecho corto de imperar no amigo,
 Potestades y reinos son castigo.

"Déle su libertad quien le domina,
 No tú permitas que un ministro aleve
 Reine en su rey, y abrevie la ruina
 De África, toda, pero más se atreve:
 De Roma la imperial gloria abomina;

Trazó la muerte al Magno, insultos mueve
Nuevos, y espera del favor plebeyo
Presto igualar a César con Pompeyo.

"El cielo tanto azar lejos aparte:
Vive, ¡ oh señor!, que excelso y victorioso,
Como a Tesalia fuiste airado Marte,
Serás a Egipto Júpiter piadoso:
Puede Fotino muerto asegurarte,
E introducirme al cetro, y darme esposo:
Pues libre así del cautiverio estrecho
El rey, yo sé que reinaré en su pecho."

Persuasiva elocuente aun mal venciera
Cleopatra, si encendidas armas luego
No fulminara, y sin la voz supliera
Su beldad, más que su elocuencia y ruego:
¡ Ah beldad sola!, ya el diamante es cera,
Flaco el valor a oposición de fuego:
La vista arguye, y el silencio exclama,
El ocio es guerra, y el descuido es llama.

El que fue de Cleopatra pretendido,
Se humilla pretensor, sirve y respeta
Dichoso tanto, que venció vencido,
Halló favor que desdeñando aceta,
Del favor goza al plazo consentido,

Que apadrinó la obscuridad secreta;
Ya su milicia la delicia abona
Fiel a Venus, apóstata a Belona.

Antes fundó batallador protervo,
En la guerrera diosa alta defensa;
De la lasciva ahora débil siervo
Humilde altar de esclavitud le incienso:
Amante es dulce el combatiente acerbo,
Que ya de Egipto en posesión dispensa:
Su estado; y quiere, aunque el error conoce,
Que amor le usurpe, y Marte no le goce.

En igual trono al joven Tolomeo
Confederó con la consorte hermana;
Dióles el reino en indiviso empleo,
Prelación arrogándose romana:
Consiguió lo mayor de su deseo
La astuta reina, y del acierto ufana,
Quiere en Egipto que la paz felice
La opulencia del orbe solemnice.

Ostentó al mundo pródiga y altiva
Tesoro tal, que aun resplandece oculto,
Así en grandeza y variedad lasciva
Venció al siglo político el inculto:
Aun la piedad más célebre y votiva

Es menos hoy en el sagrado culto,
Y excedió siempre un ambicioso ejemplo
De urbanidad al esplendor del templo.

La regia sala que asistió al intento
Era alabastro y jaspes, tan costosa
Piedra da cuerpo y sólido cimiento
Al edificio; no la tierra enlosa,
No viste la pared ni el pavimento,
Que allí toda materia está quejosa,
Porque ofendida sirva, y degenera
En ministerio de menor esfera.

No el ébano oriental bruñido luce
En primorosos cortes y sutiles;
No el adorno es firmeza, y se reduce
A suplir postes y maderos viles:
Si estimador el árabe introduce,
Para emular cristales, los marfiles,
Cleopatra apenas en la estancia bella
Les deja sitio o con desdén los huella.

En parte al suelo visten, y al sencillo
Candor matiza el ágata, y guarnece;
Piedra, que pudo en delicado anillo
Ser de la mano adorno, al pie se ofrece:
Láminas áureas, que entalló el martillo,

Cubren el techo corvo, que padece
De próspero, y molesta su decoro
Sobre el primor la pesadumbre de oro.

Oro es el fondo, el friso, la moldura,
Que el artesón en ángulos comparte;
Y en los entalles que el cincel figura,
Rinde su aprecio la materia al arte:
El hondo quicio y terso es plata pura
En las ágiles puertas, cuya parte
Cubre exterior con manchas del hircano
Tigre imitadas el carey indiano.

Tronos y archivos de esplendor distinto,
En sus planos tarjetas y remates
Engastan el balax a líneas tinto,
La calcedonia y el viril y acates:
Azul turquesa y pálido jacinto,
Sardas de rosa, del clavel granates,
Y de mil piedras, por su nombre inciertas,
Forman confusa clavazón las puertas.

Al tálamo en el íntimo retiro,
Porque excepción de lo mayor se ostente,
Le dió su sangre el múrice de Tiro,
Y sus almas los nácares de oriente:
Púrpura y perlas alternó el zafiro,

Rubí y diamante en competencia ardiente;
Siempre en lo insigne en cantidad avaro,
Y aquí deslustra el número a lo raro.

Ya en tropel los solícitos sirvientes
De las provincias extranjera y propia
En edades y aspectos diferentes
Dilatan fausto con su adorno y copia:
En cortas greñas y atezadas frentes
Se distinguen asaz los de Etiopía,
Aunque naturaleza esculpe a veces
Labores de candor en negras teces.

Tierna escuadra le sigue reservada
De los eunucos a su costa bellos,
Y desmintiendo al África tostada
Purezas de marfil, de oro cabellos:
Cuya madeja espléndida rizada,
César admira, y los ebúrneos cuellos;
Pues nunca así en el ártico Danubio
Vió extremarse lo cándido y lo rubio.

Sobre tapetes índicos y estrados
Ya se reclina a liberal convite;
Dos reyes, dos coronas son sus lados,
Pero no alguno su igualdad compite:
Cleopatra en lo mayor de altos cuidados

Al traje y pompa la atención remite,
En cuyas aras fundan poderoso
Doble imperio lo artífice y lo hermoso.

No es tan culta su bárbara belleza,
Que no conspire en su favor las galas,
Puede con éstas ya su gentileza
Ser copia a Fidias, simulacro a Palas:
Rica y artificial naturaleza
De espíritu al amor, porque sus alas,
Si en hermosura simple el vuelo hielan,
Con el adorno y arte arden y vuelan.

Sobre nieve y jazmín rubio cabello
Vago se esparce por la tersa frente,
Sutil cendal permite al marfil bello
Del pecho en lo encubierto, lo aparente:
Siembran y ciñen su cabeza y cuello
Perlas que engendra prodigioso oriente;
Joyas ostenta, que a su gran relieve
Ni lo arrojado del pincel se atreve.

En su ornamento tempestad brillante,
De aljófara lluvia, escarcha de recamos,
Que disfaman el oro, que el diamante
Expenden puro en círculos y ramos:
Vence en beldad y en esplendor galante

Majestades, que eternas veneramos;
Pasos retarda en el pomposo exceso,
Que al airoso ademán la estorba el peso.

Yerras, Cleopatra, pues a César haces
De tesoros domésticos testigo,
Son tus festejos armas eficaces
Con que al huésped despiertas enemigo;
Casi provocas bélicas sus paces,
A tu obsequio dispones el castigo;
No permite lo inmenso en tus despojos
Templado afecto ni abstinentes ojos.

César no sólo con la libre lanza
Busca interés al belicoso oficio;
Curio, en quien más se abstuvo la templanza,
Hoy declinara en tu opulencia al vicio;
Burlara Atilio de la vil labranza,
Y en la estrecha austeridad Fabricio;
Su paz vendieran, codiciando varios
Dar a Italia menfíticos erarios.

En oro allí se sirve el alimento
Con diversión confusa de manjares,
Cuantos la gula investigó en el viento,
Y en los boscajes últimos y mares;
Cuantos el apetito, no el sustento,

Meditar pudo; y profanando altares
 Fue sacrílego pasto alguna fiera
 De las que Egipto idólatra venera.

De preciosos y tersos materiales
 Vasos la sed esplétidos previno;
 En cristal se ministran los panales,
 Y en mirra y nácar oloroso el vino;
 Ya se sirven guirnaldas bacanáles
 De rosa egipcia y nardo peregrino;
 Los cabellos tal vez pródiga mano
 Une en fragancias del amomo indiano.

El despejo cesáreo engrandecido
 Hoy se estrecha menor, suspenso atiende,
 Y si anhela riquezas del vencido
 Mundo, también su desperdicio aprende;
 Pobreza juzga el triunfo conseguido
 Contra el Magno, y el vínculo, le ofende
 De la fe egipcia, que sus armas ata,
 Pues no es batalla próspera la ingrata.

Después que el elemento variado,
 Cuya efusión superabunda ociosa,
 Relajó el apetito destemplado,
 Y el néctar anegó la sed viciosa;
 César cortés con elocuente agrado

Espacios de la noche expende umbrosa,
Tierno a Cleopatra, afable a Tolomeo,
Dócil a documentos de Acoreo.

Con éste, ya que en preferido asiento
Por sacro honor autorizó el banquete,
Se dilata en discurso más atento,
Cuya respuesta erudición promete,
Y dice: "¡Oh tú, que de la Parca exento
Al cielo obligas que tu ser respete,
Y antes que en noble túmulo reposes,
Tu virtud premian con edad los dioses!

"La ancianidad vestida de experiencia,
Y el sacerdocio te encomienda y fía
Por archivo capaz de toda ciencia;
Logra el saber con la enseñanza mía:
Si aquellos sabios ya de tu ascendencia
Informaron la excelsa astronomía
A Platón Aristonio, hoy ves presente
A César vencedor, no indigno oyente.

"No sólo mi pretexto belicoso
Me trae a Egipto, pues en campo armado
Fui tanto como bélico estudioso,
Y esta región me embarazó el cuidado;
Aquí espero del orbe luminoso

Registrar firme el curso regalado,
Tal que reduzca corrigiendo engaños,
A su preciso cómputo los años.

"Tanto al arte concede vuestro cielo,
Tanto la docta observación frecuente,
Propuse con igual, y más desvelo
Del Nilo introducir principio y fuente;
Y ajustar causas, porque inunda el suelo
Con uniforme temporal creciente,
Tenebrosa razón, ciegas verdades,
Que estudios siempre usurparán y edades.

"Y si mi industria y fuerza hoy puede y sabe
Hallar primordio original del río,
Perdonaré al romano, pues la llave
De las arcas del Nilo es triunfo mío."
Así propone, y el silencio grave
Provoca a literario desafío
Con el anciano, que la voz y acciones
Templa, y se ofrece a disolver cuestiones.

LIBRO VIGÉSIMO

Acoreo, sacerdote egipcio, responde a César en lo que ha preguntado de Astronomía y del Nilo.

"Porque de nuestro culto la decencia
No ofendo, César, ni su ley quebranto,
Oirás, le dice, la difícil ciencia
Que mis mayores recataron tanto:
Otros juzgan piadosa reverencia
Celar misterios en silencio tanto,
Yo, que redundo al celestial gobierno,
Gloria mayor en humanar lo eterno.

"A los planetas siete, que en la esfera
Son del raptó encontrado movimiento,
Dió su inventor actividad primera,
Que es ley a todo súbdito elemento:
El sol, archivo de la luz, impera
A los seis que se rigen por su aliento,

Los retarda su fuerza y los desvía,
Distingue el año, y de la noche el día.

La luna trivía, luminar nocturno,
Las tierras y las aguas mezcla y mueve,
Discurre tardo el frígido Saturno.
Y en las brumas produce escarcha y nieve,
Altera Marte al áfrico, y vulturno,
Tempestades fulmina, rayos llueve;
Entre otros Jove de su hielo y llama
Corrige extremos, temperancias ama.

"Cuanto se engendra y vive se sujeta
A Venus, ni a su fuerza hay albedrío;
A Mercurio Cilenio el mar respeta,
Y toda fuente, arroyo, lago o río.
Así el Nilo se debe a este planeta,
Que sin externo humor, lluvia o rocío,
Sale del Cancro, y las cerradas fuentes,
Que sella con ardor, rompe en torrentes.

"Éstas el Nilo causan derramado
En las campañas que fecundo anega,
Y retroceden cuando el sol templado
Al mayor cerco de la Libra llega:
Así el mar con desorden concertado
Límite firme a sus riberas niega,

Cuando Cintia diversa de semblantes
Sus crecientes oficia y sus menguantes.

"La antigua escuela presumió engañada,
Que en montes de Etiopia al Nilo estrecho
Nieves colman y escarcha desatada,
Tanto que a todo Faro extienda el lecho:
Notorio yerra el que supone helada
A la Etiopia, y su cristal deshecho;
Donde apenas se ven nieblas escasas,
Y en vez de hielos permanecen brasas.

"Repugna al mismo error que todo río
Si con las nieves líquidas se altera,
Es cuando el Piscis congelado y frío
Le disuelve en humor la primavera:
Mas en contraria zona el seco estío
Llena del Nilo la capaz ribera;
Y aunque en ella sus rayos el sol vibra,
La enjuga sólo el equinoccio en Libra.

"Da a los raudales el Acuario aumento,
Mas lo que logra Egipto, el Can los cría;
Templa al calor el húmedo incremento,
Y refrigera contra el signo al día:
Hay quien los mismos atribuya al viento
Favonio, que uniforme al austro envía

Pluvias, que del ocaso en vapor mueve,
Y de éstas Nilo sus crecientes bebe.

"Quieren que el mismo céfiro imperioso
En tal sazón con ímpetus iguales
Sople y levante el mar, donde abundoso
Muere y desagua el Nilo sus caudales;
Tal, que impedido el curso perezoso,
Crezca y rebalse en lechos y canales;
Y no tribute censo, antes compita
Con la ancha Tetis, cuyo golfo imita.

"Juzgan otros que el fuego exagerado
Del solsticio por quiebras de la tierra
Llama, y atrae de mundo separado
Varios licores que en el centro cierra.
Tanto que el Reno, y el Danubio y Pado,
Que en Galia, Etruria y Alemania yerra,
Conducidos de interno poderío
Prorrumpen en Egipto un solo río.

"No menos presumió el estudio vano,
Que por íntimo poro a nuestro asiento
Se trasmina el humor del Oceano,
Dulce en la sequedad de otro elemento:
Y que al tiempo encendido del verano
Mares bebiendo el sol por alimento,

Las ondas ya que digerir no puede,
Al Nilo llovedizas las concede.

"En conjeturas tantas, si la mía
Lugar no pierde, a nueva causa apelo,
Pues con sencillo afecto ser creería
Estas aguas depósitos del cielo:
Que cuando el orbe se fundó y el día
Dieron cisterna a egipcio paralelo,
No de ajena virtud o ley pendientes,
Hábiles sólo a producir crecientes.

"Y si el origen buscas recatado
Del Nilo, ¡ oh César!, no serás primero
En la acción que por ardua han deseado
Reyes de este confín y el extranjero;
Pero si bien se desveló el cuidado
Por transferir de un siglo al venidero
Enseñanza, y mi escuela es sabedora
De misterios mayores, éste ignora.

"De príncipes de Egipto y Macedones,
Tentó Alejandro el máximo y supremo
Remitir de su ejército varones,
Que ya por tierra, con experto remo
Explorasen las tórridas regiones,
Hasta alcanzar originario extremo

Al Nilo; mas vagando un tiempo acaso,
Con su ardor les cortó la zona el paso.

"Pretendiólo Sesostris, que felices
Triunfos gozando y tierras conquistadas,
Uncieron a su carro las cervices
Cuatro reyes y frentes coronadas:
Mas cuando ya en derrotas infelices
Se distrajo, y las menos procuradas
Fuentes del Po y del Ródano ver pudo,
Sólo del Nilo se advirtió más rudo.

"Cambises, persa, investigó su fuente
Con semejante error y más desvío,
Pues le llevó el asunto al indio oriente,
Donde tarde advirtió su desvarío:
Al fin toda provincia, toda gente,
Que a sus ojos le mira, busca el río,
Y a ningún rey que su dominio herede
De sí la entera posesión concede.

"Describiré la desigual carrera
Por donde el curso vagaroso extiende;
El austro ve su producción primera,
Que con derecha luz el sol la enciende:
De allí prolonga en línea su ribera,

Que a los planos del Trópico decidiendo,
Después tuerce al Oriente y al Ocaso
Con desiguales ángulos, el paso.

"Ya gozan los desiertos su corriente,
Ya la retiene el árabe cual propia,
Ya la usurpa la Libia de Occidente,
Ya en ella templa incendios Etiopia:
Tal se enajena varia e indiferente
La errátil vena, cuya fértil copia
Suircando el mando averiguar desea
Cuál provincia de fanias la posea.

"Ciñe partiendo el curso la arenosa
Circular orla de Meroe, fecunda
Isla, esparcida tanto y populosa,
Que apenas en el mar halla segunda:
En la eminencia vertical fogosa
Del alto signo su ribera abunda
De licor propagado en frescas venas,
Fertilizando estériles arenas.

"La sazón arde, y con dominio alterno
Refrigerado el Nilo es lluvia agreste;
Vence al cálido Cancro, inventa invierno
De humor terreno contra ardor celeste;
Lleva en las ondas beneficio eterno,

Sus frutos alza aquél, sus flores éste;
Ya en profundo canal discurre estrecho,
Ya extensas vegas le dilatan lecho.

"A la orilla. acercándose Eritrea
Tardo y manso los campos humedece,
Nadie su curso ve que juzgue o crea
Que jamás le acelera o embravece;
Pero cuando la cumbre señorea
Del Catadupo, y se embaraza y crece
En hervor de licores impedidos,
Vence al Ponto en horrisonos bramidos.

"De riscos siente oposición violenta,
Y con hondas frenéticas hiriendo
Peñas, después que con furor revienta,
Vierte precipitante un mar tremendo:
Rotos cristales sobre el aire avienta,
Los contornos asorda el bronco estruendo;
Y sin que ya el raudal su aspecto observe,
Corre en espumas y en borrascas hierve.

"Viendo que allí tan rimbombante el río
Furias despeña y turbulencias brama,
Ser divulgó su nacimiento frío
En aquel sitio la ignorante fama:
Luego en un valle cóncavo sombrío

Ceñida la corriente se derrama,
Y casi muerta en lo inferior se intima,
Siendo a sus ondas túmulo la sima.

"Después en los abiertos arenales
De estas vegas menfíticas respira,
Labra, dilata, explaya sus caudales,
Y en undoso horizonte a golfo aspira:
Distribúyenle al fin siete canales,
Y embravecido en éstas cuande expira,
Cual hidra abandonada de las rocas,
Guerras intima al mar por siete bocas."

En cuanto los discursos de Acoreo
Al estudioso capitán suspenden,
Aun atentos Cleopatra y Tolomeo,
Bien como extraños, de su labio penden:
En erudito, en lícito recreo
Largas horas pacíficos despenden;
Mas Fotino, que cursa en varia escuela,
A estudios sólo belicosos vela.
Dió muerte al Magno, y el ejemplo altivo
Es tránsito a imitar su alevosía;
Llama aquel ardimiento al sucesivo,
Y antiguo un yerro los modernos cría;
Ya en su estima no hay crimen excesivo,
Viendo que el más enorme precedía;

Muerto Pompeyo, el hecho nos previno
Forzosa enmienda en culpas de Fotino.

De crueldad reciente estimulado
Previno a César no diversa suerte,
Y siendo acción precisa del Senado,
Casi la usurpa, y lo fatal previerte:
Quiere a sus filos reducir el hado,
Y que envilezcan la cesárea suerte,
Que surta efectos de maldad villana
Lo que será conspiración romana.

Tanto el hecho le esfuerza precedente
(Que obró astuto y feroz sin propio daño),
Que ya en operaciones del siguiente,
Medios no elige de escondido engaño:
Descubierta invasión, guerra patente
Opone a César, que enemigo extraño
Le juzga, y osa profanar las leyes
De lealtad sacra a los concordés reyes.

Para el dictamen arduo invoca y mueve
A Aquilas confidente belicoso,
En la primera acción consorte aleve,
Caudillo en la segunda poderoso,
Porque el rey joven, y en acuerdos leve,
De su ejército vario y numeroso

Le dió tanto poder, sin dependencia,
Que aun el regio dador le reverencia.

Goza Aquilas imperio y tiranía
En las armas o egipcias o extranjeras,
Y en los términos hoy de Alejandría,
Poco distante aloja sus banderas;
A quien Fotino fervoroso envía
Exhortaciones libres y severas,
Propone la traición, su acuerdo abona,
Y así en atenta epístola razona:

"Amigo, escribe, que en el blando sueño
Dulce paz tus olvidos entretiene;
Hoy cuando César con desdén risueño
A Egipto goza y nuestro fin previene,
Cleopatra es reina y de tus armas dueño,
Por pacto y firme donación solemne;
Ven a adorarla, que mujer ligera
Te rige, y cetro femenino te impera.

"Cleopatra es hoy de nuestro rey esposa
Por serlo ayer del príncipe romano;
Así en alterno lecho nunca ociosa,
Conquista a César y al consorte hermano;
Uno le ha dado a Egipto populosa,
Otro su parte en el imperio humano;

Y nuestros cuellos amenaza opuesto
El adulterio vil y torpe incesto.

"Serán sus gozos armas homicidas
Que nos preparen criminal estrago,
Cuando en caricias dulces repetidas
Goce a su reina el sucesor de Lago:
Premio será y promesas nuestras vidas,
Que el favor compren de un lascivo halago;
Y en cuanto el rey sus gustos idolatra,
Lloraremos bellezas de Cleopatra.

"Oirá César más grato sus conciertos,
Y en nuestras penas árbitra insolente,
Con dos ministros del rigor tan ciertos,
Procederá a excesiva de inclemente:
Castigo es leve decretarnos muertos
Sin convencido cargo ni aparente;
Pues, para darnos por alevés, basta
Sólo haber sido con nosotros casta.

Por la amistad te pido antigua nuestra
(Pues más firmeza con la sangre alcanza
De Pompeyo) que des tu esfuerzo y diestra
A la ofensa, al triunfo, a la venganza:
Vuelve tus gentes a Alejandría; muestra
Cuanto en fe del valor hiera la lanza;

No así a despecho de tus armas todas
Goce Cleopatra sus ambiguas bodas.

"Llegar puedes, noturno y repentino,
E interrumpiendo su solaz vicioso,
Darla muerte en el tálamo latino,
O en el egipcio con cualquier esposo;
Ni a César temas, aunque el cetro indino
De Roma usurpa en la traición dichoso,
Que ya en Egipto el noble y el plebeyo
Es nuevo César que venció a Pompeyo.

"Nuestra púrpura es ya su sangre, cuanta
Vertió en el mar egipcio, aunque en su arena
Se escribió el galardón de empresa tanta,
Si en vez del premio al hierro nos condena:
Ni será triunfo aquél, si nos espanta
Hombre menor, nuestra muerte ordena,
Contra el amigo Magno obró el castigo
Nuestro, y respeta al César enemigo.

"Si esplendor noble por antigua suerte
No heredamos paterno, altivas obras
Suplen defectos de linaje, advierte,
Si son plebeyas las hazañas que obras:
Honre a tu sangre la que Italia vierte,
Si a César vences y sus armas cobras;

Y el vencerle no dudes, que apremiada
De nuestro muro es singular su espada.

"Ni aquélla rige; porque a Baco y Ceres
Débil se postra, a Venus y a Cupido;
Y si en la muda obscuridad le inquieres,
De estas deidades le hallarás vencido:
Y es tiempo, ya que al ímpetu aceleres
A honesto fin, pues si lloró ofendido
Por la muerte del Magno el mundo, ahora
Porque César traidor no muere, llora.

"En una noche (¡insigne beneficio!)
Dar timbre a la civil discordia esperas,
Y que festeje Europa el sacrificio,
Libia y Asia en las últimas riberas:
Lealtad te guardan el soldado egipcio
Y el romano que alojan tus banderas:
Querrá el uno en favor de Tolomeó,
De Roma el otro, levantar trofeo.

"Partid, pues, vigilantes, marchad luego
En concordia animosa de escuadrones,
Que el mérito usurpáis al voto y ruego
De los heroicos Brutos y Catones."
En Aquilas fogoso acreció fuego
Tal copia de eficaces persuaciones;

Y antes que el fin de sus palabras lea,
Da voz al arma, incita la pelea.

Sin el alto rumor del parche o trompa
(Cuando ya Febo occidental declina),
Omitiendo al partir la usada pompa,
Marcha el campo, a Alejandría se avecina:
Temen las luces, y que el alba rompa;
Mudo y suelto el ejército camina,
Donde la egipcia grey sirve no sola,
Mas tropel de romanos se interpola.

A Aquilas sirve, y sigue su preceto
Súbdito fácil escuadrón romano,
Que aun no le fuera lícito respeto
Al cetro mismo obedecer gitano;
No observa fe ni ley el vulgo inquieto
Militar; y venal siempre su mano
Los sueldos sigue, y el despojo y presa,
Calificando el interés la empresa.

Aun no dirigen éstos su malicia
A que el Senado por legal la apruebe;
Contra César los arma la codicia
Baja y servil del estipendio leve;
¡Oh reinos, cuántos alborota y vicia
La civil disensión que el cielo mueve,

Aun sin intento nuevas armas toma
 Hoy en Egipto Roma contra Roma!

No osara Egipto preferirse a tanto
 Cuando a Pompeyo vencedor siguiera;
 Es tanta guerra, pues, decreto santo,
 Júpiter rige el águila y bandera:
 Él siembra universal terror y llanto,
 Ambas facciones uniforme altera:
 Quien amará la paz, si en tal conquista
 Por soldado de Júpiter se alista.

Dispone así la Providencia eterna
 El gran cadáver desmembrar latino;
 No es Pompeyo, no César el que alterna
 La indignación, sino el poder divino.
 Yace Roma, y su ejército gobierna
 Aun militante Aquilas y Fotino,
 Y contra un César dos egipcios viles
 Osan resucitar guerras civiles.

Y venciera feliz su infame bando,
 A no impedirlo providente el cielo;
 Pues divisaron a Alejandria, cuando
 Manchaba entorpecida sombra el suelo:
 Los reyes al romano festejando
 Libres horas dilatan al desvelo,

Velan al ocio; en el palacio suena
Sólo aparato de opulenta cena.

Tránsito dan las puertas descuidadas
A su veloz facineroso intento;
Pudieran bien las bárbaras espadas
Sembrar de humano pasto el pavimento;
Y en las urnas de néctar coronadas
Rebosar colmos de licor sangriento;
Mas desprecian la noche, aunque seguro
Fin les promete a su favor obscuro.

Ciegos decretan diferir su empleo,
Porque en tumultos lóbregos turbados
No den confusa muerte a Tolomeo,
Y le mezclen, ¡ oh César!, con tus hados;
Desdeñaron por fácil el trofeo,
Y presumieron débiles soldados
Ser reparable la sazón perdida,
Que les da imperio en la cesárea vida.

La de tanta ocasión crinada frente
Verán calva, y sus plantas voladoras;
Así el impío Fotino ya abstinento
Pierde el rigor, que alarga breves horas:
Espera Aquilas con la luz de Oriente
Tremolar sus banderas vencedoras:

Juzgan tan suyo a César, que motivo
Es de jactancia entretenerle vivo.

Áureas nubes partícipes del día
Purpuraban el cándido lucero,
Cuando el lienzo mural de Alejandría
Ciñeron con horror selvas de acero;
A ciudad propia el campo acometía
Con pies tan libres y ademán tan fiero,
Que del rey festejantes cortesías
Juzga César preñez de tiranías.

Siente la urbana munición del muro
Falso reparo, y en su alcázar fuerte
Se limita, y resguarda albergue obscuro
Para esplendores de cesárea muerte;
Allí el cerrado puesto no seguro
En mural propugnáculo convierte,
Hierva en ira y temor; pero si mira
Que César teme, aun lo temido es ira.

Así la noble fiera, cuando oprime
La disfrazada red y engaño verde
Sus libres pasos, espantable gime,
Y con diente feroz las cuerdas muerde
Así el Etna, que al círculo sublime
Sube piramidal e incendios pierde,

Crece en furor si el centro donde brama
 Conductos cierra al respirar la llama.

El que a la cima de lo heroico asciende
 Porque de lauros ya su frente impide,
 Y en el plano capaz que el orbe extiende
 Domina estrecho y singular preside:
 Ved cuán ceñida reclusión pretende,
 Que en ella el menor ángulo le mide;
 Mas si el riesgo de infamia es contingente,
 Quien le recela más es más valiente.

Ni allí alcanza lugar, discurre insano
 Por las estancias con veloz rodeo,
 No aparta o pierde en el error liviano
 De la indignada vista a Tolomeo:
 Quiere cuando ya falten a su mano
 Armas, y alcance Aquilas el trofeo,
 Desembrazar por última proeza
 Del joven rey los miembros y cabeza.

Así la amante, la robada esposa
 En Colcos de Jasón, cuando escondido
 Huyó castigos, preparó engañosa
 Puñal severo a la fraterna vida;
 Hasta que ya feroz de temerosa,
 Siendo del padre airado perseguida,

Por suspenderle ensangrentó su mano,
A trechos desmembrando el muerto hermano.

Número corto de guerreros fieles
Guardan a César con peligro cierto,
Que su campo en los frágiles bajeles
El mar ocupa y de Alejandria el puerto;
Mas los de Aquilas a su rey infieles,
Ya en la ciudad con militar concierto
Entran, y ciñen concurriendo iguales
Del palacio los ámbitos murales.

A sus almenas, óvalos, ventanas
Arrojan tiros las escuadras viles,
Y con voces soberbias de villanas
Jactan imperio en ánimos serviles:
De la egipcia facción gentes romanas,
César, te ofrecen hoy guerras civiles:
¿Cómo, pues, tan diverso te sujetas,
Que siendo su inventor no las aceptas?

Paces procuras, tu valor consiente
(Codiciando no lícito sosiego)
Que igual concordia con Aquilas tiene,
Ministro regio interponiendo el ruego;
Pero el derecho y ley de toda gente
Siempre inviolado, ya es oprobio y juego;

Porque Egipto en lo atroz y disoluto
Inferior deje el ejemplar más bruto.

Al orador pacífico, al sagrado
Legal ministro de su rey dió muerte
Aquilas: ¡ oh tremendo error del hado!
¡ Oh frenesí de la indomable suerte!
Aquí lo universal prevaricado
Consiente el cielo, cuando más lo advierte;
César sin bríos, toda fe sin leyes,
Los reyes siervos, y los siervos reyes.

No el golfo inglés, no el belicoso ibero,
No Armenia o Punto, no Teutonia o Galia,
No Roma invicta, y su mayor guerrero,
Que imperial fue veneración de Italia:
No el mundo armado de furor y acero,
Y agregado en falanges a Tesalia,
Ofendió a César con rigor de estragos,
Cuanto la bella egipcia con halagos.

Delicias le quebrantan relajadas,
Da su flaqueza al adversario fuerza;
Pudo los mismos ánimos y espada
Rendir ceráseo, que venéreo esfuerza:
No hay brazo que con astas arrojadas
Al alto alcázar su vigor no ejerza,

Aun hiere alguna flecha en el combate
Las estatuas del íntimo Penate.

No allí trabuco o máquina ferrada
Batir las puertas y murallas tienta,
Ni arrojan a las mismas la inflamada
Hacha, que de peñascos se alimenta:
Ni en carrera el ejército arrojada
Asalta un puesto, ni escalarle intenta;
Mas donde César emprendió batalla,
Aun la fragilidad fuera muralla.

Ligeras y solícitas, no expertas
Las escuadras le cercan, contrastando
Con solas astas su edificio y puertas,
Y sobre el mar el ámbito cerrando:
Que allí en cimientos de pizarras yertas
Llega el palacio, y el egipcio bando
También allí para naval pelea
Guarda el puerto, y las ondas señorea.

Mas César ya, que del valor dormido
Todo el caudal de esfuerzos recupera,
Descubre militar y engrandecido
Sobre el muro su pecho por trinchera:
Asaltado de tantos, no ofendido,
Busca las flechas, y su punta espera;

Insta a los suyos, y prodigios obra,
Ama a peligros, a imposibles sobra.

Pocos guerreros son; pero con éstos
Expugnador parece, no expugnado;
Desde allí rompe ejércitos opuestos,
Y en toda almena resplandece armado:
Si aquéllos le resisten, huyen éstos,
Es el mirar a César acto osado;
Cual ballestón destroza donde alcanza
El duro brazo con venablo o lanza.

Respirando victoria a sitio corre,
Donde inferior el mar su alcázar mira;
Almenas quiebra al baluarte y torre,
Muros desgaja y edificios tira:
A su embarcado ejército socorre,
Que a naval guerra contra Egipto aspira,
Y con la acción y voz les amonesta
Que lancen fuegos en la armada opuesta.

Prontas las naves arrojaron fuegos
En obscuro betún, que incendios brota,
Y que veloz resuelve en humos ciegos
La vela, el mástil, gúmena y escota:
Goza festivo los lucientes juegos,
Marte y los nautas de la egipcia flota

Agites cuidan guarecer en vano
Materias ya que poseyó Vulcano.

Jarcias y velas socorridas tarde
Son del fuego voraz simple alimento;
La tabla, el remo entre las ondas arde,
Cursa el flamante al húmido elemento:
Pendiente César al lustroso alarde,
Nuevos hachos arroja, abrasa el viento,
Y fulminar desde los orbes muestra,
Emula a Jove la cesárea diestra.

Rayos llovió tan eficaz la llama,
Que a la armada no sólo egipcia ofende;
Mas del viento impelida se derrama
Y en la ancha playa rápida se extiende:
Y requemando allí la hierba y grama,
Aun edificios de Alejandria enciende;
Cual discurre, imitando la saeta,
Exhalación de rápido cometa.

La tremenda extensión del repetido
Fuego al gitano ejército embaraza
En estorbar la llama divertido,
Que a toda parte incendios amenaza:
César a espaldas del ajeno olvido
Prontos ardidés maquinó, y disfrazó

Y cuando ya el Ocaso luces niega,
Deja el cerco mural, y al mar se entrega.

Fuego exhala en magnánimo suspiro,
Ya se transporta, y en imagen nueva
El veloz discurrir le acuerda a Epiro,
Y combatiente en la muralla a Sceva:
Al que de Alcides, de Alejandro y Ciro
Excedió hazañas, sin que ejemplos deba,
Y expuesto a tolerar selvas de heridas,
Trocó la suya a innumerables vidas.

Este ejemplar fortísimo le incita
A igual constancia; pero no consiente
La barca estrecha, que sus pies limita
La prodigiosa imitación valiente:
Vacilando el batel le debilita,
Y con temblores al valor desmiente;
Si con esfuerzo válido levanta
El brazo, en lo inferior cede la planta.

Así el furioso corazón coartado
A las ondas marítimas infieles
Pide muerte, y en ellas disfrazado,
Le apresta el cielo sus caricias fieles:
Vió en lugar defendido, aunque apartado,
Tropa amiga de itálicos bajeles,

Y consultando el ánimo severo,
Dijo en coloquio tácito: "¿Qué espero?"

"¿Vivir siervo en domésticas paredes
No de cónsul romano ni tribuno,
Sino de vil egipcio Ganimedes?
Menor crueldad le deberé a Neptuno:
Hoy con bonanzas o tormentas puedes,
Marino dios, ser favorable a alguno,
O a mis naves en paz me restituyas,
O me sepultes en las ondas tuyas.

"Este favor o aquél salva mi fama";
Dice, y al mar se arroja suelto y leve,
Y al bando ya que con fervor le aclama,
Contra el gitano a penetrar se atreve:
De adversos tiros el acero y llama
Esparce nube que a sus ojos llueve;
Vuelos yerran el dardo y la saeta,
Y toda punta al nadador respeta.

Doctos escritos en sutil membrana
Reserva enjutos la fatal siniestra;
Con robusto vigor la espuma cana
Rompe del golfo la invencible diestra
Con la fortuna en amenazas vana
César contiene en líquida palestra;

Y del ingenio y del valor la gloria
Los intereses son de la victoria.

La diestra el imperial cetro romano
Allí en salvo eterniza; y la estudiosa
Pluma en lo escrito a la siniestra mano
No menos debe eternidad gloriosa:
En diferente honor César ufano
Dió a las dos prendas en la acción dudosa.
¡Oh estudios venerados por misterios!
O precedéis, o no cedéis a imperios.

Velas aprestan, gúmenas y entenas,
Antes que admitan al que ven distante
Los amigos bajeles, donde apenas
Cobrase pudo el vencedor nadante:
Las celestes deidades y terrenas
Tal le conducen al laurel triunfante,
Y émulo a todas construirá el latino
A humana dignidad solio divino.

APÉNDICE I

Publicamos en este Apéndice la primera versión castellana que de la batalla naval, descrita por Lucano en el tercer libro de su Farsalia, hizo D. Juan de Jáuregui y vió la luz en la colección de sus Rimas sacras y profanas. Lo hacemos con objeto de que puedan apreciarse bien las dos distintas épocas literarias de este insigne poeta.

No está aquí demás, para mejor esclarecimiento del asunto, compendiar, unidos a las breves noticias biográficas que de Jáuregui han llegado a nosotros, juicios y opiniones de eminentes críticos acerca del mérito de las obras de Jáuregui, así originales como traducciones o imitaciones.

Se sabe por el colector del Parnaso español que don Juan nació en Sevilla por los años de 1570, siendo oriundo de familia vizcaína, que dedicóse al cultivo de la Pintura, arte que por entonces vivía allí en íntimo consorcio con el poético; que aquella afición le llevó a Roma, si bien no se sabe cuándo, donde copió obras de

Rafael, Miguel Ángel, Guido Reni y otros famosísimos artistas; que en Roma, como en Sevilla, unió a sus trabajos de Pintura los poéticos, y en la Ciudad Eterna tradujo y dio a la estampa en 1607 su celebérrima versión castellana del poema pastoral de Torcuato Tasso *Aminta*, la mejor que del italiano posee nuestra literatura.

Fue caballero del hábito de Calatrava y caballerizo de la reina D.^a Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, y con este motivo residió en Madrid hasta el fin de sus días, que debió ser pasados los años de 1640, pues se sabe que este año tenía ya concluído su poema *La Farsalia*, impreso en 1684.

Empezó D. Juan de Jáuregui siendo discípulo de Herrera, y terminó imitador de Góngora, no impidiendo cambio tan notable en su estilo la aversión que primeramente tuvo al culteranismo, probada en su *Discurso poético contra el hablar culto y claro*.

Al primer estilo literario de Jáuregui corresponden las obras comprendidas en las *Las rimas sagradas y profanas* y la traducción de la *Aminta*.

Ingenios notabilísimos elogiaron aquéllas, y el pintor Francisco Pacheco le dedicó el siguiente soneto:

La muda poesía y la elocuente
 Pintura, a quien tal vez naturaleza
 Cede en la copia, admira en la belleza,

Por vos, DON JUAN, florecen altamente.

Aquí la docta lira, allí el valiente
Pincel, de vuestro ingenio la grandeza
Muestran, que con ufana ligereza
La fama extiende en una y otra gente.

Alce la ornada frente el Betis sacro,
Su tesoro llevando al mar profundo,
Y de JÁUREGUI el nombre y la memoria;

En tanto que su ilustre simulacro
Venera España, reconoce el mundo
Como de nuestra edad insigne gloria.

Juan de Arguijo le alabó en las décimas que a continuación copiamos:

Den otros a tus pinceles
Lo que sin lisonja pueden,
Mostrando, DON JUAN, que exceden
A los de los Ceuxis y Apeles;
Prevengan sacros laureles
Para tu inmortal corona,
Y en las cumbres de Helicon
Honren tu canto divino
Sobre el griego y el latino,
Que la antigüedad pregona.

Yo, que con fuerzas menores
No presumo tu alabanza,

Ni, mi corta voz alcanza
 Lo menos de tus primores,
 En vez de elogios mayores,
 A que el deseo me inflama
 Y a tan alta empresa llama,
 Dejaré que en breve suma
 Lo que no puede mi pluma
 Tome a su cargo la fama.

"En esta colección de poesías -dice D. Adolfo de Castro- se muestra Jáuregui discípulo de la escuela sevillana. Entre ellas hay una en que se burla del estilo de la canción de Góngora A la toma de Larache. Fue pues, nuestro poeta imitador de Herrera, más imitador de lo que debió ser para no incurrir en frialdad. Por eso, separando la elegía A la muerte de la reina Margarita, la paráfrasis del salmo Superflumina Babylonis, El acacimamiento amoroso, uno que otro soneto y alguna rarísima composición más, ¿qué hay entre las obras de Jáuregui que revele el talento fogoso de un gran poeta, como con efecto lo era?"

La elegía citada es excelente. En ella hay la imagen de la caída de un árbol, que ha merecido grandes alabanzas a esclarecidos críticos:

"¿Quién vió tal vez en áspera campaña
 Arbol hermoso, cuya rama y hoja

Cubre la tierra de verdor sombrío,
 Donde el ganado cándido recoja
 Alejado el pastor de su cabaña,
 Y allí resista al caluroso estío?
 La planta con ilustre señorío
 Ofrece de su tronco y de sus flores
 Sustento y sombra a ovejas y pastores,
 Hasta que la segur de avara mano
 Sus fértiles raíces desenvuelva,
 Atormentando en torno su terreno
 Por dar materia al edificio ajeno;
 Siente la noche el ganadillo, y vuelve
 Al caro albergue, procurado en vano;
 Y viendo de su abrigo yermo el llano,
 Forma balido ronco, y su lamento
 Esparce (¡ ay, triste!) y su dolor al viento.

Don Ignacio Luzán la califica de hermosa como grande y noble comparación, tejida de muchas imágenes por su variedad y propiedad extremadas.

De la paráfrasis del salmo Superflumina, dice el mismo Sr. Castro que merece contarse entre las mejores que hay, no sólo en España, sino en todas las lenguas europeas. Reune cuatro cualidades esencialísimas para esta clase de escritos: inteligencia del sagrado texto, elocución vehementísima, sublimidad en la frase, claridad en el estilo.

Para que pueda apreciarse la exactitud de este juicio, y como prueba del lenguaje poético de Jáuregui, copiamos a continuación la estrofa con que empieza dicha paráfrasis:

En la ribera undosa
 Del babilonio río
 Los fatigados miembros reclinamos,
 Y allí con faz llorosa
 Junto a su margen frío
 Con lágrimas sus ondas aumentamos.
 Entonces de los ramos
 De los silvestres sauces suspendimos
 Las cítaras y arpas, do solía
 Alentar sus enojos algún día
 Alegre el corazón, cuando vivimos
 En ti, Jerusalén; mas la memoria
 De su asolado imperio,
 Y el duro cautiverio
 En que trocamos hoy la antigua gloria,
 Nos despojó del regocijo y canto
 Para entregarnos al afán y al llanto.

De la manera de considerar Jáuregui la poesía, cuando escribió sus Rimas, puede juzgarse por el prólogo que a éstas puso, y dice así:

"Estas rimas, que me pareció entresacar de algunos borradores, ofrezco a los ingenios que favorecen las buenas letras, mientras de la misma oficina pueden salir a luz mayores obras. Contiene este volumen al principio el Aminta, que ya se imprimió en Italia, síguense luego diversas composiciones humanas, y entre ellas una pequeña muestra de la traducción de Lucano, y a lo último las obras sacras.

"Bien querría (aunque no me será posible) notar con brevedad algunos requisitos de la fina poesía, no porque yo presuma haberlos conseguido, sino porque deseo que todos los conozcan, y remiren con advertencia lo que leen, para apreciar con justa estimación el mérito de cualesquiera versos.

"Dejando, pues, aparte preceptos particulares, imaginemos de común que toda obra poética, por pequeña que sea se compone de tres partes: alma, cuerpo y adorno. Y considérese primeramente que el alma es el asunto y bien dispuesto argumento de la obra, y quien errare en esta parte no le queda esperanza de algún merecimiento. Luego se adviertan las sentencias proporcionadas y conceptos explicadores del asunto, que éstos dan cuerpo, dan miembros y nervios al alma de la composición. Últimamente, se note el adorno de las palabras, que visten ese cuerpo con aire y bizarría. En todas tres partes luce con imperio el gallardo natural, esto es, el ingenio propiamente poético,

sin cuyo principio no hay para qué intentar los versos; mas no se entiende que aprovecha a solas, porque es incomparable y forzoso el resplandor que le añaden las buenas letras y capaz conocimiento de las cosas, por cuyo defecto de ordinario sucede que andan a ciegas y dan de ojos infinitos ingenios poco enseñados. Y adviértase que no sólo el conocimiento del arte es necesario en la poesía, sino el aparato de estudios suficientes para poner en ejecución los documentos del arte (digo esto por algunos que, en llegando a sus manos una poética vulgar de las muchas de Italia, ya les parece que lo alcanzan todo); no nos basta sin duda el entender preceptos, ni sólo de la ignorancia proceden los comunes errores. Vemos unas poesías desalmadas, que no tienen fundamento ni traza de asunto esencial y digno, sino sólo un cuerpo disforme de pensamientos y sentencias vanas, sin propósito fijo ni trabazón y dependencia de partes. Vemos otras que sólo contienen un adorno o vestidura de palabras, un paramento o fantasma sin alma ni cuerpo. Esto resulta de que los escritores mal instruídos en la noticia de su facultad, y sin caudal de estudios, embisten con la materia por donde primero pueden, y hacen de ella a veces por los retazos del vestido, donde meramente emplean su furor poético. Y aun muchos de los que presumen, veremos de ordinario que se abalanzan en sus composiciones con lo primero que se les viene a la boca; y sin ver el

camino que siguen ni el fin que los aguarda, van a parar donde casualmente los lleva el ímpetu de la lengua. Otros más considerados, que ya alcanzaron algo en el argumento y conceptos, saltan en el primor y gala de las palabras; acertaron con la buena sentencia, mas no se acomodan a explicarla en términos elocuentes ni distribuirla cabal y justa en los versos; antes la desaliñan y abaten con voces humildes, o ya la tuercen o desvían con frases violentas, duramente amarradas al metro y consonancias. Y no se ha de dudar que el artificio de la locución y verso es el más propio y especial ornamento de la poesía, y el que más la distingue y señala entre las demás composiciones, porque la singulariza y la reduce a su perfecta forma con estnerado y último pulimento. Mas también se supone como forzosa deuda que esa locución trabaje empleada siempre en cosa de substancia y peso; no es sufrible que la dejemos devancar ociosamente en lo superfluo y baldío, contento sólo con las redundancias de las dicciones y número; antes vamos siempre cebando así el oído como el entendimiento de quien nos oye, y no le dejemos salir de una larga o breve lectura, ayuno en la substancia de las cosas, y sobradamente alto de palabras. Ni se puede llevar el corto juicio de muchas cuando encarece algunos versos sólo por hallarlos nueva o pulidamente razonados; y si les advertimos que la sentencia de ellos es impropia o frívola, responden con mucha

satisfacción que por lo menos está bien dicha. Sépase que en la escuela de Apolo no hay acción tan fácil como el decir bien en cuanto a las palabras, si se nos consiente usarlas en cualquier impertinencia; y por ser tanta su facilidad, es su plaga tan común, y se extiende no sólo a las faltas de doctrina, sino también a muchos estudiosos, que se hallan desnudos de agudeza y gracia, cuanto revestidos de lectura y arte. Así, que no pretendan estimación alguna los escritores afeitados con resplandor de palabras, si en el sentido juntamente no descubren mucha alma y espíritu, mucha corpulencia y nervio. Por tan estrecha senda caminaron los autores célebres que con dulzura, afecto y eficacia rara hoy mueven y deleitan a quien los lee. Y esto es ya lo difícil y terrible, ajustarse al buen asunto y señalado tema, reforzándole siempre con pensamientos y sentencias vivas, y sobre ese fundamelito sólido ir galanteando el adorno de argentadas frases, sin que la obligación de darse a entender y decir precisamente buenas cosas nos violente y quebrante la continua dignidad del lenguaje, ni ellas y él se embaracen y dificulten con la estrechez del verso y sujeción de sílabas y cadencias. Entonces sí merece venerable aprecio la elocución sublime, su pureza y flor, su lustrosa y abierta claridad, que no fácilmente se aviene con lo magnífico y excelso; la armonía suave y pompa resonante de los versos, parte eficacísima al oído, cuyo regalo tanto procuran los más

cultos. Mayor hazaña efectúa el que en pocos pliegos observa estas cualidades que cuantos sin ellas despenden innumerables resmas. Débese también procurar que en toda virtud poética haya perpetuada continuación; porque el amontonar no menos paja que grano es dado a muchos, y levantar con buen garbo una docena de versos, atropellando otros tantos, no lo consiguen pocos y son más que infinitos los que compran cualquier ilustre locución a costa de un par de ellas soeces. Raro será el escritor que doquiera que le asalten sus versos le hallen siempre, en cuanto al sentido de las cosas, despierto y aprovechador, y en el tenor de las palabras apacible, galante y engrandecido, según la calidad de la materia; y si el asunto es humilde o mediano, la misma perseverancia se reconozca en el estilo y método que le perteneciere.

"A semejantes extremos de dificultad puedo decir que han aspirado siempre mis trabajos, y es sin duda que habrán quedado cortos; mas si en algo se ajustaren a lo que pretendieron, en sólo esto merecerían ser correspondidos con alguna estimación."

No menos elogios que por las Rimas tributaron a Jáuregui por su versión del Aminta, que en el Apéndice II publicamos. De ella dice Cervantes:

"El traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocuencia, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero infe-

rir el que no sea loable este ejercicio de traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trajesen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos traductores: el uno el Dr. Cristóbal de Figueroa, en su Pastor Fido, y el otro D. Juan de Jáuregui, en su Aminta, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original."

Don Luis José Velázquez dice en los Orígenes de la poesía castellana: "La mejor traducción que tenemos del italiano es la que del Aminta, del mismo Tasso, hizo en verso suelto D. Juan de Jáuregui y se publicó con sus demás poesías en Sevilla, 1618. Esta traducción es tan excelente como su original."

Dedicó Jáuregui su traducción a D. Fernando Enríquez de Rivera, duque de Alcalá, manifestándole su manera de entender el modo de traducir, y además las razones que le asistían para preferir el verso suelto.

Dicen así:

"Escribió el Tasso su Aminta después del muy culto y doctísimo poema de la Jerusalén; y así, sobre su gran hermosura y gracia, descubre en las ocasiones una heroica y profunda grandeza, siendo en todo muy corregida y regulada con el arte.

"Yo quisiera en mi traslación -dice Jáuregui- no haberla tratado mal, por no ofender a su autor, de quien soy por extremo aficionado; mas no sé si me lo consiente la gran dificultad del interpretar, trabajo de

que salen casi todos desgraciadamente; y en estos pocos versos, fuera de las comunes prolijidades, he tenido otra mayor: que, como es el coloquio pastoril, consiente muchas frases vulgares y modos de decir humildes, y éstos en italiano suelen ser tan diferentes de los nuestros, que parece casi imposible transferirlos a nuestro idioma o propia locución. Tiene también el toscano algunas partículas que entremete a la oración, las cuales dan cierto aire al decir, y en castellano no hay manera que les corresponda; sin esto, nuestra poesía huye de muchos vocablos por humildes, que en la italiana se usan por elegantes; propongo varias dificultades, para certificar tras ellas a vuestra excelencia que ha sido trabajada esta pequeña obra no con poca diligencia, procurando ablandar sus asperezas, de manera que no muestre la versión haber sacado de sus quicios el lenguaje castellano; y aunque muchas veces se declaren los conceptos por diferentes palabras y modo, que no por eso pierdan de su gracia o gravedad ni del verdadero sentido. Bien creo que algunos se agradarán poco de los versos libres y desiguales, y sé que hay orejas que, si no sienten a ciertas distancias el porrazo del consonante, pierden la paciencia, y queda el lector con desabrido paladar, como si en aquello consistiese la substancia de la poesía; mas a estos gustos satisfará algo el coro que habla en versos ligados; y de los libres es menester saber que no van tan acaso como parece,

porque al usarlos largos o cortos, se guarda también su cierta disposición y decoro. Suplico a vuestra excelencia adinita por suyo este breve escrito; él es de muy poco valor para ofrecerle a vuestra excelencia, etc. -Roma y julio 15 de 1607. "

Cítanse de Jáuregui, y correspondientes a su primer estilo, además de las obras mencionadas, La comedia del retraído, el Memorial al Rey nuestro Señor: ilustra la singular honra de España, aprueba la modestia en los escritos contra Francia, nota una carta enviada a aquel Rey, etc., y el discurso Por el arte de la Pintura, que se halla en los diálogos de Vicencio Carducho, 1633.

Cayó al fin Jáuregui en los excesos del culteranismo, que tanto había censurado, y convirtiéndose en la segunda época de su vida literaria en imitador de Góngora.

A este tiempo corresponden el poema Orfeo y la versión de La Farsalia, contribuyendo no poco a que abandonase el gusto de la escuela sevillana su estancia en la corte como caballero de la reina D.^a Isabel.

Hay en El Orfeo algunos pasajes excelentes, pero el conjunto del poema es malo. Prueba el fragmento de La Farsalia que a continuación insertamos, que el propósito de poner en castellano el poema de Lucano lo tuvo Jáuregui en su juventud, pero desgraciadamente no le realizó entonces, sino cuando le dominaba la avasalladora influencia del gongorismo.

Y no por ello dejó de ser elogiada su versión de La Farsalia.

Uno de los censores de esta versión, el P. Juan Cortés Osorio, pondera su mérito de esta suerte:

"En este poema se reconoce aquella milagrosa transformación de unos idiomas en otros con que los poetas pueden disculpar el llamar numen divino a su furor. Virgilio no se dedignó de trasladar no pocos versos de Homero, pareciéndole que la dificultad de copiarlos y traducirlos excedía, o por lo menos igualaba, la gloria de componerlos. Si esto se discurre en lenguas tan parecidas, en quienes la poesía y el metro tienen los mismos preceptos, y se gobiernan por las mismas leyes, ¡cuánto más alabanza merecerá quien de lenguas de tan diferentes dialectos y tan opuestas reglas de poesía ajusta una perfecta traducción, no de pocos versos, sino de todo un poema! El buen gusto de Marcial, y el alto espíritu de Estacio, en virtud de esta obra, comparan a Lucano con Virgilio, y pues tan grandes ingenios se contentaron con el modo que Lucano ideó su obra para sublimarle con su censura a tan superior esfera, no ha menester más ficciones que las que le dictó su elocuencia para llenar de dulzura el contexto de su historia; ni debe hacer mucha fuerza el rigor con que Lilio Gregorio Giraldo reprueba el elogio que los dos referidos le atribuyen, porque de cualquier suerte este poema siempre fue digno de aplauso, y su autor fue uno

de aquellos altos ingenios que España usaba tributar a Roma. Atendiendo a esta prerrogativa, D. Juan de Jáuregui merece la alabanza de resucitar la memoria de este blasón de la patria, y proponer a la juventud española dos ejemplares paisanos, que en entrambas lenguas la exciten al estudio y la conviden a la imitación."

Don Antonio Solís y Rivadeneyra, en su Aprobación de "La Farsalia", dice:

"Aunque D. Juan pudiera emprender por sí la fabricación de un poema heroico, porque supo los preceptos de Aristóteles con fundamento, y tuvo el numen y los estudios necesarios para escribirle igual a los Virgilio y Homeros de su tiempo, se dejó llevar de esta imitación de Lucano por haber escrito con grande aplauso en su mocedad la batalla naval de los romanos contra los griegos masilienses, contenida en el libro tercero de La Farsalia, cuya versión imprimió en sus Rimas el año de 1618...

"Fue D. Juan de los caballeros más celebrados entre los grandes ingenios de aquel siglo, porque supo manejar el pincel con el mismo acierto que la pluma. Los papeles que dió a la estampa encarecen su erudición en todo género de letras sagradas y profanas."

Ningún juicio encomiástico de la versión de La Farsalia es tan minucioso y expresivo como el hecho

por Sebastián de Almedáriz en el prólogo que puso al poema:

"No presume mi cortedad -dice- descubrir el punto y altura donde llega lo encumbrado de este poema, porque no tomo la pluma para elogios, sino para, a costa de desvelos, descubrir sus fundamentos y método. Suponiendo ser estos dos puntos los que tengo de tratar en este prólogo, en cuanto al método, los estudiosos y que con aplicación leyeren esta obra, a pocos pasos conocerán el relevante estilo y singular agudeza de D. Juan; pues sin ofender a ninguno de nuestros ingenios españoles, se puede decir sigue en él una línea, si capaz de ser envidiada de todos, hasta ahora no pisada de ninguno.

"Los fundamentos son tan sólidos y afianzados con admirables doctrinas, que ellos están publicando su realidad; la puntualidad en la historia la ejecuta D. Juan sin faltar en la menor de sus circunstancias. Los motivos que tuvo para describir esta historia, y no otra, son los que expondré, sin adelantar el juicio más de lo que razonablemente se colige del contexto.

"Antes de explayar el discurso quiero satisfacer en la parte que pudiere a una pregunta que parece escucho a los celosos de la gloria española; pues aun favoreciendo a D. Juan, como lo merecen sus obras, insinúan fuera más plausible que hubieran sido tan ilustres afanes más propio empleo de asunto moderno de hazañas

españolas, que no de las extrañas y remotas, a que respondo: que es ley de los argumentos heroicos reducirse a una sola acción, esto es, que no se cante en el poema sino un hecho o empresa grande, y no muchos. Las de España se hallan divididas en tantos príncipes y caudillos distintos, y en tan diversos tiempos, que si, bien juntas todas hacen un cuerpo admirable y mayor que todo lo grande de otros imperios, no disponen alguna separada que por sí sola se acomode a este fin con la superioridad que se necesita; y así, el querer unir empresas de varios siglos y personas era hacer un compuesto de digresiones o episodios, lo que no admite el decoro poético, ni por sí tendría gracia ni concierto, y sería ostentar poema de solas ramas, y carecer de fundamento único y magnífico.

"No hallando lugar por estas causas para escribir argumento español, me concederán las historias que jamás hubo empresa para celebrada en los versos que compita con la insigne guerra civil de Pompeyo y César, y porque siendo acción singular, o una, como se quiere, es tan alta y engrandecida, que no la vemos semejante en todas las memorias del mundo, y aun se puede decir que no pudo jamás el aliento poético emprender mayor argumento, aunque le quisiera fingir. Así advirtió Erasmo, comentando a Ovidio de Nuze, que había Lucalio empezado la proposición del poema con más grandezas de palabras y versos que otro alguno, porque a él sólo le

escuchaba la sublimidad del astinto. Grandius proponit Lacanus, dice Erasmo, nisi excusaret argumenti sublimitas. A esta soberanía de argumento se sigue que por su antigüedad se admiran en él gustos a la extrañeza de costumbres, la diversión en los visos, la variedad de religiones (que aunque la piedad católica sienta ver los que por ella se perdieron, la aplicación se deleita sabiendo los que las guardaron), los modos, artes y estilos en paz y guerra, las opiniones raras en todas ciencias, que si bien muchas de la gentilidad son erradas, sin embargo, suelen servir de cauta enseñanza; y lo que entonces ilustró las facultades conformando con lo que después calificaron nuestras escuelas, deleita hoy con mayor impulso por leerse en nombre no católico, y convence con valentía a la razón cristiana.

"Todo lo contiene este asunto, no sólo por antiguo, sino es por referir tiempos los más sabios y valerosos que alcanzó el magisterio y alteza de los romanos. Sea también en su abono no verse excluída de tan heroicas hazañas nuestra nación española; pues sin el favor que halló César en estos reinos, jamás prevalecieran sus armas, que nunca han sido menos eficaces nuestros auxilios.

"Que seamos a quien más principalmente conviene el uso y trato de este poema, lo afirma Sulpicio en el principio de su comento, pues dice que le trabajó Lucano en beneficio de todos los estudiosos, y

principalmente de los españoles: *In omnes illius poetae studiorum commoditatem, et in primis Hispaniorum.*

"Y que en España se hayan ejecutado muchas veces las máximas políticas y militares que D. Juan expone y en Lucano se hallan, lo verá el que atento leyere al uno y estudioso examinare al otro; consecuencia legítima de haber escrito los dos para nuestro útil y enseñanza.

"Ni tampoco D. Juan pudo excusarse de seguir a Lucatio con toda actividad, porque no pudiera sentenciar las materias que el antiguo por sí resuelve; pues siendo muchas gentilidades lustrosas en su boca y bien recibidas, en nombre de autor cristiano sonarían indecentes; y con este fin se viste del afecto de persona antigua romana y musa de entonces, y se arregla a ella sin distinguirse en esta parte de los traductores; pero es autor y propio dueño de lo que escribe, aunque se valga no sólo del argumento que otro escribió, sino es de sus mejores ideas y pensamientos, y los dispende y logra en toda su obra.

"Sea resguardo de esta proposición que en todas las edades, hasta la nuestra, aquellos que han sido tenidos por autores de poemas han imitado a otros en gran parte, o los han trasladado en todo: tanto como esto se permite pasando lo escrito de una lengua a otra, no en la misma, como de la griega en latina, y de ésta en las vulgares: Ovidio, a quien Séneca llama el ingeniosísimo, y ninguno se lo negará, trasladó sus transformaciones de

otros muchos griegos, como nos refieren algunos autores, y no falta quien diga que la tragicomedia la expresó plenamente de Virgilio; y porque no pretendió dilatarme, no refiero muchos poetas antiguos que siguieron unos a otros en sus poemas; y aun a nuestro mismo Lucano, aunque en argumento diverso, siguió Estefano Taurino, que escribió el poema que llama Stauromaquia, sobre aquel gran caso de Gregorio Zekeli, y los villanos rebeldes de Hungría que siempre deben haber sido infieles, y dicen: Este no trillado camino fue mi caudillo; y capitán el cantor de la guerra farsálica, Lucano. Y comprueba esto de manera que comienza el poema casi con el mismo verso, escribiendo ambos en lengua latina; pues Lucano dice:

Bella per Einathios plus quani civilia campos,

y Taurino en su seguimiento:

Bella per Hungarios plus quam servilia campos.

"Califícase del todo esta proposición con el uso de nuestros poetas españoles; pues los más ingeniosos han escrito fábulas antiguas en altos versos como dueños y legítimos inventores, bien que siguen el orden y modo con que las escribieron los antiguos; y, en fin, el seguir e imitar está bien visto entre los discretos, que el cele-

bérrimo D. Francisco de Quevedo señaló con gran vanidad en sus escritos las imitaciones de los poetas antiguos a quien seguía.

"Tampoco fue razón de poca consecuencia para don Juan el ver en Lucano el ánimo y eficacia con que disuade en su poema las guerras civiles, pues gasta su mayor actividad en demostrar los trágicos fines de tan execrables principios. Ejemplarísimo y utilísimo intento, porque comprende enseñanzas para todas las buenas repúblicas contra las alteraciones rebeldes, y persuade la paz y conformidad mantenida con libertad común; esta verdad justificada la defendió animoso Lucano contra la tiranía de Nerón, porque muchos de los antiguos la aplaudieron, y alguno exclamó diciendo: ¡Oh, tú el más libre y arduo de los poetas, sacrificaste al genio de la eternidad tu constancia! Y en fin, son sus preceptos, hermoeados por D. Juan a nuestra vista, una preciosa enseñanza para todos los hombres y repúblicas del mundo, no quedándose su doctrina sólo para las repúblicas libres, sitio es a todas las monarquías y toda suerte de vasallos y súbditos, y a sus príncipes, pues no hay más perfecta libertad que ser regidos por un monarca justo; y así a él como a ellos, este argumento enseña con valiente eficacia una soberana política.

"También se hallan con grande excelencia en este poema altísimas enseñanzas militares, a cuya doctrina, en mi corto sentir, no cabe oposición; y espero que los

apoyos saquen en limpio la proposición, y sea el primero lo que he visto en un fragmento manuscrito, en donde, refiriendo las excelencias de Lucano, las abonan unos dísticos morales antiquísimos, que se dice ser de Catón, cuyas sentencias merecen, con sólo el nombre de suyas, todo crédito: empieza, pues, el docto preceptor y poeta Catón su libro segundo, dice el papel, proponiendo se lean los poemas; y es maravilloso caso que, nombrando a Virgilio, cuya Eneida es toda guerra y armas, como él propone, no remite Catón los lectores a que lean en él ni en otro latino ni griego de cuantos las escribieron, sino en Lucano. La sentencia como está traducida es así:

Modos de labor diversos
 Sabrás, si a Virgilio observas,
 Y la virtud de las hierbas
 Te dirá Marcio en sus versos.

Mas si quieres informarte
 De las guerras del romano,
 Busca, ¡ oh lector!, a Lucano,
 Él te dirá quién es Marte.

"Después prosigue trayendo para el mismo fin tres dísticos latinos, sin autor, que suelen, según afirma, imprimirse con La Farsalia, y explica su sentido así:

Quien el gran arte procura
Aprender de la pelea,
Lucano, tus versos lea,
Verá en el rigor dulzura.

Tulio en la paz popular
Es el más recto nivel,
Tú el paralelo de aquél
En la inquietud inilitar.

Si la dulce paz encierra
Gusto, no es admiración,
Admira que tu lección
Haga más dulce la guerra.

"Hasta aquí el manuscrito; y son tan proporcionadas sus razones a esta obra, que aunque les falte toda la autoridad que quisieran los eruditos, no he querido dejar de ponerlas por razonables; y pasando mayor aprobación de este punto, tengo cierta ciencia de que el gran duque de Alba, el insigne capitán y soldado, leyéndole La Farsalia en su última edad, afirma que si al principio de su milicia hubiera estudiado lo que enseña Lucano en materias de guerra, se excusara de largo trabajo que, a fuerza de experiencias en cincuenta años, le había costado la ciencia militar. Esto afirmaban en su tiempo habérselo oído al duque D. Diego de Toledo, bailío de Lora, D. Gonzalo Henríquez, señor de Villalba, y el doctor Arias, varón insigne de las

Matemáticas; y añadían que el duque, hasta que murió, trajo consigo el poema de Lucano con la estimación que Alejandro La Iliada de Homero. Luego no será temeridad, ni se me podrá atribuir a pasión, si dijera haber escrito D. Juan de Jáuregui, bebiendo el espíritu a Lucano, ilustrándole con tantas erudiciones y noticias, la obra de más substancia y doctrina que hasta hoy tomó ningún ingenio por su cuenta; pues aquí se ha encargado D. Juan de asunto incomparable por sublimado, capaz de tan insignes materias, tan varias y tan infinitas, que se puede gloriarse nuestra nación de que en su idioma se haya escrito y coronado las Musas castellanas con el más supremo laurel, colocándolas en esfera jamás trascendida del poético espíritu y raptó; siendo el más alto timbre de esta obra la claridad, virtud, a mi parecer, la más principal en todos los escritores, y que en lo grandioso y lo raro se juzga tan incompatible que aun viéndose aquí puede dudarse. No hay sujeto no hay caso, no hay punto donde no aplique lo más apto y esencial al intento; y no sólo las sentencias más dignas que se pueden desear, sino es las que jamás previno el deseo, porque son tan sutiles que pasan más allá de toda agudeza.

"Y en fin, hoy sale a la luz obra tan general en sus particularidades, que ni el príncipe, ni el señor, ni el caballero, ni el plebeyo, hallará otra más capaz, cada uno para su estado y en común para todos; pues aquí se

halla la enseñanza en el deleite, el gusto en la erudición, la noticia en su lugar, lo discreto en la colocación, lo apacible en las voces, lo sutil en los conceptos, la propiedad en cuanto se trata y, en fin, el todo de partes más hermosas que hasta hoy describió ninguna pluma."

**LA BATALLA NAVAL DE LOS DE CÉSAR Y
DÉCIMO BRUTO, SU GENERAL, CONTRA
LOS GRIEGOS HABITADORES DE
MARSELLA, DESCRITA POR LUCANO EN EL
TERCER LIBRO DE SU "FARSALIA" Y
TRANSFERIDA A NUESTRA LENGUA.**

Sobre el marino campo el rojo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana;
Libre de nubes y sereno el polo,
Su manto a partes retocaba en grana;
Ató los vientos el soberbio Eolo,
Al Euro, al Noto, al Cauro y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo, a la batalla atento.

Cuando sus remos a la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los ítalos zarparon
Y los grecianos de su patrio puerto,

Con la violenta boga rechinaron
Los bien trabados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélagos extendido,
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto había,
Que en dando los remeros dos brazadas
Una con otra flota se embestía,
Las voces a los aires derramadas
Alzan tan sordo estruendo y gritería,
Que ni se escucha el remo ni la trompa,
Por más que el mar y viento azote y rompa.

Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende y en su remo estriba;
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba;
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten sesgas por el agua arriba,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo ahuyenta uno y otro bando.

Volando encubren la superna esfera
Las astas, y cayendo, la marina;
Las naves se revuelven, y se altera
El orden con la brega repentina;

Cuál de la armada se retira afuera,
 Y cuál a su adversario se avecina;
 Cuál va girando a torno, y cuál deshace
 Los surcos que la nao contraria hace.

Son ágiles y prestas las grecianas
 Fustas, al embestir y al retirarse;
 Del timón se gobiernan más livianas
 Y en breve cerco intentan rodearse;
 Con más pesado rumbo las romanas
 Procuran en valor aventajarse,
 Que, a semejanza de la firme tierra,
 Son aptas para el uso de la guerra.

Dijo, por tanto, Bruto al vigilante
 Piloto: "¿Por ventura en ligereza
 Compites con el griego navegante,
 Y con sus mañas y sagaz destreza?
 No surques, no, las ondas vacilante;
 Atiende a la batalla con firmeza,
 de través opón los vasos nuestros
 Contra sus barcas y bajeles diestros."

Mostró el piloto obedecerle, y fueron
 Todos atravesando su navío:
 Las fustas enemigas embistieron
 Como aceptando el nuevo desafío;

Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el ítalo gentío
Entre cadenas fueron enlazadas
Y con agudos garfios aferradas.

Así dos flotas, la romana y griega,
Formaron un tablado espeso unido,
Y suelto el remo, la naval refriega
Fue y el combate rígido encendido;
Ya nadie al viento su rejón entrega,
Ni ofende ya de lejos despedido
El dardo o lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro a batallar desnuda.

Al bordo cada cual se acuesta y carga
De su fragata, y al contrario bando
El brazo y mano riguroso alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando;
Del áspero combate el agua amarga
Hierva en espumas rojas, y nadando,
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegamente envueltas.

Ya el número de muertos y anegados
Que ve sobre las ondas cada nave
Impide que se junten sus costados,
Por más que el garfio los aferre y trabe;

Algunos medio vivos y cansados,
 Sostienen con el alma el cuerpo grave,
 Bebiendo a su pesar la espesa copia
 Del mar, mezclado de su sangre propia.

Así bebiendo el mar, el mar los traga,
 Y otros que su bajel cascado miran,
 Antes que se rehunda o se deshaga,
 Al agua saltan y a vivir aspiran;
 Cualquiera flecha o lanza ofende y llaga
 Que allí los griegos y romanos tiran,
 Pues aunque el agua errando se derribe,
 Hay cuerpo que su golpe en sí recibe.

Dos fustas de Marsella contrastaban
 Una de César, y en igual porfía
 Por sus costados ambos la acosaban
 Y ella con ambas sola contendía;
 Y en cuanto la victoria dilataban,
 Tago, latino, insigne en osadía,
 Probó a extender el brazo temerario,
 Y asir las jarcias del bajel contrario,

Cuando de su espalda y pecho repartida
 Dos lanzas a la par lo atravesaron,
 Y al medio de su cuerpo introducidas,
 Las puntas aceradas se encontraron;

Dudó la sangre a cuál de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero
Telón, un griego, que chalupa alguna
No vió jamás tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna;
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Sólo mirando al rostro de la luna
O al sol, y anticipada revolvía
La vela donde el tiempo requería.

Éste ya deja abierto en la marina
Un vaso que embistió con su pujanza,
Cuando de lejos llega, repentina,
A barrenar sus pechos una lanza;
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estanza;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante.

En cuyo vaso, vagabundo y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró a saltar desde lo alto
De su fragata en ademán ligero;
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,

Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas que topara enfrente,
Dejando al griego de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que, nacidos
Ambos de un parto, a diferentes hados
Fueron por varia estrella conducidos;
Causaban grato error a los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos
Eran de modo, que el mortal y agudo
Acero sólo distinguirlos pudo.

Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro arrebatár su semejante,
Tal, que los padres sin engaño alguno
Verán distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
Asió una carabela del romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
A cercén le cortó la diestra mano.
Aquélla con sus nervios aferrada

Quedó, y asida de la barca en vano,
Y en el ilustre pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.

Ya al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, a la batalla atiende,
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende,
Cuando un alfanje del opuesto bando
Tras él con feroz ímpetu descende,
Que también la siniestra vengativa
Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
Espada o lanza ni acerado escudo,
No se recoge adentro o se retira,
Ni al hado rinde el corazón sañudo;
Mas sin dejar el puesto, ardiendo en ira,
Expone el pecho a nueva lid, desnudo,
Donde a su hermano guarda y lo defiende,
Que a sus espaldas por igual contiene.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y con firme y sólida trinchera,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Por que a ninguno de los suyos hiera;
Las muchas llagas de su cuerpo triste

Ya le compelen a que expire y muera,
 Mas él su poca sangre y poca fuerza
 En sí recoge y a vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el joven temerario
 Mientras saltaba en su enemiga nave,
 Por ofender siquiera al adversario
 Con sólo el peso de su cuerpo grave;
 La nave ya, del ímpetu contrario
 De griegas proras, todo leño y trabe
 Mostraba poco firmes, y cubiertos
 Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la oprimió con su añadida
 Carga el osado salto repentino,
 Del agua por sus quiebras recibida
 Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
 La mar propincua, en cerco removida,
 De espuma forma un ancho remolino;
 Ábrese recibiendo la chalupa,
 Y fuego el puesto que ella deja ocupa.

Hubo portentos raros aquel día:
 Sus garfios los romanos aventaron,
 Creyendo de aferrar una saetía,
 Y en vez de aquélla, a Lísida enclavaron;
 Por le salvar, sus griegos a porfía

Le asieron ambos pies, luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncaron en dos partes.

Toda su sangre entonces despendida
Por toda vena, el piélagó manchaba,
Y la porción buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba.
De los últimos miembros desasida
Fue en breve el alma, y donde se alojaba
El corazón y entrañas se entretuvo,
Y allí gran rato batallando estuvo.

De un griego bergantín toda la gente,
Por ir a defender el diestro lado,
Dejó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideración desocupado;
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco, y trabucado,
Ya el árbol nada, y la carina y suelo
Es techo de las ondas, vuelto al cielo.

Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rabiando perecer espera,
Sin que los deje su caverna obscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una extraña muerte la ventura

De un italo mancebo, injusta y fiera,
 El cual iba nadando, y dos canoas
 En medio lo encontraron con las proas;

En cuyos espolones suspendido,
 Bramando pereció, sin que estorbase
 Su cuerpo y duro nervio entremetido,
 Que una con otra punta resonase.
 Abierto el vientre, el corazón partido,
 Le provocaron ambos vomitase.
 La espesa tinta de su sangre, a vueltas
 De las entrañas, con el alma envueltas.

Ya que, esparcidos uno y otro vaso,
 Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
 Hallaba puerta el mar y franco el paso
 Por la gran boca de su vientre abierto.
 Otro bajel por mísero fracaso
 Se vió hundir, y procuraba experto,
 Rompiendo el golfo cada buen soldado,
 De un barco amigo socorrerse a nado.

Alzaban con ahínco y agonía
 Sus manos a las jarcias y madera;
 De cable o remo cada cual prendía,
 Según salvarse de la muerte espera;
 Mas la embarcada chusma, que temía

Henchir de nueva carga su galera,
 Los brazos les cortaban desde arriba
 Con furia de enemigos excesiva.

Así quedaban de la nao colgando
 Los brazos, cuyo cuerpo desasido
 Se descolgaba de sus manos, dando
 De espaldas sobre el golfo aborrecido;
 Luego los simples troncos rehilando
 Andaban por el piélagos extendido,
 Que en breve sustentarlos no podía,
 Y en su profundo seno los sorbía.

Fue extraño de mirar cuando faltaba
 Ya el dardo o flecha a la guerrera gente,
 Cómo el furor y cólera inventaba
 Mil ofensivas armas de repente.
 Éste el fornido reino levantaba,
 Aquél la entena misma, y ciegamente
 Otro desembrazaba los enteros
 Bancos, atropellando a sus remeros.

Y aun hubo algunos que, sin armas viendo
 Su diestra en lo postrero de la vida,
 Sacaron de sus llagas el horrendo
 Hierro y el asta y dardo su homicida;
 Y con esfuerzo y ánimo estupendo

Tapaban con la izquierda la herida,
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar más fuerza al tiro de la lanza.

Mas mientras se contiene y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario;
Que en hachos aplicado de exquisita
Forma, y compuestos de betumen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que a extinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes cuando se rompe y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Al mar se arroja entonces diligente,
Huyendo el fuego de su lancha el uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Por defenderse del atroz Neptuno;
Que en riesgos tantos la infelice gente,

Aunque es forzoso padecer alguno,
Siempre aborrece y huye la fiereza
De aquella muerte que a morir empieza.

Los que en el alto piélago nadando
Se hallaban, a lo menos ofendían
Con dardos, que a la armada de su bando
Del golfo recogidos, ofrecían;
Y alguna vez rabiosos, estribando
Mal sobre el agua floja, despedían
Hacia el contrario la mojada lanza
Con pulso incierto y falta de pujanza.

Si para contrastar al enemigo
Asta ninguna por el agua hallaban,
El agua misma a funeral castigo,
En vez de agudas armas, aplicaban;
Porque abrazando cada cual consigo
A su contrario, al fondo se calaban,
Alegres de comprar (¡cuitada suertel!)
La ajena a costa de su propia muerte.

En este modo de matar violento,
Fosco Greciano a todos excedía,
Buzano que en el agua el vivo aliento
Por un espacio largo entretenía;
Y a escudriñarle su arenoso asiento,

Como veloz delfín se zabullía,
 A veces destrabando la ferrada
 Ancla en el centro de la mar hincada.

Éste fue de mil hombres homicida,
 Hundiéndose con ellos abrazado,
 Y luego, tras la oculta zabullida,
 Tornando arriba salvo y descargado;
 Mas una vez él mismo a la salida
 El mar halló de barcas ocupado,
 Y allí, faltando su nadar experto,
 Quedó debajo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
 Por desigual venganza se arrimaron
 A su enemiga nao, y el remo asiendo,
 Su apresurado curso embarazaron.
 Así en la brega militar muriendo,
 Todos vengarse al menos intentaron,
 Y que su sangre y vida se vendiese
 Cuanto costosa cada cual pudiese.

Tirreno, valentísimo romano,
 Jugando estaba de su limpio acero,
 Cuando le vido Lígdamo, greciano,
 De dardo y honda el tirador primero.
 Allá le enderezó con diestra mano

Una pelota el bárbaro guerrero,
Que le acertó en las sienas, y sangrientos
Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces a la grave ofensa
Queda y al golpe atónito, de suerte,
Que sus tinieblas ya recela y piensa
Ser triste efecto de la propia muerte;
Mas como vuelve en sí, y a la defensa
Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
Alza la dura faz manchada y ciega,
En tanto que a los suyos había y ruega.

"Amigos, dice, como va asestado
Ponéis un ballestón a lejos trecho,
Así no menos vuelto y aplicado
Al enemigo me poned el pecho;
Siquiera por mis brazos aventado
Será algún dardo a término derecho,
Haciendo, en tanto que la vida acabe,
Lo más que en mi valor y fuerzas cabe.

"Y aun algo entiendo aprovecharos muerto;
Porque, burlando el escuadrón villano,
Cual hombre vivo, mi cadáver yerto
Será flechado de su gente en vano."
Dijo; y en su chalupa descubierto

Luego desembrazó con ciega mano
Un asta al enemigo, la primera,
Con ciega mano, sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del joven Argos de Marsella,
Y sobre el asta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo a atravesarse en ella.
Su padre, que morir le está mirando
De lejos, por los bancos atropella,
Sin que la chusma el paso le embarace,
Hasta do el hijo agonizando yace.

Éste, cuando mancebo, competía
En entender y usar de la robusta
Guerra con cuantos de su tiempo había,
Y así de la palestra y de la justa;
Y aun hoy que a su rigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos, débil y cansado,
Sirve de ejemplo ya, no de soldado.

Viendo a su hijo el mísero, no pudo
Batir sus pechos, ni bañar en llanto
Sus tristes canas, mas helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto.
De la terrible angustia el golpe agudo

Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la pura frente
Y el rostro amado del doncel presente.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entonces, y a su padre mira
El pálido garzón, y al conocello
Hablar no puede, y tácito suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida expira,
Los paternos últimos abrazos,
Ansioso el joven de mover los brazos.

Mas despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor más fiero,
"Argos, perdona, dice, si negarte
Puedo mis brazos a tu fin postrero.
Fáltame corazón para mirarte
Difunto en ellos; moriré primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aún viva sangre en tus heridas."

Por el anciano pecho, mientras dijo,
Vieron su espada misma atravesarse,
Y al fin por que su muerte a la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso, abreviando su vivir prolijo,

En las marinas ondas anegarse.
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la victoria (que dudosa
La tuvo largo, espacio el fiero Marte)
A los romanos palma gloriosa,
Y vencedor tremola su estandarte.
Los griegos vasos de la lid furiosa,
Parte encendidos, y anegados parte,
Dejan cautiva la restante armada,
Y de latinas armas ocupada.

Fue inmenso el llanto y plaga lastimera
De la ciudad aflicta y dolorida;
La gente inmensa que del muro afuera
Sale, y al mar concurre desparcida.
Del hijo ya la madre en la ribera
Busca la ciega faz desconocida;
Otras, en vez de esposos y de hermanos,
Por yerro abrazan cuerpos de romanos.

Un padre allí con otro contendía
Sobre un cadáver ya deforme y fiero,
Y cada cual por hijo le encendía
Su pira en muestra del honor postrero.
Bruto, romano, en la naval porfía

Venció el griego valor, y fue el primero
Que sobre el mar, con próspera victoria,
A César aumentó renombre y gloria.

APÉNDICE II

AMINITA

FÁBULA PASTORAL

DE

TORCUATO TASSO

TRADUCIDA POR D. JUAN DE JÁUREGUI

PERSONAJES

AMOR, en hábito pastoril	SÁTIRO, enamorado de Silvia.
DAFNE, compañera de Silvia.	NERINA, mensajera.
SILVIA, amada de Aminta.	ERGASTO, mensajero.
AMINTA, enamorado de Silvia.	ELPINO, pastor.
TIRSI, compañero de Aminta.	Coro de pastores.

PRÓLOGO

AMOR EN HÁBITO PASTORIL

¿Quién creyera que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un dios? No un dios agora
Selvaje, o de la plebe de los dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba a Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y a Neptuno
Que las tierras combate el gran tridente,
Y los rayos a Júpiter supremo.
En este aspecto y en aquestos paños
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Venus al Amor su hijo:
Esme forzoso andar huyendo della
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer a su gusto de mis flechas,
Y de mí mismo, y de ambición movida,
Cual liviana mujer me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura que mi fuerza emplee:
Y sólo al vulgo de ministros míos
(Mis menores hermanos) da licencia
Que puedan alojarse entre las selvas,

Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo, que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademán travieso,
Quiero usar de mis armas a mi gusto
Y disponer de mí según mi antojo;
Que a mí fue concedido y no a mi madre
El fuego omnipotente y arco de oro;
Por esto disfrazándome y huyendo
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre
Tienen fuerza, me escondo entre las selvas
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste un dulce abrazo,
O algún premio mayor, cual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes o mayores
A quien me encumbra della: esto a lo menos
De cierto sé que los halagos míos
A las doncellas les serán más gratos
(Si yo no soy Amor de amor entiendo):
Así me busca de ordinario en vano,
Que nadie quiere revelarme y callan;
Pues por estar aún más oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas
Dejé las alas, el aljaba y arco;
Mas no por eso vengo desarmado,

Que aquesta que parece simple vara
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
También aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y doquiera que pica amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida
No menos incurable al duro pecho
De la más cruda ninfa que en los campos
Siguió Jamás el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la ninfa fiera)
Como una que yo hice, habrá algún tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Cuando los dos de un modo pequeñuelos,
Él por el campo a caza la seguía.
Y por que el golpe en ella más encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro hielo que apretado
Alrededor del corazón le ha puesto
La honestidad y el virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo más tierno, lanzaréle el dardo;
Pues para ejecutar cómodamente
Mi empresa noble, inquiero a entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados

Aquí se juntan ya, donde los días
 Solenes gastan en solaz y fiesta,
 Y fingiré ser uno de su escuadra.
 En este puesto, en éste haré mi golpe,
 Que no le puedan ver mortales ojos:
 Hoy estas selvas en manera nueva
 Se oirán hablar de amor; hoy ha de verse
 Que aquí presente mi deidad asiste,
 Ella en sí misma y no en ministros suyos:
 Inspiraré sentido noble y puro
 A los rústicos pechos, y en sus lenguas
 Pondré un estilo dulce y delicado,
 Pues en cualquiera parte que yo asista
 Soy Amor en efeto, en los pastores
 No menos que en los héroes poderosos;
 Y la desigualdad de los sujetos
 Como me place igualo: ésta es la suma
 Gloria que alcanzo, el gran milagro mío,
 Que suelo hacer las rústicas zamponas
 A la lira más docta semejantes.
 Ysi mi madre, que desdeña el verme
 Andar errando por agrestes bosques,
 Esta verdad ¡ lo reconoce acaso,
 Ella es ciega, no yo, que falsamente
 Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO

DAFNE Y SILVIA

¿Querrás, Silvia, en efecto,
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿Ni oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

SILVIA

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algún contento;
Yo de esta vida gusto, y mi deleite
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego

Aterrar combatiendo la más brava,
 Y mientras no faltaren
 Al bosque fieras y a la aljaba flechas,
 A mí no temo que placeres falten.

DAFNE

Desabridos placeres
 Por cierto, y vida en todo desabrida,
 Que si agora te agrada
 Es por no haber probado otra ninguna:
 Así la gente que habitó primero
 En el mundo, que aun era simple infante,
 Tuvo por dulce y buen mantenimiento
 Agua y bellotas: ya bellotas y agua
 Es manjar y bebida de animales,
 Por ser puestas en uso uvas y trigo.
 Tú por ventura si una vez gustases
 Cualquier mínima parte del contento
 Que goza un corazón amante amado,
 Dijeras suspirando arrepentida:
 Todo el tiempo se pierde
 Que en amar no se gasta:
 ¡Oh mis pasados años!
 ¡Cuántas prolijas noches,
 Cuántos silvestres solitarios días
 He consumido en vano,

Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

SILVIA

Cuando yo arrepentida suspirando
Esas palabras diga
Que tú finges y adornas a tu gusto,
Hacia sus fuentes volverán los ríos,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre; amará el oso
El mar profundo y el delfín los Alpes.

DAFNE

¡Conozco ya la juventud esquiva!
Así cual eres tú también yo he sido,
Así también goce de gentileza,
De rostro hermoso y de cabello rubio;
Así tuve cual tú los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jazmín la rosa:
Acuérdome que sólo era mi gusto
(¡Qué simple gusto!) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,

Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
 Y acechar de las fieras en el bosque
 La cueva y huellas; y si vez alguna
 Era mirada de lascivo amante,
 Volvía la vista rústica y salvaje
 Al suelo con vergüenza desdeñosa,
 Desplaciéndome entonces la hermosura
 Tanto como a los otros agradaba,
 Cual si fuera mi culpa o mi deshonra
 El ser vista, querida y deseada.
 ¿Mas qué no puede el tiempo? ¿Y qué no puede
 Sirviendo, mereciendo y suplicando,
 Hacer un importuno y fiel amante?
 Vencida fuí, yo lo confieso; y fueron
 Del vencedor las armas
 Humildad y continuo sufrimiento,
 Llanto, suspiros y piadosos ruegos.
 Mostróme, en fin, entonces
 La obscura sombra de una breve noche
 Lo que la luz de mil enteros días
 En largo tiempo no me había mostrado.
 Reprehendíme entonces de mi engaño
 Y simple ceguedad, y suspirando
 Con voz alegre dije:
 Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
 Que desde aquí renuncio
 Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida.

Así también espero que tu Aminta
 Llegue a domesticar en algún día
 Esa tu condición rústica y dura,
 Y ablande en ese pecho
 El intratable corazón de acero.
 ¿No es un gentil mancebo? ¿No te quiere?
 ¿Acaso no es querido de otras ninfas?
 ¿Te deja a ti por el amor de alguna,
 O por el odio tuyo?
 ¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
 Si tú eres hija de Cidipe, y ésta
 Nació del dios de nuestro noble río,
 Él de Silvano es hijo, cuyo padre
 Fue Pan, aquel gran dios de los pastores.
 No es menos que tú bella (si te miras
 Al espejo tal vez de alguna fuente)
 La cándida Amarilis; y él desprecia
 Sus afables caricias,
 Y sigue tus desprecios desdeñosos.
 Haz cuenta (y quiera el Cielo que sea varia)
 Que él, de ti desdeñado, al fin procura
 Agradarse de aquella que le adora:
 ¿Qué sentirás, me di? ¿Con cuáles ojos
 Verás tu amante con ajeno dueño,
 Y ya en ajenos brazos
 Feliz y alegre estar de ti burlando?

SILVIA

Haga Aminta de sí lo que gustare
Y de su amor, que a mí me importa poco;
Y como no sea mío,
De quien quisiere sea;
Mas no será, no le queriendo, mío;
Y aunque él lo fuese, yo no sería suya.

DAFNE

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

SILVIA

De su amor solamente.

DAFNE

Padre apacible de hijo riguroso:
¿Cuándo se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O a mí, Silvia, me engañas, o a ti mesma.

SILVIA

Aborrezco su amor, porque aborrece

Su amor mi honestidad; y amélo en tanto
Que de mí quiso lo que yo quería.

DAFNE

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que a sí mismo.

SILVIA

Tú, mi Dafne, calla
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

DAFNE

¡Qué desapacible!
¡Qué soberbia rapaza! Dime al menos,
¿Si otro alguno te amara,
Admitieras su amor de esa manera?

SILVIA

De aquesta misma admitiré a cualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,

Que tú llamas amante y yo enemigo.

DAFNE

¿Juzgas por enemigo,
 Por ventura, al carnero de la oveja?
 ¿El toro de la vaca?
 ¿Juzgas por enemigo
 Al caro esposo de su tortolilla?
 ¿Juzgas por tiempo acaso
 De enemistad y enojo
 La dulce primavera,
 Que agora alegre y verde
 Enseña a amar el mundo y animales,
 Los hombres y mujeres? ¿Y no adviertes
 Cómo todas las cosas
 En este tiempo están enamoradas
 De un amor apacible y provechoso?
 Mira allí aquel palomo
 Con qué dulces arrullos y caricias
 Besa a su compañera;
 Oye a aquel ruiseñor de ramo en ramo
 Cómo salta cantando: "Yo amo, yo amo."
 Pues la culebra (si es que no lo sabes)
 Deja el veneno, y corre
 Fervorosa al amante.
 Siente de amor el tigre;

Ama el bravo león; tú sola fiera
Más que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
¿Mas qué digo león, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
También aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con cuánto afecto
Y con cuántos abrazos repetidos
A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
Y una por otra aya arde y suspira;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¡Que has de ser en efecto para menos
Que las plantas, huyendo ser amante!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

SILVIA

Pues bien, cuando a las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entonces quiero ser amante.

DAFNE

Tú recibes a burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡O en amor sorda, cuanto boba y necial
Mas anda; vendrá tiempo en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo cuándo irás huyendo
Las fuentes donde agora te deleitas;
Cuándo huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea;
Bien que esto te avendrá; mas no te anuncio
Esto sólo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin común: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino contaba el otro día,
El sabio Elpino, a su Licori hermosa?
La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
¿Cuándo el deber en el amor se hallara?
Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: "Lejos de aquí, profanos."
Él dijo (y dijo que se lo había dicho
Aquel de ingenio grande
Que cantó los amores y las armas,

Cuya zampona le dejó muriendo)
Que hay una obscura cueva en el infierno
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abonlinable,
Y que en aquésta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas mercedamente
Las mujeres ingratas y rebeldes.
Aguarda, pues, que allí se te apareje
Albergue a tu fiereza; y será justo
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamás pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida ninfa y obstinada.

SILVIA

¿Y qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

DAFNE

Tú del propio hecho
Nada cuidas, e inquieres los ajenos.
Con los ojos le dió respuesta,

SILVIA

¿Cómo
Responder pudo con los ojos solos?

DAFNE

Ellos a Elpino vueltos respondieron
Con una dulce risa: "Tuyos somos,
Y el mismo corazón de la que miras;
Ni más debes pedirle,
Ni más te puede dar"; y esto bastara
Por muy cumplido premio al casto amante,
Cuando él aquellos ojos
Juzgara verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

SILVIA

¿Y por qué no los cree?

DAFNE

¿Luego no sabes
Lo que Tírsi escribió cuando perdido,

Sin seso, ardiendo anduvo por los campos,
 De tal manera que a la par movía
 Piedad y risa en ninfas y pastores?
 No fue lo que escribió digno de risa;
 Si bien sus hechos, como ves, lo fueron:
 Él escribió mil troncos, y con ellos
 Creció la letra juntamente y versos,
 Donde me acuerdo haber así leído:
 "Falsas lumbres, espejos engañosos
 Del triste corazón, bien os conozco,
 Y los engaños vuestros; ¿mas qué importa,
 Si amor impide que de vos me aparte?"

SILVIA

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
 Sin acordarme que es el día prescrito
 Que habemos de ir a la ordenada caza
 Del encinal. Si te parece, Dafne,
 Me espera en tanto que en la fuente lavo
 El polvo, de que estoy toda cubierta
 Desde ayer por seguir un presto gamo,
 Que al fin pude matar.

DAFNE

Esperaréte,

Y aun yo quizá me bañaré contigo;
Mas quiero ir antes a mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya, iré a buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Más que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y a los sabios cree.

AMENTA Y TIRSI

He visto al llanto mío
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mío:
Mas no he visto jamás, ni ver espero,
Compadecerse mi enemiga bella
(Que no sé si mujer la nombre o fiera);
Pero ya niega ser mujer humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

TIRSI

Pace el cordero la menuda hierba,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el amor de lágrimas se ceba,

Y sin jamás mostrarse satisfecho.

AMINTA

¡Ay triste!, que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; sólo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
Él y mi ingrata con los ojos beban.

TIRSI

¡Ay Aminta infeliz!, ¿qué devaneas?
¿Qué estás diciendo? Esfuerzate y conforta,
Que otra ninfa hallarás si te desprecia
Esta cruel.

AMINTA

¿Cómo podré hallar otra,
Si hallarme a mí no puedo? Y si yo mismo
Me perdí, ¿qué ganancia
Adquiriré jamás que me contente?

TIRSI

¡Oh mísero zagall, no desesperes,
Que adquirirás la misma que desees.

Sabe que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al león y tigre hircana.

AMINTA

Sí; pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

TIRSI

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mujeres y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Más que la hoja al viento, y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego
Que de lo oculto de su triste estado
Me des noticia, que si bien me has dicho
Diversas veces que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste;
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el común estudio de las musas,
Que me descubras lo que a todos celas.

AMINTA

Tirsi, yo soy contento de decirte

Lo que las selvas, montes y los ríos
Ya saben, y los hombres no lo saben,
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dejar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo;
Donde tal vez pasando aquella ingrata
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre sí diga:
"Este es mi triunfo"; y de mirar se alegre
Que ya es patente su vitoria a todos
Los pastores vecinos y extranjeros
Que allí traiga la suerte; y ser podría
(Mas mucho espero) se llegase un día
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

TIRSI

Di, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin que tú no piensas.

AMINTA

Siendo yo zagalejo,

Tanto que apenas con la tierna mano
 Podía alcanzar de las primeras ramas
 En los pequeños árboles el fruto,
 Tuve pura amistad con una ninfa
 La más amable y bella
 Que al viento dió jamás sus hebras de oro:
 Bien conoces la hija de Cidipe
 Y del rico Montano, Silvia cara,
 Honor de nuestras selvas,
 Y ardor de nuestras almas, ésta digo:
 Viví con ésta un tiempo tan unido,
 Que entre dos tortolillas más conforme
 Fidelidad ni se verá ni ha visto:
 Eran nuestros albergues
 Bien juntos, pero más los corazones:
 Conformes las edades,
 Pero los pensamientos más conformes:
 Con ella muchas veces
 Tendí la red a pájaros y a peces;
 Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
 Y era común la caza y el contento.
 Mas mientras de animales hacía presa,
 Sin saber cómo, fui yo mismo preso:
 Poco a poco nació en el pecho mío,
 No sé de qué raíz (como la hierba
 Que suele por sí misma ella nacerse),
 Un incógnito afecto

Que mi deseo movía
A ver sienpre delante
Mi compañera Silvia;
Y de sus bellos ojos
Solía gustar una dulzura extraña,
Que al fin dejaba un no sé qué de amargo;
Mil veces suspiraba, y no sabía
Cuál fuese la ocasión de mis suspiros.
De manera que fui primero amante
Que al amor conociese: vine al cabo
Bien a entenderlo; mas el modo escucha,
Y nota cómo fue.

TIRSI

Debe notarse.

AMINTA

De un álamo a la sombra Silvia y Filis
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estábamos un día,
Cuando una abeja que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
Filis fue volando,
Y en la mejilla hermosa,
Más fresca y más rosada que la rosa,

A nuestros ojos le picó atrevida
(Quizá engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor): entonces Filis
Como impaciente comenzó a quejarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dijo: "Calla,
Calla, no te lamentos, Filis mía,
Que con palabras que yo sé de encanto
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia Maga, y le di en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro."
Esto diciendo, avcinó los labios
De aquella dulce boca a la mejilla
Herida, y blandamente murmurando
Dijo no sé qué versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor; o fue la fuerza
Y virtud de las mágicas palabras,
O como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca;
Pues yo que hasta entonces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces más suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,

Y el resonar de céfiro en las hojas,
Entonces me encendió nuevo deseo
De juntar a los suyos estos labios:
Y con tu mayor astucia y más aviso
Que nunca había tenido (mira cuánto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño con que en breve
Llegar pudiese a conseguir mi intento.
Y fue desta manera, que fingiendo
Me había picado otra molesta abeja
El labio bajo, comencé a quejarme,
De suerte que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedía.
La simplecilla Silvia,
Piadosa de mi mal, me ofreció luego
Con el remedio a la engañosa herida,
Y hizo (¡ ay triste!) mucho más crecida
Y más mortal mi herida verdadera
Cuando llegó sus labios a los míos.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba a humedecerlas
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo más lento y menos atrevido;
Mas mientras descendía

Al corazón la gran dulzura mixta
 De un secreto veneno,
 Tanto regalo deste bien sentía,
 Que fingiendo no haberseme del todo
 Pasado aquel dolor, hice de suerte
 Que ella más veces repitió el encanto.
 De allí adelante de manera anduvo
 Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
 Que como ya en el pecho no cupiesen,
 Por fuerza hubieron de salir; y un día
 Que en cerco se sentaban muchas ninfas
 Y pastores haciendo un juego nuestro,
 Que cada uno por orden le decía,
 Le dije a Silvia: "Yo por ti me abraso,
 Y moriré si tú no me remedias."
 A estas palabras inclinó su rostro,
 Y de improviso le tiñó de rojo,
 Dando señales de vergüenza y rabia.
 No tuve otra respuesta que un silencio
 Mudo, turbado y lleno de arnenazas:
 Quitóse de allí luego, y nunca quiso
 Más hablarme ni verme. Y ya tres veces
 Ha el segador cortado las espigas,
 Y tantas el hibierno ha despojado
 Los verdes bosques de sus frescas hojas,
 Y todos los caminos he tentado
 Por aplacarla, fuera de la muerte.

Morir me falta, en fin, por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda
Que he de causarle sentimiento o gozo:
Ni sé cuál quiera más destas dos cosas,
Bien fuera la piedad más rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

TIRSI

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

AMINTA

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras
Cual áspid el encanto.

TIRSI

Pues confía,
Que el corazón me dice
Que he de ser poderoso a que te escuche.

AMINTA

O nada alcanzarás, o cuando alcances
Al fin qui yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

TIRSI

¿Por qué así desesperas?

AMINTA

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las hierbas y las fuentes.

TIRSI

¿De cuál Mopso me dices, del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,

Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamás tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso sólo que él te anuncia
Me atrevo a asegurarte un fin dichoso
En tu amoroso intento: así que debes
Prometerte seguras esperanzas
Por sólo que éste quiere que no esperes.

AMINTA

Ya me consuelo oyendo lo que dices;
A ti el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

TIRSI

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un hora.

CORO DE PASTORES

¡Oh bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba
Y de las fuentes leche se vertía;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra que al arado no tocaba,

Ni venenosa sierpe consentía;
 No porque relucía
 Sin tristes nubes el sereno cielo,
 Y siempre era templada primavera,
 Que ya no persevera;
 Mas la destemplan el calor y el hielo,
 Ni llevó nave a la extranjera tierra
 La vil codicia o la sangrienta guerra.
 Mas sólo porque entonces este vano,
 Vano y fingido nombre sin sujeto,
 Este ídolo de errores engañoso,
 A quien la urbanidad y el vulgo insano
 Llamó después honor, y es en efeto
 De la naturaleza opuesto odioso:
 No mezcló malicioso
 Su afán en los dulcísimos amores,
 Ni de su dura ley tan importuna
 Tuvo noticia alguna
 Aquella libre escuadra de amadores;
 Mas de una natural que consentía
 Fuese lícito aquello que placía.
 Entonces por el agua y por las flores
 Iban con dulces bailes retozando
 Los cupidillos sin aljaba o lazo:
 Sentábanse las ninfas y pastores:
 Caricias mil al razonar mezclando,
 Y a las caricias uno y otro abrazo:

De velo y embarazo
 Jamás subió sus rosas encarnadas
 La pastorcilla, ni la pura frente;
 Desnudo juntamente
 Su blanco pecho y pomas delicadas,
 Y a menudo en el agua detenida
 Triscar se vió el amante y su querida.
 Tú, honor, fuiste el primero que negaste
 La fuente de deleites tan copiosa,
 Y a la sed amorosa la escondiste:
 Tú a los hermosos ojos enseñaste
 A encubrir en sí mismos temerosa
 La viva luz que en su belleza asiste:
 Tú en redes recogiste
 Las hebras de oro que trataba el viento;
 Y tú pusiste el ademán esquivo
 Al proceder lascivo,
 Freno a la lengua y arte al movimiento:
 Efecto (¡ oh vil honor!) es sólo tuyo
 Que el don de amor se llame hurto suyo.
 Y suelen ser tus célebres hazañas
 Las penas del que oprimes a tus leyes.
 Mas tú, Señor de la naturaleza
 Y del amor; tú que sujetas reyes,
 ¿Qué pretendes oculto entre cabañas
 Donde caber no puede tu grandeza?
 Allá con la nobleza

Te ve a turbar el sueño al preeminente,
Deja sin ti nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere y luego nace:
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del día,
Y el sueño eterna noche nos envía.

ACTO SEGUNDO

SÁTIRO SOLO

Es pequeña la abeja por extremo;
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida;
Mas ¿qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor, que en todo breve espacio
Entra y se esconde? Ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un, cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables limas.
Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazón y entrañas, y mil dardos
Puso el amor en los airados ojos
De Silvia. Crudo amor, ingrata Silvia,
Más cruda y más ingrata que las selvas.

¡Oh cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso lo entendía!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
Er, su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe,
Que aquéllas suelen aplacarse, y éstas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.
Tú, cuando te presento llores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro más hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás más bellas:
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser más dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en ti más dulce y bella,
A mí mesmo te doy. ¿Por qué desprecias
Y aborreces el don? Que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando callado el viento
Sus claras ondas serenaba un día,
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho

Y vedijudos muslos son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mujeres son aquéstos en semblante
Y en obras; dile a alguno que te siga
Por selva y monte, y que por ti combata
Contra el valiente jabalí y el oso.
No soy, pues, malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sino sólo
Por mi pobreza: en fin, las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo.
Sin duda alguna el siglo de oro es éste;
Pues sólo vence el oro, y reina el oro.
¡Oh tú quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! Maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos fríos,
Y no alcancen jamás pastor o ninfa,
Que pasando les diga, hayáis descanso;
Mas los bañe la lluvia y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle: tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro

Es el monstruo más vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
Mas ¿para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual que expuestas
Le dió naturaleza a tu defensa:
Usa los pies el ciervo, el león las garras,
El jabalí el colmillo; así son armas
De la mujer beldad y gentileza.
¿Pues cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo a la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse a menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando a que venga; y como vea
Buena ocasión me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la débil carrera o con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad o hermosura; que si puedo
Revolver esta mano a su cabello,

De allí no irá, sin que primero tiña
 Por venganza mis armas de su sangre.

DAFNE Y TIRSI

Como te dije, Tirsi ya yo vía
 Que Amina amaba a Silvia; y sabe el cielo
 Como le he hecho siempre buen oficio,
 Y agora con más gusto he de hacerle,
 Porque los ruegos tuyos intervienen.
 Mas antes me atreviera, te prometo,
 A domar un novillo, un tigre, un oso,
 Que una rapaza de éstas simple y boba,
 Tan boba como bella, que no advierta
 Cuán ardientes y agudas son las armas
 De su belleza, y con el llanto y risa
 A muchos mate, y del herir no entienda.

TIRSI

¿Qué mujer hay tan simple, que en saliendo
 De las mantillas, ya no aprenda el arte
 De contentar, y parecer hermosa,
 De matar agradando, y saber cuáles
 Armas pueden herir, y cuáles matan,
 Y cuáles dan salud, y resucitan?

DAFNE

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

TIRSI

Tú finges, y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo a las ligeras aves,
El nadar a los peces, el encuentro
A los carneros, a los bravos toros
Usar del cuerno, y al pavón soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

DAFNE

¿Cuál es el nombre suyo?

TIRSI

El nombre de Dafne.

DAFNE

¡Oh falsa lengua!

TIRSI

¿Luego tú no bastas
 A dar a mis discípulas escuela?
 Aunque a decir verdad, bien poca falta
 Les hace otro maestro: su maestra
 Es la naturaleza, y a las veces
 También la madre y ama alcanzan parte.

DAFNE

Tú eres en suma malicioso, Tirsi,
 Pues yo te sé decir que no resuelvo
 Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla
 Como en sus hechos y palabras muestra.
 Vi ayer cierta señal, y ésta me puso
 En mucha duda: yo la hallé cercana
 A la ciudad: donde sus anchos prados
 Tienen entre lagunas una isleta
 Con un estanque transparente y limpio;
 Allí la vi, toda pendiente el cuerpo,
 De suerte que mostraba deleitarse
 De mirar a sí misma, y le pedía
 Consejo al agua cómo dispondría
 Por cima de la frente su cabello,
 Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
 Diversas flores, que tenía en la falda.

De allí sacaba la azucena y rosa,
La llegaba a su purpúreo rostro
Y a su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana
De la victoria, un tanto se reía,
Como diciendo: Yo en efecto os venzo,
No os traigo aquí por ornamento mío,
Mas sólo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.
Mas mientras se adornaba y componía,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo y derramó las flores.
Cuanto más yo de verla me reía,
Mas ella de mi risa se encendía;
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido,
Dos o tres veces revolvió los ojos
Hacia la fuente consejera a hurto,
Como temiendo ser de mí entendida:
Miróse descompuesta, mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella
Si descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

TIRSI

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

DAFNE

Bien lo dijiste; mas a todos oigo
Que no fueron las ninfas y pastoras
Tan entendidas antes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

TIRSI

Quizá entonces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad: ya están mezclados
Linajes y costumbres. Mas dejando
Agora estos discursos, ¿no harías
Por conformar a Silvia en que le hablase
Aminta solo, o tú delante, un día?

DAFNE

No sé: Silvia es esquiva por extremo.

TIRSI

Y Aminta por extremo comedido.

DAFNE

Pues no hará nada comedido amante:
 Tú le aconseja que a otra cosa atienda,
 Si es de ese humor. El que saber quisiere
 De amar, deje respetos, ose y pida,
 Solicite, importune; y si no basta,
 Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes
 De la mujer la condición precisa?
 Huye, y huyendo quiere que la alcancen;
 Niega, y negando quiere que la apremien;
 Lucha, y luchando quiere que la venzan.
 Ya sabes, Tirsi, que de ti me fío,
 Porque en silencio guardes lo que digo.

TIRSI

No hay ocasión por qué de mí sospeches
 Que jamás diga cosa que te ofenda:
 Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
 Memoria de tus años juveniles,
 Me favorezcas, ayudando a Aminta

Mísero, que perece.

DAFNE

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae a la memoria:
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues qué dices que llaga?

TIRSI

No te falta
Ingenio ni consejo; basta sólo
Que a querer te dispongas.

DAFNE

Ora sabe
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las ninfas cazadoras; en aquéste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

TIRSI

Pues bien.

DAFNE

¿Cómo, pues, bien? ¡Qué mal entiendes!
Si en ti cabe discurso, eso te basta.

TIRSI

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
Él a tanto.

DAFNE

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde a que lo busquen.

TIRSI

Él es por cierto tal, que lo merece.

DAFNE

¿Pero nosotros no hablaremos algo
De ti mismo? ¿Di, Tirsi, tú no quieres

Enamorarte? Pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y llueve,
Y ayer te conocimos bien criatura:
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que sólo sabe de placer el que ama.

TIRSI

No desecha de Venus los placeres
Quien se retira del amor; mas goza
El dulce del amor sin el amargo.

DAFNE

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algún amargo, y luego cansa.

TIRSI

Más vale, pues, hartarse,
Que estar siempre hambriento.

DAFNE

No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto más se gusta, más agrada.

TIRSI

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que a todas horas pueda
Hallarlo expuesto a su apetito y hambre?

DAFNE

¿Mas quién halló jamás lo que no busca?

TIRSI

Es peligro buscar lo que adquirido
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho más tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor y su tirano reino,
Tirsi no ha de volver a ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido;
Otro fiel amador hará su parte.

DAFNE

Mas no tienes gozado lo que basta.

TIRSI

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

DAFNE

Amar te será fuerza, si no gusto.

TIRSI

No me pueden forzar, estando lejos.

DAFNE

¿Quién está lejos del amor?

TIRSI

Quién huye.

DAFNE

¿Y qué importa que huyas de sus alas?

TIRSI

Tiene al nacer amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan,
Y así no las extiende a todo vuelo.

DAFNE

Pues no conoce el hombre cuándo nace,
Y cuando lo conoce, es grande y vuela.

TIRSI

No, si otra vez no ha visto cómo nace.

DAFNE

Ora veremos si tus ojos huyen,
Como dices; y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero)
Que cuando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

TIRSI

Bravo rigor, ¿qué me podrás ver muerto?

Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

DAFNE

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ ay cuántos
Engaña un rostro colorado y liso!

TIRSI

No burlo a fe; mas antes me parece
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; ¿pero qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

DAFNE

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive,
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

TIRSI

¡ Oh Dafne! En esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como a Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas

Extendidas, alegres y fecundas,
 Y las alpestres cumbres de Apenino:
 Él dijo así cuando me hizo suyo:
 Tirsi, ahuyenten otros los ladrones,
 Y los lobos, guardando mis rebaños:
 Reparta otro los premios y las penas
 A mis ministros: otros apacienten
 Mis ganados: en fin, otro conserve
 La lana y leche, y otro la despenda;
 Agora canta tú, que estás ocioso.
 Así será razón que no le burle
 Con mundanos amores, sino cante
 Los abuelos de aqueste verdadero
 (No sé si Apolo o Júpiter lo llame,
 Que a ambos parece en el aspecto y obras),
 Abuelos de mayor merecimiento
 Que el gran Saturno y Celo. Agreste musa
 A mérito real; mas no por eso,
 Que suene clara o ronca, la desprecia.
 De su mismo sujeto nada canto,
 Porque no puedo dignamente honrarlo,
 Sino con el silencio y reverencia;
 Mas no faltan jamás en sus altares
 Las flores de mi mano, ni los fuegos
 De inciensos olorosos y suaves,
 Ni faltará en mi pecho esta devota
 Y pura religión, hasta que vea

Pacer el aire por el aire el ciervo,
Y que mudado el curso de los ríos,
Beba la Sena el persa, el franco el Tigris.

DAFNE

Tú vas muy alto, ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

TIRSI

El punto es éste,
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya; y pienso
Que no es menos difícil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

DAFNE

Voyme;
Pero nuestro propósito no era ése.

TIRSI

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta; él es sin duda.

AMINTA Y TIRSI

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto
Deste mi corazón la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos,
También debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

TIRSI

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo
Bien puedes ya dejar tanto lamento.

AMINTA

¡Ay Tirsi!, ¿qué me dices?
¿Traes la vida o la muerte?

TIRSI

Traigo salud y vida, si te atreves

A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

AMINTA

¿Cómo y con quién el ánimo me importa?

TIRSI

Si estuviese tu ninfa en esta selva,
Que cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue a los tigres y leones,
¿Fueras allá?

AMINTA

Fuera seguro y pronto,
Más que en la fiesta zagaleja al baile.

TIRSI

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

AMINTA

Fuera resuelto y presto,
Más que a la fuente el ciervo caluroso.

TIRSI

Mayor empresa importa que acometas.

AMINTA

Iré por medio el rápido torrente
Cuando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Cuando en él estuviese: si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

TIRSI

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: ¿irás allá?

AMINTA

¿Qué dices?

¿Silvia me espera a mí, desnuda y sola?

TIRSI

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

AMINTA

¿Y desnuda me espera?

TIRSI

Desnuda digo: mas...

AMINTA

¡Ay tristes!, acaba:

¿Que más, Tirsi? Tú callas, tú me matas.

TIRSI

Mas no sabe que has de ir allá.

AMINTA

Terrible

Y fiera conclusión, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con cuál estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mía?

TIRSI

Haz tú mi parecer, serás dichoso..

AMINTA

¿Qué me aconsejas?

TIRSI

Que pasar no dejes
La dicha que te ofrece la fortuna.

AMINTA

Dios no permita que jamás yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamás contra su gusto,
Sino es amarla; y el amarla es fuerza,

Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así no se verá, que en cuanto pueda
No procure agradarla.

TIRSI

Ora responde:

¿Si potestad tuvieras
Para dejar de amarla,
Dejárasla de amar, por agradarla?

AMINTA

Ni tal cosa consiente amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dejarla de amar, aunque pudiese.

TIRSI

Desa manera a su pesar la amaras,
Pudiendo no quererla.

AMINTA

No fuera a su pesar, más la amaría

TIRSI

Sin su gusto en efecto.

AMINTA

Sí por cierto.

TIRSI

¿Pues cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable

AMINTA

¡Ay, Tirsi amigo!, amor por mí responde,
Que a referir no acierto
Lo que me dice el corazón: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor: a mí me liga
La lengua aquello mismo
Que el corazón me liga.

TIRSI

¿No iremos en efecto?

AMINTA

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

TIRSI

Pues adónde?

AMINTA

Iré a morir, si en mi favor no has hecho
Más de lo que me dices.

TIRSI

¿Y esto es poco?
¿Crees tú que Dafne nos aconsejara
Ir a la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda
Que sabiéndolo, calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,

Buscas derechamente disgustarla:
 Y siendo así, ¿qué es deste tu deseo
 Que tienes de servirla y complacerla?
 Y si ella aguarda, que tu dicha alegre
 Se adquiriera sólo por tu industria a hurto,
 Sin que ella de su mano te la ofrezca
 Por tu vida, me di, ¿qué más te importa
 Este modo que aquél?

AMINTA

¿Quién me asegura
 Ser esa su intención y su deseo?

TIRSI

¡Oh simple! Ves aquí que al fin procuras
 La certeza, que a Silvia le desplace,
 Y displacerle justamente debe,
 Cual tú debieras no buscarla: ¿y dónde
 Tienes quien te asegure lo contrario?
 Si ella así lo pensase, y tú no fueses
 (Pues que la duda y riesgo son iguales),
 ¿Será mejor morir como animoso
 Que como vil? Tú callas, tú conoces
 Que estás vencido, agora me concede
 Esta pérdida tuya, que yo pienso

Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos. Aminta; vámonos.

AMINTA

Espera.

TIRSI

¿Cómo espera? ¿No ves que el tiempo huye?

AMINTA

Miremos antes sí esto debe hacerse
Y en qué manera.

TIRSI

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mismo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO

Amor, ¿de qué maestro,
En cuál oculta escuela
Se aprende esa tu larga

Arte de amar incierta?

¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?

No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Helicon docta
Ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan:
Corto razona y frío
Con perezosa lengua.

No tiene voz de fuego,
Que a tu primor competa,
Ni a sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.

Tú, amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú sólo a tí mismo
Te explicas e interpretas.

Tú enseñas al más rudo
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.

A los amantes fieles
Desatas tú la lengua

En delicado estilo
Con elegancia extrema,
Y a mucho más se extiende,
Amor, tu sutileza:
Raro saber y extraña
Manera de elocuencia.

Que a veces con palabras
Confusas e imperfectas,
Un corazón amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.

Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.

Y humillará sus versos
El más alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas academias,
Junto a los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO

TIRSI Y CORO

¡Oh extremo de crueldad! ¡Oh ingrato pecho!
¡Oh ingrata ninfa! ¡Oh tres y cuatro veces
Mujer ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué sólo
En el rostro pusiste a las mujeres,
Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay joven triste y mísero!, sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece:
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay, que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores;
Ir quiero a ver si sabe de él alguno.

Decid, amigos, ¿quién ha visto a Aminta,
Acaso, o sabe de él alguna nueva?

CORO

Tirsi, pareceme que estás turbado;
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ansias y sudores?
¿Hay algún mal? Por Dios que lo sepamos.

TIRSI

Temo del mal de Aminta: ¿habéisle visto?

CORO

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; pero ¿qué temes?

TIRSI

No se haya muerto él mismo de su mano.

CORO

¿Él muerto de su mano? ¿Por qué causa?
¿Qué ocasión hallas?

TIRSI

El amor y el odio.

CORO

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Qué no pueden hacer? Habla más claro.

TIRSI

El amar una ninfa por extremo,
Y el ser della en extremo aborrecido.

CORO

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno que dél nos dé noticia,
Y aun puede ser también que él mismo llegue.

TIRSI

Pláceme de decirlo, que no es justo
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.

Tuvo noticia Aminta (y yo fui triste
Quien noticia le di, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habían
De ir a bañarse; y hacia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de nú pura
Persuación importuna, pues mil veces
Quiso volverse atrás, y a pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegamos ya cerca de la fuente:
He aquí cuando sentimos de improviso
Un femenino lamento, y juntamente
Vimos a Dafne, que batía las palmas,
La cual, como nos viese, alzando el grito,
"¡Ay!, dijo, socorred, que a Silvia ultrajan".
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguílo,
Cuando vemos ligada con un árbol
La bella ninfa, cual nació, desnuda,
Y su cabello, su cabello mismo
Servía de cuerda, y a la planta envuelto
Estaba con mil nudos, y su cinto,
Que fue del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco:
Hasta la misma planta ligaduras

Contra ella daba, y de un vencido ramo
 Dos tiernas varas duramente ataban
 Sus delicadas piernas. Allí vimos
 En su presencia un sátiro villano,
 Que entonces acababa de ligarla:
 Fuese tras él Aminta con un dardo
 (Que tuvo acaso en la derecha mano)
 Como un fiero león, y yo entretanto
 Estaba ya de piedras prevenido,
 Con que el sátiro vil huyó en efecto;
 Pues como diese espacio su huída
 A que Aminta mirase, él codicioso
 Volvió sus ojos a los miembros bellos,
 Que cual tremola entre los juncos leche,
 Delicados y blancos parecían,
 Y todo vi se demudó en el rostro.
 Después llegóse blandamente a ella,
 Y con modestia dijo: "¡Oh bella Silvia!,
 Perdona aquestas manos, si llegarse
 A tus miembros es mucho atrevimiento,
 Pues las obliga necesaria y pura
 Fuerza de desatar aquestos nudos,
 No (ya que les concede la fortuna
 Esta felicidad) te pese della."

CORO

Palabras de ablandar los pedernales.
 ¿Y qué le respondió?

TIRSI

Ninguna cosa;
 Mas con vergüenza y con desdén, al suelo
 Bajando el rostro, el delicado seno,
 Cuanto podía torciéndose, cubría.
 Él, echando delante su cabello
 Rubio. se puso a desatar, y en tanto
 Hablaba así: "¿Cuándo tan bellos nudos
 Un tan grosero tronco ha merecido?
 ¿Pues qué ventaja llevan los amantes,
 Que sirven al amor, si ya comunes
 Son con las plantas sus preciosos lazos?
 Planta cruel, ¿pudiste unos cabellos
 De oro ofender, que tal honor te hacían?"
 Esto le dijo al desatar sus manos,
 En tal modo, que junto parecía
 Que temiese tocarla y desease.
 Bajó luego a los pies por desasirlos;
 Mas como Silvia ya se viese libres
 Las manos, dijo esquiva y desdeñosa:
 "No me toques, pastor, soy de Diana;

Yo me desataré los pies, aparta."

CORO

¡Que tal orgullo en una ninfa albergue!
Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI

Él apartóse con respeto a un lado,
Aun sin alzar los ojos a mirarla,
Aquel placer negándose a sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo, que escondido lo miraba todo
Y lo escuchaba, cuando vi tal cosa
Mil voces quise dar; al fin me abstuve.
Mas oye qué extrañeza: ella, en efecto,
Después de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir adiós, apenas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo,
Y no había causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocía el respeto.

CORO

Pues, ¿cómo así huyó?

TIRSI

Porque no quiso
Tener obligación a la modestia
Y amor del joven, sino a su carrera.

CORO

¿Qué, es hasta eso ingrata? Y el cuitado,
¿Qué hizo entonces, dinos, o qué dijo?

TIRSI

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla;
Y al fin perdida, y fue el trabajo en vano;
Después volví a la fuente donde había
Quedado Aminta, y no le vi; mas siento
El corazón presagio de algún daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse
Aun antes que esto sucediese.

CORO

Es uso
Y arte del que ama amenazarse a muerte;

Mas raras veces ha llegado a efeto.

TIRSI

Quieran los altos dioses que no sea
Aminta alguno de los raros.

CORO

Calla,
Que no será.

TIRSI

Yo quiero irme a la
cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo
Por dicha le hallaré, porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras a escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el río
Y miel brotar de las cortezas duras.

AMINTA, DAFNE Y NERINA

Rigurosa piedad por cierto usaste

Connigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte
Cuanto más dilatada más amarga:
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

DAFNE

¿Por qué te desesperas,
Aminta? Que si yo bien la conozco,
No fue crueldad, sino vergüenza sola
La que movió a tu Silvia que huyese.

AMINTA

¡Ay triste yo, que mi salud sería
Desesperar, después que la esperanza
Mi destrucción ha sido!; y todavía
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Sólo para que viva:
Y al que es tan desdichado,
¿Qué más fiero tormento que la vida?

DAFNE

Vive, mezquino, miserable, vive,
Sólo para que goces
De la felicidad cuando viniere:
Sea premio a tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

AMINTA

No pareció al amor y a mi fortuna
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrían
Enteramente aquello que me niegan.

NERINA

¿Que he de ser yo en efecto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡Oh para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho cuando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡Oh viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! Mas ya no serás padre.

DAFNE

Oigo una triste voz.

AMINTA

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oídos
Y el corazón; mas ¿quién la nombra? Escucha.

DAFNE

Ésta es Nerina, ninfa a Cintia cara,
De bellos ojos y de lindas manos,
Talle gentil y movimiento airoso.

NERINA

Quiero, con todo, que lo sepa y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia,
Ay cómo fue tu suerte desdichada!

AMINTA

¡Ay de mí! ¿Qué será lo que ésta dice?

NERINA

Dafne.

DAFNE

¿Qué estás hablando entre ti misma?
¿O cómo a Silvia nombras y suspiras?

NERINA

Con ocasión bastante
Suspiro el triste caso.

AMINTA

¡Ay!, ¿de qué
caso
Podrá decir aquésta? Que yo siento,
Yo siento el corazón que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

DAFNE

Cuenta, ¿qué triste caso es el que dices?

NERINA

¡Oh cielos! ¿Yo he de ser la mensajera?
¿Y me obligan también a que lo cuente?

Vino desnuda Silvia a mi morada
(Y la causa ya debes de saberla);
Después vestida, me rogó que fuese
Con ella a cierta caza que ordenada
Estaba al bosque dicho de la encina.
Fuimos, hallamos muchas ninfas juntas,
Y luego a breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma;
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le di, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió vibrando un dardo.

AMINTA

¡Oh qué principios de dolor! ¡Ay triste!
¡Qué fin me anuncian!

NERINA

Yo con otro
dardo
Seguí su rastro, pero lejos mucho,
Porque partí más tarde: ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;

Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
 Que en lo más solo me hallé y espeso:
 En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
 Y poco más abajo un blanco velo,
 Que yo misma primero a su cabeza
 Le revolví He aquí cuando miraba
 A todas partes, siete lobos veo
 Lamiendo de la tierra alguna sangre
 Vertida en cerco de unos huesos mondos;
 Y fue mi suerte que ellos no me vieron
 (Tan atentos estaban a su pasto);
 Así que de piedad y temor llena
 Volvíme atrás. Aquesto es cuanto puedo
 Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

AMINTA

¿Has dicho poco, ninfa? ¡Oh velo, oh sangre!
 ¡Oh Silvia, tú eres muerta!

DAFNE

¡Ay
 desdichado!
 Amortecido está de pena o muerto.

NERINA

Ahora todavía respira: esto habrá sido
Algún breve desmayo: ya revive.

AMINTA

¿Por qué así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá a mis manos el oficio dejas:
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas o no puedes.
¡Ay triste!, si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mía,
¿Qué espero más? ¿Qué busco? ¡Ah Dafne, Dafne!
¿Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mío,
Cuando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al cual le parecía
Que con mi muerte se evitaba el daño
Que ordenado me estaba; mas agora
Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera

Y tú sufrirlo debes.

DAFNE

Suspende, pues, tu muerte
Hasta que la verdad mejor entiendas.

AMINTA

¿Qué más quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

NERINA

¡Oh, quién antes hubiera sido muda!

AMINTA

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, por que me acompañe
En este breve espacio
Que me queda de tiempo y de la vida.

NERINA

¿Debo darlo, o negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasión por que le pide.

AMINTA

Cruel, ¿así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dejarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

DAFNE

Aminta, aguarda, escucha:
¡Ay de mí!, con la furia que se parte.

NERINA

Él camina de suerte
Que es por demás seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viaje, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO

No es menester la muerte,
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan difícil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor que con amor se alcanza;
Y muchas veces, si al amor inquiera,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO CUARTO

DAFNE, SILVIA Y CORO

El viento lleve con la mala nueva
Que se esparció de ti tus males todos,
Los por venir, ¡ oh Silvia!, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y gloria al cielo
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

SILVIA

Cierto fue grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

DAFNE

Mas no bastante causa de decirlo.

Ora cuéntame el riesgo, y de qué modo
Tú lo excusaste.

SILVIA

Yo siguiendo un lobo

Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto
Donde partí primero; el lobo miro,
Al cual reconocí por una flecha
Que yo le había clavado de mi mano
Junto a la oreja; vilo entre otros muchos
Alrededor de un animal que habían
De fresco muerto (cuya forma entonces
No supe distinguir): el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada:
Yo le esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamás yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo vi tan cerca de mí puesto
Cuanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque (o fue de la fortuna
La culpa, o mía) por herir al lobo

Clavé una planta: entonces se venía
 Con más furioso encuentro a acometerme.
 Yo viéndole tan cerca, que del arco
 Era imposible entonces ya valerme,
 Y no siendo señora de otras armas,
 Dispúseme a huir, y mientras huyo
 Él me viene siguiendo: advierte agora.
 Un velo, que revuelto yo tenía
 A los cabellos, desplegóse en parte,
 Y andaba ventilando, tal que a un ramo
 Se marañó; yo siento que me tiran
 Y me detienen, sin saber quién fuese;
 Mas con el miedo de morir, redoblo
 La fuerza a la carrera, y de su parte
 El ramo no se vence ni me deja:
 Al fin del velo me desasgo, y pierdo
 Con él algunas hebras del cabello;
 Y tantas alas a los pies fugaces
 Me puso el gran temor, que libre y sana
 De la selva salí: después, volviendo
 Hacia mi albergue, te encontré turbada,
 Toda turbada, y me espanté de verte,
 Porque de sólo verme te espantabas.

DAFNE

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

SILVIA

¿Qué me dices? ¿Te pesa por ventura
Que viva esté? Qué, ¿tanto me aborreces?

DAFNE

Pláceme de tu vida, mas me duele
De ajena muerte.

SILVIA

¿De qué muerte dices?

DAFNE

De la muerte de Aminta.

SILVIA

¡Ay! ¿cómo es muerto?

DAFNE

El cómo no lo sé, ni aun el efecto
Puedo afirmar; mas téngolo por cierto.

SILVIA

¿Qué es lo que dices? ¿Pues a qué atribuyes
La causa de su muerte, di?

DAFNE

A tu muerte.

SILVIA

Yo no te entiendo.

DAFNE

La terrible nueva
Desa tu muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro o lazo,
O alguna cosa tal que lo haya muerto.

SILVIA

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que cualquiera
Salva la vida suya mientras puede.

DAFNE

¡Ah, Silvia! Tú no sabes, ni lo crees,
Cuánto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Cual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido a quien te quiere
Más que las mismas niñas de sus ojos
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo cual sé yo, y aun helo visto: vilo,
Cuando huiste como tigre fiera,
Al tiempo que debieras abrazarlo:
Volver le vi contra su pecho un dardo,
Desesperado, y a morir expuesto,
Y sin arrepentirse, al fiero hecho;
Pues en efecto, se pasó el vestido
Hasta la piel, dejándola teñida
De su sangre, y pasara más adentro
La punta, y fuera el corazón herido
Que tú con más violencia ya heriste,
Si entonces yo no le detengo el brazo
Y su furor impido: quizá aquella
Herida breve fue un rayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la vía
Al hierro audaz, para que ya supiese

Arrojarse por ella libremente.

SILVIA

¡Ay! ¿Qué me cuentas?

DAFNE

Y después lo he visto
Cuando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta: del afán y angustia
Amortecerse, y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse;
Y desta vez se habrá de veras muerto.

SILVIA

Qué, ¿lo tienes por cierto?

DAFNE

sin duda.

Por

SILVIA

Triste de mí, ¿por qué no le seguiste

Para impedirlo? Ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mía
Le quitaba la vida,
Más fácilmente espero
Que mi vida le salve de la muerte.

DAFNE

Ya le seguí; mas tan veloz corría,
Que se desapareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
Mas ¿dónde quieres ir sin rastro alguno?

SILVIA

¡Ay, Dafne! Él morirá si no le hallamos.

DAFNE

Cruel, ¿sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿Tú en efecto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra que tu mano?
Ora consuélate, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

SILVIA

¡Oh, Dafne! Tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño
Se aumenta más con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuelo cierto;
Pero fue muy severa y rigurosa,
Agora lo conozco, y me arrepiento.

DAFNE

¿Qué es lo que escucho? ¿Tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazón sientes afecto
Alguno de piedad? ¿Qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡Notable maravilla!
¿Y es de amor en efecto ese tu llanto?

SILVIA

No lloro de amor, de piedad lloro.

DAFNE

No importa; la piedad es mensajera
De amor, como el relámpago del trueno.

CORO

Y aun muchas veces cuando él mismo quiere
 Entrar oculto en los sinceros pechos,
 Que lo excluyeron antes con severa
 Honestidad, la semejanza toma
 De la piedad, que es su ministra y nuncia,
 Y con estos disfraces, engañando
 Las jóvenes sencillas,
 Dentro en sus corazones se aposenta.

DAFNE

Llanto de amor es éste, mucho abunda,
 Tú callas: en fin, amas, pero en vano.
 ¡Oh poder del amor! justo castigo
 Sobre esa ninfa envía,
 Mísero Aminta, tú (como la abeja,
 Que hiriendo muere, y en la ajena llaga
 Deja la propia vida) con tu muerte
 Has herido en efecto un duro pecho,
 Que aun no picaste en tanto que viviste.
 Si eres agora espíritu desnudo
 Ya de los miembros, como yo presumo,
 Aquí estarás sin duda:
 Mira su llanto y goza de tu suerte,
 En vida amante y en la muerte amado.

Y si era tu destino que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio,
El precio mismo que pidió le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

CORO

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Cuanto inútil y vil a quien le admite.

SILVIA

¡Oh, si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, o con mi vida misma,
Si al fin es muerto!

DAFNE

¡Oh tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada,
Cuando a ningún efecto es de provecho.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE

Traigo tan lleno de piedad el pecho
Y tan lleno de horror, que no oigo o veo

Cosa alguna doquiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

CORO

¿Conque puede venir, ¡ ay Dios!, agora
Este pastor, que muestra
Tal turbación en el semblante y lengua?

ERGASTO

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

SILVIA

¡Ay lo que
dice!

ERGASTO

El más noble pastor de nuestras selvas,
El más gallardo, afable y comedido,
Amado de las ninfas y las musas,
Murió en su juventud: ¡ ay de qué muerte!

CORO

Dinos cómo, pastor, por que contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

DAFNE

¡Ay!, que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no excuso.
Duro corazón mío,
Áspero y fiero corazón, ¿qué tienes?
¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuéstrame ahora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mía
De ese dolor, que a los demás prometes;
Porque me pertenece
Quizá más que tú piensas,
Y cual debida prenda lo recibo:
Así que de dolor tan propio mío
No debes serme escaso.

ERGASTO

¡Ay ninfa!, yo te creo,
Que mil veces al mísero sentía
Llamar tu nombre al acabar su vida.

DAFNE

Comienza ya la dolorosa historia.

ERGASTO

Yo estaba en lo más alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido había,
Cuando bien cerca vi pasar a Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste:
Tras él partí corriendo, y en efecto
Lo alcancé y lo detuve; el cual me dijo.
"Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta acción; mas quiero que me obligues
Antes tu fe con juramento estrecho,
De estarte a un lado y no moverte un paso
A impedir el efecto de mi intento."
Yo (¡quién pensara tan extraño caso,
Ni tan ciego furor!) hice, cual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, a Pales, Príapo y Pomona,
Y a la nocturna Ecates. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragroso y agro
Del collado, por cuevas y barrancos

Incultos, sin camino o senda alguna,
 Do pende al cabo un precipicio a un valle
 Aquí nos detuvimos; yo, mirando
 Al fondo, estremecíme de improviso,
 Y al punto atrás me retiré; y el mozo
 Hizo alguna señal como de risa,
 Y serenó su rostro, el cual afecto
 Fue el motivo mayor de asegurarme;
 Después hablóme así: "Mira que cuentas
 Lo que verás, a ninfas y pastores."
 Luego dijo, mirando al hondo valle:
 "Si yo a mi voluntad hallar pudiera
 Prontos así de los hambrientos lobos
 El vientre y los colmillos, como tengo
 Este despeñadero, bien quisiera
 Morir la muerte, que murió mi vida:
 Quisiera que estos miembros miserables
 Fueran despedazados
 (¡Ay trístel!) como fueron
 Aquellos de mi Silvia delicados;
 Mas puesto que no puedo,
 Y ya que a mi deseo
 El cielo niega las voraces fieras,
 Quiero seguir camino diferente
 Para morir: yo seguiré otra vía,
 La cual será a lo menos
 La más breve, si no la que debía.

Ea, Silvia, yo te sigo,
Y voy a acompañarte;
Y muriera contento, si entendiera
Al menos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo."
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Hacia lo hondo, y yo quedéme helado.

SILVIA

¡Ay desdichada!

DAFNE

¡Miserable

Aminta!

CORO

¿Por qué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

ERGASTO

No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso),
Cuando advertí su temeraria y loca
Resolución, corrí con ambas manos,
Y, como quiso su enemiga suerte,
Lo así deste cendal, que lo ceñía,
El cual no siendo a sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

CORO

¿Y qué fue de su cuerpo desdichado?

ERGASTO

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazón para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

CORO

¡Oh lastimoso caso!

SILVIA

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aún no me acaba.
Triste de mí, si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida; justo fuera
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al menos con el hierro,
O ya con este ceñidor infausto;
Éste, que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó sólo
Para tomar venganza
De mi crueldad y de su muerte injusta.
Prenda infeliz, de duelo
Mucho más infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena:
Por cierto yo debía
Haber sido en el mundo compañera

Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

CORO

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

SILVIA

¿De qué lloráis, pastores?
Si de mi afán lloráis, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla.
Y si lloráis la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostración de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasión, y suplicarte quiero
(No por piedad de mí, sino del triste
Que fue más digno della)
Me ayudes a buscar sus miserables
Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte:

En este oficio sólo
 Quiero pagar, pues otro no me queda,
 El amor que me tuvo; bien que puede
 Contaminar esta homicida mano
 La piedad de la obra; mas con todo
 Entiendo y sé que le será agradable,
 Al menos por ser obra de mi mano,
 Porque me quiere y ama,
 Cual lo mostró muriendo.

DAFNE

Soy contenta, por cierto, de ayudarte
 En el piadoso oficio;
 Mas tu morir del pensamiento borra.

SILVIA

Hasta agora viví para mí misma
 Y para mi fiereza; agora quiero
 Vivir lo que me queda para Aminta,
 O viviré, a lo menos,
 Para su helado y mísero cadáver.
 Tanto, y no más es lícito que viva,
 Y luego que se acaben
 A un tiempo sus exequias y mi vida.
 Pero, dime, pastor, ¿por qué camino

Podemos ir al valle, do el barranco
Tiene su asiento?

ERGASTO

Aquéste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

DAFNE

Vamos, guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

SILVIA

Adiós, pastores;
Prados, adios; adiós, selvas y ríos.

ERGASTO

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta a la última partida.

CORO

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,

Siempre amigo de paz y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.
En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Así, tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazón retiras,
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO

ELPINO Y CORO

No hay duda, que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta ni dura, y que sus obras,
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razón se abominan y condenan.
¡Oh cuán artificioso por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males!
He aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡Oh tú, feliz, oh venturoso Aminta!
Y más cuanto más fuiste desdichado;
Esperar con tu ejemplo agora puedo
Que vez alguna aquella dulce ingrata,

Que con piadosa risa encubre y ceta
 El acero mortal de su fiereza,
 Con fiel piedad mi corazón repare,
 Que con piedad fingida tiene herido.

CORO

Aquí se nos acerca el sabio Elpino,
 Y escuchad sus razones, que de Aminta
 Hablando viene, como si él viviera,
 Y le llama feliz y venturoso.
 ¡Oh condición de los amantes dura!
 Sin duda juzga venturoso amante
 Al que muriendo al fin piedad alcanza
 En el amado pecho de su ninfa;
 Esto tiene por gloria, y esto espera.
 ¡De cuán ligero premio el dios alado
 Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
 ¿En estado tan mísero te hallas,
 Que venturosa llamas a la muerte
 Del infeliz Aminta, y semejante
 Fin desdichado para tí deseas?

ELPINO

Amigos, bien podéis estar alegres,
 Porque es falsa la fama de su muerte.

CORO

¡Oh cuánto nos alegra lo que dices!
En fin, ha sido falso, según eso,
Que se precipitó.

ELPINO

Verdad ha sido;
Mas fue feliz el precipicio, tanto,
Que en una imagen mísera de muerte
Le trajo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su ninfa,
Piadosa ya, lo que antes rigurosa;
La cual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos:
Así voy a llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo
Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrambos.

CORO

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes; y Montano

De nietos deseoso, y de ampararse
 Alegre en la vejez con tal presidio;
 Así que el gusto de ambos será suyo.
 Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
 Cuál dios o cuál ventura al buen Aminta
 Salvarle pudo de peligro tanto.

ELPINO

Yo lo diré; escuchad, escuchad todos
 Lo que vi por mis ojos. Yo me estaba
 Junto a mi cueva, que vecina al valle
 Y casi al pie del gran collado yace,
 Do forma falda su ladera enhiesta:
 Allí con Tirsi andaba razonando
 De aquella que en la misma red y lazos
 Primero a él y a mí después ha envuelto,
 Y anteponiendo mi servir continuo
 A su retraimiento y libre estado,
 Cuando una voz nos levantó los ojos;
 Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
 Y verlo dar sobre una espesa mata,
 Fue todo un punto. En el collado había
 Poco alto de nosotros, producido
 De mucha hierba, espinos y otros ramos
 Juntos, y estrechamente entretejidos,
 Un grande haz; en éste, antes que diese

En otra parte, vino a dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfrondase,
Y él más abajo a nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caída,
Que ella no fue mortal; pero con todo
Tan grave fue, que un hora larga estuvo
Como aturdido y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes;
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese,
Enviado ya a llamar Alfesibeo,
A quien Febo enseñó la medicina,
Cuando le dió la cítara y el plectro,
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo, que tenían por muerto.
Pues cuando Silvia lo conoce, y mira
En las mejillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;

Y él con gemido débil, que parece
 Que en los suspiros últimos al aire
 Exhala el alma a guisa de Bacante,
 Con altos gritos y herirse él pecho
 Se arroja con el cuerpo, que yacía,
 Juntando rostro a rostro y boca a boca.

CORO

¿Pues cómo no la abstuvo la vergüenza,
 Siendo ella tan severa y tan esquiva?

ELPINO

Abstiene la vergüenza un amor débil,
 Mas de un amor constante es débil freno
 Luego, como si fueran sendas fuentes
 Sus ojos, comenzó con vivo llanto
 Del joven a bañar el rostro frío:
 Y fue aquel agua de virtud tan grande,
 Que en sí volvió; y abriendo ya los ojos,
 Un ¡ ay! profundo le salió del pecho
 Con gran dolor; y el ¡ ay! que tan amargo
 Partió del corazón, se encontró luego
 Con el aliento de su Silvia cara,
 Que lo cogió en su boca, y en aquésta
 Se convirtió al instante dulce y puro.

¿Quién os sabrá decir cómo quedaron
 En aquel punto entrambos? Ya seguro
 Del amor de su ninfa el fiel Aminta,
 Y viéndose en sus brazos apretado,
 Quien sabe qué es amor, él solamente
 Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
 Puede juzgarse, cuanto más decirse.

CORO

¿En fin Aminta está de suerte sano,
 Que ya no hay riesgo de su vida?

ELPINO

Aminta

Está, pues, sano, aunque su rostro un poco
 Tiene arañado, y quebrantado el cuerpo;
 Mas es nada en efecto, y él lo estima
 Por menos de lo que es: dichoso joven,
 Que así ha dado señal de amor tan grande,
 Y agora logra del amor el premio,
 A quien las penas todas y peligros
 Pasados sirven de mayor contento.
 Pero quedaos a Dios, porque yo sigo
 Mi camino a buscar al buen Montano.

CORO

No sé si siendo tanta la amargura
 Que ese pastor amante
 Ha padecido en su penoso estado,
 Puede al presente alguna gran dulzura
 Darle sabor bastante
 En recompensa a todo el mal pasado.
 Y si es más estimado,
 Y más alegra el bien tras muchos males,
 Amor, de bienes tales
 Premia a los otros, que en dominio tienes,
 Que yo no pido tus mayores bienes.

Tras breves ruegos y servicios breves,
 Quiero me admita luego
 Mi amada ninfa con amor piadoso:
 Y sólo mezcle de cuidados leves
 Nuestro dulce sosiego.
 No tan grave tormento y riguroso,
 Mas un desdén celoso,
 Una esquiveza blanda enamorada;
 Guerra en fin limitada,
 A quien la dulce paz y tregua siga,
 Que en más ardor los corazones liga.